

2
06

SG
6037



B.P. de Soria



61085068

D-2 12596



18
—
28

FIGURAS BIZANTINAS

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

OBRAS PUBLICADAS

- Lord Dunsany: *Cuentos de un soñador* * 5 ptas.
Jorge Simmel: *Filosofía de la coquetería* * 5 ptas.
A. Wegener: *La génesis de los continentes y océanos* * 7,50 ptas.
A. Schulten: *Tartessos* * 12 ptas.
G. Worringer: *La esencia del estilo gótico* * 10 ptas.
Bernard Shaw: *Santa Juana*. Crónica dramática en seis escenas y un epílogo * 6 ptas.
Eduardo Schwartz: *Figuras del mundo antiguo* (1.^a serie) * 6 ptas.
— *Figuras del mundo antiguo* (2.^a serie) * 5 ptas.
Fernando Crommelynck: *El estupendo cornudo*. Farsa en tres actos * 4 ptas.
Gerardo Hauptmann: *La prodigiosa Isla de las Damas*. (Historia de un archipiélago imaginario.) * 8 ptas.
José Ortega y Gasset: *El Espectador*, núm. IV * 5 ptas.
— *El Espectador*, núm. V * 5 ptas.
— *El Espectador*, núm. VI * 5 ptas.
— *La deshumanización del arte*. * 5 ptas.
— *Las Atlántidas*. (Suplemento número 2 a la *Revista de Occidente*.) * 10 ptas.
— *Espíritu de la letra* * 5 ptas.
— *Triptico: I. Mirabeau o el político* * 3 ptas.
— *II. Dinámica del tiempo* (en prensa).
Vsevolod Ivanov: *El tren blindado No. 14-69* * 3,50 ptas.
Lidia Seifulina: *Caminantes* * 4 ptas.
Leonidas Leonov: *Los Tejones* * 10 ptas.
Alfonso Paquet: *Roma o Moscú* * 4 ptas.
Eugenio Zamiatin: *El farol y otros cuentos* * 4 ptas.
Arnold von Salis: *El Arte de los Griegos* * 20 ptas.
Franz Roh: *Realismo mágico (Post expresionismo)* * 12 ptas.
E. Zamiatin: *De cómo se curó el doncel Erasmo* * 3 ptas.
G. Cunninghame Graham: *Santa Teresa* * 30 ptas.

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- I. León Frobenius: *El Decamerón Negro* * 6 ptas.
- II. *Cantos y Cuentos del Antiguo Egipto*. (Con unas Notas sobre el alma egipcia, por José Ortega y Gasset.) * 5 ptas.
- III. *Cuentos populares de China* * 5 ptas.
- IV. Pablo Tuffrau: *La leyenda de Guillermo de Orange* * 5 ptas.
- V. P. Walters y C. Petersen: *Leyendas heroicas de los germanos* * 5 ptas.
- VI. *El Cantar de Roldán* * 5 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

MUSAS LEJANAS: MITOS / CUENTOS / LEYENDAS

- VII. *Veinte cuentos de la India* * 5 ptas.
- VIII. *Pedro Salinas: Poema de Mio Cid* * 5 ptas.
- IX. *Cuentos Malayos* * 5 ptas.
- X. *Cuentos de la Edad Media* * 5 ptas.
- XI. *Trece Fables franceses* * 4 ptas.

LOS GRANDES PENSADORES

- I. *La Filosofía presocrática. Sócrates y los sofistas* * 5 ptas.
- II. *Platón, Aristóteles* * 5 ptas.
- III. *San Agustín, Santo Tomás, Giordano Bruno* * 5 ptas.
- IV. *Descartes, Spinoza, Leibnitz* * 5 ptas.
- V. *Locke y Hume, Kant, Fichte* * 5 ptas.
- VI. *Hegel, Schopenhauer, Nietzsche* * 5 ptas.

R. Wilhelm: *Laotse y el taoísmo* * 5 ptas.

— *Kuntsé (Confucio)* * 5 ptas.

Ricardo Pischel: *Vida y doctrina de Buddha* * 6 ptas.

HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

A. Messer: *La filosofía actual* * 7,50 ptas.

— *La filosofía en el siglo XIX (Empirismo y Naturalismo)*
6 ptas.

— *De Kant a Hegel* * 6 ptas.

— *La filosofía moderna (Del Renacimiento a Kant)*. 5 ptas.

— *Filosofía antigua y medieval*.

NUEVOS HECHOS / NUEVAS IDEAS

- I. Hermann Weyl: *¿Qué es la materia?* (Con un prólogo de Blas Cabrera.) * 5 ptas.
- II. Rodolfo Otto: *Lo Santo (Lo racional y lo irracional en la idea de Dios)* * 8 ptas.
- III. H. A. Kramers y H. Holst: *El Átomo y su estructura, según la teoría de N. Bohr* * 11 ptas.
- IV. P. L. Landsberg: *La Edad Media y nosotros* * 6 ptas.
- V. J. Von Uexküll: *Cartas biológicas a una dama* * 5 ptas.
- VI. F. Graebner: *El mundo del hombre primitivo* * 7 ptas.
- VII. Otto Gründler: *Elementos para una filosofía de la religión, sobre base fenomenológica* * 6 ptas.
- VIII. P. L. Landsberg: *La Academia Platónica* * 5 ptas.
- IX. Max Scheler: *El Saber y la Cultura* * 3 ptas.
- X. K. Koffka: *Bases de la evolución psíquica* * 11 ptas.

BIBLIOTECA DE LA REVISTA DE OCCIDENTE

NUEVOS HECHOS / NUEVAS IDEAS

- XI. Conde H. Keyserling: *El mundo que nace* * 5 ptas.
XII. Federico Bendixen: *La esencia del dinero* * 4 ptas.
XIII. Francisco Brentano: *Psicología* * 5 ptas.
XIV. Lothrop Stoddard: *La rebeldía contra la civilización* * 7 pesetas.
XV. Jorge Simmel: *Sociología*. Tomo I, 5 ptas. - Tomo II, 3,50 pesetas. - Tomo III, 5 ptas. - Tomo IV, 3,50 ptas. - Tomo V, 4 ptas.
XVI. Francisco Brentano: *El origen del conocimiento moral* * 3,50 pesetas.
XVII. Max Scheler: *El resentimiento en la moral* * 6 ptas.
XVIII. Hans Driesch: *La teoría de la relatividad y la filosofía* * 3 pesetas.
XIX. A. Messer: *El realismo crítico* * 3,50 ptas.
XX. C. J. Yung: *Lo inconsciente* * 6 ptas.
XXI. Fr. Nölke: *La evolución del Universo* * 7 ptas.
XXII. Hermann Leininger: *La herencia biológica* * 4 ptas.

HISTORIA BREVE

- I. Ludo Moritz Hartmann: *La decadencia del mundo antiguo* * 5 ptas.
II. Arturo Rosenberg: *Historia de la República romana* * 6 ptas.
III. Enrique Finke: *La Mujer en la Edad Media* * 5 ptas.
IV. Eduardo Schwartz: *El Emperador Constantino y la Iglesia cristiana* * 6 ptas.

COLECCIÓN «HOY Y MAÑANA»

- I. F. C. S. Schiller: *Tántalo o el futuro del hombre* * 2 ptas.
II. Anthony M. Ludovici: *Lysistrata* * 3 ptas.
III. J. B. S. Haldane: *Calínico* * 2 ptas.

COLECCIÓN «NOVA NOVORUM»

- Pedro Salinas: *Vispera del gozo* * 3,50 ptas.
Benjamín Jarnés: *El profesor inútil* * 3,50 ptas.
Antonio Espina: *Pájaro pinto* * 3,50 ptas.

CENTENARIO DE GÓNGORA

- I. *Soledades* (Editadas por Dámaso Alonso, con prólogo y versión prosificada) * 5 ptas.
II. *Romances* (Editados por J. M. de Cossío) * 5 ptas.
VII. *Antología poética en honor de Góngora* (Recogida por Gerardo Diego) * 5 ptas.

13-199

K. DIETERICH

FIGURAS BIZANTINAS

Bº 155

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
POR EMILIO R. SADIA

Revista de Occidente

Avenida Pi y Margall, 7

MADRID

371-11

Copyright by
Revista de Occidente
Madrid * 1927

Tipografía Artística / Cervantes, 28 / Madrid.

PRÓLOGO

A muchos podrá parecer extraño el título de FIGURAS BIZANTINAS. Pero precisamente el fin del presente librito es demostrar que también en Bizancio hubo caracteres, de los que todavía hoy se puede aprender mucho. Por lo menos, debe aprenderse a conocer a Bizancio, ya que hoy tanto de Bizancio se habla en nuestra política interior como en la exterior. Toda la cuestión de los Balcanes, en resumidas cuentas, es una cuestión bizantina. La «marcha sobre Bizancio» es muy de nuestra época, y naturalmente, hay que seguir el espíritu de los tiempos.

Pero este librito no sólo pretende retratar hombres bizantinos: pretende también introducir al lector en el conocimiento del mundo de Bizancio y señalar algunos derroteros a quien desee llegarse a él más de cerca. Las *notas bibliográficas* que van al final ayudarán a este propósito.

KARL DIETERICH.

Leipzig-Connewitz, Noviembre, 1908.

INTRODUCCIÓN

CUANDO el autor de los siguientes bocetos dirigió su primera mirada anhelante desde las alturas de Pera, sobre el Cuerno de Oro, hacia la ciudad turca de Stambul (la medieval Bizancio), una espesa niebla encubría misteriosamente el más grandioso de los panoramas, aumentando el misterio que flota en torno a la ciudad. A la manera de los *Fata Morgana*, emergían de la grisácea lontananza tan sólo las bulbosas cúpulas de algunas mezquitas y los agudos minaretes. Pero la catedral de Santa Sofía quedaba casi por completo invisible.

Poco conocedor entonces de lo referente a esa oscura Bizancio, no comprendí hasta más tarde cuán profundo era el símbolo que en aquella inoportuna niebla se ocultaba. Porque, ¿no es todavía este mundo bizantino un cuadro envuelto en brumas? ¿No está toda la rica historia de esta ciudad — que abarca la del mundo — y la vida de los hombres que contribuyeron a su grandeza

y el ajetreo y tráfago que en ella bullían, como oculto en un mar de nubes, impreciso, delicuescente, sin firmeza de contornos ni de figura, sin vida ni color? Así como los turcos enjalbegaron con cal los mosaicos de las antiguas iglesias cristianas de Constantinopla, así los cuatrocientos cincuenta años de historia turca han borrado los mil cien años de historia bizantina, oriental-romana, a los ojos ahistóricos del hombre moderno (cuando en realidad la historia turca no ha hecho sino aprovechar las ruinas y el material cultural de la época bizantina). La Roma oriental ha quedado para nosotros completamente eclipsada por la occidental; con poca ventaja para la percepción de la totalidad en el desarrollo de la humanidad europea. Pues de los dos soles, la Roma occidental y la Roma oriental, nacieron los dos sistemas solares, el de la Europa occidental y el de la Europa oriental, ambos hostiles, pero cuyos planetas durante mucho tiempo compenetraron y juntaron sus órbitas, aunque luego se separaran tan completamente, que el habitante de un sistema ha llegado a olvidar en ocasiones por completo la existencia del otro. Sólo así se explica que un historiador de tan fina intuición como Ferdinando Gregorovius haya podido incurrir en el error histórico de escribir una historia de la ciudad de Atenas en la Edad Media, como complemento de su historia monumental

de la ciudad de Roma en la Edad Media. ¡Como si el paralelo: Roma-Atenas estuviese todavía en vigor en la Edad Media, y no más bien el otro: Roma-Constantinopla! Atenas, mísero rincón provinciano y lugar de destierro, experimentaba el inmerecido honor de una amplia manifestación histórica; mientras que la metrópoli del Bósforo desaparecía en la niebla del olvido ante los ojos del investigador, deslumbrados por el histórico nombre. La historia de Bizancio quedó sin escribir. He aquí un hecho característico, que demuestra hasta qué punto la Constantinopla medieval desapareció del campo visual del europeo, así como el imperio del que era capital y del que — en circunstancias distintas — todavía lo es. (πόλις llama el griego aún a Constantinopla, del mismo modo que el romano llamaba *urbs* a su Roma.)

No hemos de entrar aquí a investigar las causas de por qué los eruditos de Alemania han permanecido tan ajenos al mundo bizantino. Es tanto más extraño este hecho, cuanto que precisamente en Alemania fué donde primeramente la investigación científica se orientó hacia Bizancio. *Alemanes del Sur* fueron casi exclusivamente los que se anticiparon en este sentido. Y así como Tubinga en el siglo xvi, fué Munich en el siglo xix un centro de bizantinología — no de bizantinismo —. Pero, a pesar de todo, estos es-

tudios no han llegado a ser ni en Alemania ni en Austria tan populares como lo son, por ejemplo, en *Francia*. Las antiguas relaciones de Francia con el Oriente y el refinamiento de su cultura propia han sido causa de que sienta gran atracción hacia aquel mundo — cuya magnificencia y lujo puede competir con la cultura francesa — y un notorio interés por las cosas y los hombres bizantinos. No sólo ensayos científicos populares, sino también novelas, desarrolladas en ambiente bizantino, han encontrado en Francia la mayor resonancia y aceptación (1). No se conoce allí el prejuicio con que en Alemania tropieza todo lo bizantino. Y — seriamente hablando — en un pueblo tan libre y orgulloso como es el francés, ¿habría de existir tanto entusiasmo por los bizantinos y tanta sensibilidad por sus encantos, si aquellas gentes hubieran sido realmente unos «insulsos mojigatos», como generalmente se les califica en Alemania?

Todavía no tenemos suficientes conocimientos para poder describir la psicología del hombre bizantino. Lo único que sabemos es que, así como su cultura era una cultura mixta, así también los hombres de Bizancio eran híbridos espirituales y físicos, precisamente interesantes por su carácter mezclado. Aun cuando la palabra bi-

(1) Ch. Diehl, *Figures byzantines*. — J. Lombard, *Byzance*.

zantino sólo sugiere el recuerdo de dómines y frailes, de aduladores y trapaceros, ya C. Neumann pronunció unas frases que son como un programa, cuando dijo que la Bizancio de los dómines y los frailes era una fachada aparente, que hay que derribar, para llegar a los grandes y memorables problemas de la historia bizantina.

Porque para acercarse a estos problemas, no hay que recurrir precisamente a los literatos y escolásticos, como suele hacerse; antes hay que estudiar los hombres de la vida práctica, ya en el gobierno o en la política, ya en la milicia o en el clero. En éstos precisamente se manifiestan las consecuencias de aquella mezcla de un alma antigua con un cuerpo recio y sano. «El centralismo de una evolución histórica preferentemente urbana, transmitida desde los tiempos helénísticos, se amalgamó con la invasión de unos bárbaros vírgenes y nuevos, para producir personalidades al mismo tiempo fuertes e ilustradas» — dice E. Neumann.

¿Qué se entiende, pues, por bizantino? Esta palabra implica, no un concepto etnográfico, ni tampoco nacional, sino un concepto cultural. Sólo el concepto cultural es algo unitario; porque el substrato etnográfico es inagotablemente múltiple, y esta multiplicidad de lo físico, contenida por la unidad de lo psíquico-cultural, es la que contribuyó a que constantemente penetrara nue-

va sangre en el antiguo cuerpo, preservándolo del estancamiento y la degeneración. Pero esta sangre no era — y esto es importante — predominantemente ario-europea, sino semítico-asiática. La antigua raza romano-helénica retrocedió muchísimo ante los avances de la siria, armenia, eslava y minorasiática. Todo el que en Bizancio desempeñaba un papel, procedía de la amplia comarca entre la península de los Balkanes, el Mar Muerto, las cataratas del Nilo, Cartago y Roma.

En la época helenística fué Egipto el verdadero suelo nutricio del helenismo. En la primitiva época bizantina siguiéronle Palestina y Siria. La poesía eclesiástica bizantina es de origen sirio. El más grande poeta religioso, Romanos, y el primer cronista, Malalas, eran sirios. Un ingeniero sirio descubrió el temido «fuego griego», y una de las dinastías más poderosas del imperio procedía de Siria. Con Siria compitieron el Asia Menor y la Armenia. La mayor parte de los clérigos bizantinos eran del Asia Menor; por ejemplo: el abad Teodoro de Studion, el cronista Teófanos, el humanista Psellos y casi todos los historiadores bizantinos posteriores, como Miguel Attaliates (siglo xi), Niketas Akominatos (siglo xii), Georgios Pachymeres (siglo xv), Nikephoros Gregoras (siglo xiv). De origen armenio es, por último, la dinastía macedonia (867-1057),

fundada por Basilio I. Más latente, pero no por eso más insignificante, es la participación eslava en el substrato etnográfico de los bizantinos. Aun cuando no está demostrado el origen eslavo de Justiniano, el nombre del emperador macedonio Juan Tzimiskes, parece indicar procedencia eslava. La dinastía de los Comnenos entroncaba con los Chismánidas búlgaros de Tírnovo.

Se ve, pues, la variedad étnica que ocultaba el bizantinismo. Esta abundancia había de contribuir notablemente a formar fuertes personalidades. No puede, pues, hablarse aquí de atrofia y degeneración. Por cierto que, ante los datos existentes, cabe dudar si para el desarrollo de una cultura orgánica era necesaria esa ilimitada selección que venía verificándose entre las razas bizantinas. El bizantinismo produjo una cultura renacentista comparable a la italiana. Era el bizantino un pueblo de diplomáticos y valentones; sólo más tarde tuvo sabios y escritores, y a última hora, pensadores y poetas. Pero si el concepto de renacimiento no se toma unilateralmente en el sentido estético, sino también en el psicológico y ético, entonces ambos mundos culturales pueden conciliarse más fácilmente de lo que a muchos parece a primera vista. Y, así en lo malo como en lo bueno, se encontrarán por ambas partes caracteres de extraña semejanza, si se prescinde del elemento puramente artístico. No puede envane-

cerse Bizancio de un Miguel Ángel ni de un Rafael. Pero sí de un *Savonarola*, en el fanático y terco abad Teodoro de Studion; de un *Pietro Aretino*, en el ingenioso, pero poco firme Psellos; de un *César Borgia*, en el cruel y desatentado Andronikos Comneno; de una *Catalina de Médicis*, en la orgullosa y desconsiderada Irene. Por lo demás, parece que la semejanza entre el carácter bizantino y el italiano no es tan sorprendente como la que existe entre el carácter bizantino y el español. Justiniano ha sido comparado con Felipe II. Y si se añade la solemne y orgullosa grandeza, el sombrío fanatismo religioso, el sello oriental del carácter y del temperamento, la posición dominadora del mundo, se encontrará más justo comparar a los bizantinos con los españoles, que considerarlos como descendientes desmedrados de los antiguos romanos y griegos.

Lo que llevó a ambos imperios, al bizantino y al español, a la cumbre del poderío, no fué tanto la potencia colonizadora, como la guerrera, la necesidad de expansión, sin capacidad de firme asimilación. Y lo que derribó de su altura a ambos pueblos, al bizantino y al español, fué la misma fatal exuberancia del elemento eclesiástico-teológico, la clericalización de los espíritus, el retraimiento enfermizo del mundo, juntamente con la grave corrupción de las costumbres.

Lo mismo que España significó más tarde

para el Occidente, significó Bizancio hasta el siglo XII para el Oriente europeo. Era la única potencia mundial; poseía además la suprema cultura, la máxima riqueza de Europa. Constantinopla tenía entonces la importancia y la fama que hoy tiene, por ejemplo, Londres: era el punto de tránsito del comercio universal; era una ciudad mundial incomparable. Los testimonios de los viajeros extranjeros están llenos de admiración hacia la magnificencia y el lujo de la ciudad. No es maravilla, por tanto, que sus habitantes tuvieran todos cierto rasgo de mundanos, cierto aire imponente, hasta el punto de que un viajero observa que en Bizancio todos van vestidos como hijos de reyes. No es maravilla tampoco que estos herederos de una cultura antigua mirasen desdeñosos a nuestros antepasados bárbaros (véase, por ejemplo, Ana Comnena), y que en la ciudad se juntasen durante siglos, no sólo los hilos del comercio, sino también de la política mundial. La población de semejante ciudad y de semejante imperio no puede, pues, haber sido formada por miserables almas de esclavos, o haraganes místicos, ajenos al mundo. No. Los bizantinos, que desempeñaron importante papel en la vida política y social, eran naturalezas altamente señoriles, talladas en madera dura y tenaz; pero, al mismo tiempo, dúctil. Eran, sin duda, desatentados y desaprensivos, cuando se

trataba de lograr un fin; acomodaticios y elásticos, cuando se presentaba una dificultad que vencer; orgullosos e intrigantes, cuando podían jugar un triunfo o satisfacer la propia vanidad. Pero sobre esta madera, ya nudosa, ya blanda, extendíase un fino y aromático barniz, que disimulaba todas las desigualdades nativas bajo una superficie tersa y brillante.

Si se desea precisar más exactamente la relación de los bizantinos con los italianos y con los españoles, puede decirse que son una síntesis de ambos; que, en ellos, la cultura literaria y humanista de los italianos está propiamente fundida en el ardor teológico de los españoles. Desde el siglo IX apenas hubo un bizantino ilustrado que no estuviera tan familiarizado con la literatura del helenismo pagano como con la del cristianismo. Y así, cada bizantino llevaba un alma doble en sí: unas veces se sentía heredero de la cultura griega; otras, representante del verdadero cristianismo. En realidad, no se le puede considerar ni como puramente clásico ni como puramente medieval.

Así es el hombre bizantino, tal como intentamos presentarlo en alguno de sus principales representantes, para dar idea de las diversas individualidades que produjo el mundo de Bizancio en apariencia uniforme. De los distintos períodos de la historia bizantina hemos escogido repre-

sentantes característicos de las diversas capas sociales: emperadores, estadistas, sacerdotes, sabios. Por último, hemos descrito algunos tipos del sexo femenino tan importante para Bizancio, aunque más por lo bello que por lo «débil». En interés de la viveza del relato, el autor se ha esforzado por lograr que cada uno de los caracteres hable en lo posible por sí mismo. Las abundantes fuentes de la historia bizantina ofrecían para ello la mejor oportunidad.

Desde luego, no en todo habrán de parecernos simpáticos estos hombres. Lo específicamente oriental de su pensar y sentir levanta una alta valla entre ellos y nosotros. Pero nos daremos por contentos si acertamos a considerarlos con otros ojos más justos que los del siglo XVIII: los de un Voltaire, un Gibbon, un Schiller. Si nos esforzamos por comprenderlos en el cuadro de su época y de su cultura, habremos de reconocer que lo que nosotros llamamos bizantinismo, no se descubre en ellos de una manera tan patente como en nuestra época suele pensarse. Más bien encontraremos en ellos una fuerte tendencia democrática, que hoy, en la Europa central, se consideraría incluso como peligrosa. La manera desenfadada y, muchas veces, hasta irrespetuosa, con que los historiadores bizantinos aplican su crítica a la personalidad del príncipe y a sus actos, habrá de asombrar a un espíritu democráti-

co de hoy. Hacer oposición era una necesidad absoluta del carácter bizantino, y la incondicional devoción, la actitud correcta, no era, ni con mucho, tan frecuente como pudiera pensarse, a juzgar por la literatura oficial de los maestros de ceremonias. Cuando, por ejemplo, el impasible emperador Constantino X escribió su famoso libro de ceremonias, ya se había propiamente dado al traste con el dogma romano-oriental de la semejanza a Dios. Y los soberanos de la dinastía de los Comnenos y Paleólogos se nos presentan muchas veces más humanos, accesibles y populares que muchos príncipes constitucionales modernos. El mismo emperador Manuel Comneno no desdeñaba recibir a la gente «menuda» para escuchar sus querellas. Y muchos liberales de hoy mirarían con cierto sentimiento de envidia a los bizantinos, si oyeran que hasta sus emperadores adoptaron una posición abiertamente contraria al peligroso predominio de los latifundios, como León III y Basilio II. El político social puede aprender mucho de la historia bizantina; no sólo verá cómo *no* se debe proceder, sino a veces también cómo debiera procederse... todavía hoy. Porque aquel mundo, tan alejado de nosotros, representa a veces para nosotros un provechoso «mane-tecel-fares».

Pero si el mundo cultural bizantino ha de ser más familiar entre nosotros, es preciso ante todo

que la Universidad se ocupe de él con más celo que hasta ahora. En nuestras Universidades alemanas se estudia la historia rusa y aun la turca, pero no la bizantina. Sin embargo, ¿cómo comprender aquélla sin ésta? ¿Cómo comprender la cuestión oriental sin Bizancio, que es la base de toda ella? Cuanto más esta cuestión pasa en la actualidad a primer término, tanto menos puede ignorarse la historia del Imperio oriental-romano, que es el complemento necesario para la historia del Sacro Romano Imperio en la Edad Media. Roma y Constantinopla son «los dos cuarteles generales de la especie humana en su lucha, no sólo por la interpretación de la idea cristiana, sino también de las doctrinas políticas y filosóficas». Así lo manifiesta Jacobo Felipe Fallmerayer, injustamente olvidado, por desgracia, pues era un gran historiador y además un gran espíritu, a pesar de sus errores. Lo mejor sería, en realidad, trasladar aquí todo el capítulo de donde he tomado esta cita, capítulo intitulado: «La importancia histórica universal de la monarquía bizantina en general y de la ciudad de Constantinopla en particular» (*Fragmente aus dem Orient*, II, págs. 205-232). Pero dejémoslo a quien desee contemplar el tema en síntesis histórico-filosófica. Lo que aquí ofrecemos al lector son breves e imperfectas semblanzas, que todavía no pueden encajar en un cuadro de conjunto. Se

parecen a las cúpulas y minaretes que emergían sobre Constantinopla en aquel día de niebla. Pero habrán cumplido su razón de ser, si el sol del claro conocimiento disipa el velo neblinoso y nos presenta en su totalidad el amplio panorama de la historia bizantina, como aquel día la poderosa visión de la antigua metrópoli fué surgiendo, palmo a palmo, de la niebla ante los ojos del espectador maravillado.

I

CUATRO FIGURAS IMPERIALES

1. JUSTINIANO.

JUSTINIANO es, después de Constantino, el único emperador romano oriental a quien las generaciones posteriores, no sólo dieron el sobrenombre de Grande, sino también envolvieron en luminoso limbo con su fecunda fantasía. Puede compararse este fenómeno con el relampagueo que alumbra en el horizonte después de una gran tempestad. La poderosa obra de Justiniano tuvo algo de borrascoso para el círculo del mundo en que él intervino; y se comprende que todavía en los siglos XII y XIII las tribus sudeslavas lo reclamaran por suyo, y Dante lo trasladara a su Paraíso.

Sublime, pues, presentábase su figura a la fantasía transfiguradora de los pueblos y de los poetas. Pero ¿cómo se ofrece a la sobria investi-

gación moderna, al entresacarla de los testimonios de fidedignos contemporáneos, y al despojarla de todos los repintes y desfiguramientos posteriores? ¿Cómo era aquel hombre, cuya fama ha perdurado tantos siglos? ¿En qué relación estaban sus cualidades personales con su posición de dominio sobre el mundo? ¿Cómo respondió a esta posición, y cómo obró ésta a su vez en él?

Por fortuna podemos formarnos una idea bastante clara de Justiniano, en su personalidad externa e interna. No solamente son los datos acerca de él abundantes — fuentes históricas, jurídicos-diplomáticas y literarias, griegas, latinas y orientales —, sino que, además, él mismo contribuyó directamente a su caracterización, puesto que escribió mucho, y, por añadidura, todas las palabras, oficialmente pronunciadas por él, quedaron consignadas. A estas palabras nos atenderemos especialmente, aun cuando sean testimonios, como es natural, retocados en las cancillerías. Porque aquí es donde podremos recoger la impresión con más pureza y directo contacto, y también con más confianza. Por otra parte, es siempre posible contrastar las indicaciones de Procopio, no siempre de confianza, como es sabido, con las de otros hombres de autoridad.

Flavius Petrus Sabbatius Justinianus no procedía de sangre real, sino de gente labradora. Su cuna se mecía en un miserable pueblecito de la

Alta Macedonia, en Tauresium, cerca de la actual Hesküb. Era, pues, de origen tracioilírico. Romano fué su idioma materno. También sus facciones revelan — en cuanto puede juzgarse por las descripciones transmitidas y los mosaicos conservados — su procedencia romana: rostro ovalado, nariz recta, barba firme, enérgica. . . Así estaba ya preformado externamente el que más tarde había de ser emperador, cuando en seguimiento de su tío, a quien un suceso casual había llevado al trono (con el nombre de Justino I), llegó a Constantinopla a los treinta y seis años. Después de una educación sólida científica, fué investido con diversos cargos civiles y militares. Por último, su tío, que le había adoptado, compartió con él la soberanía. Con esto le fué allanado el camino para el trono, al que subió en el mismo año (527), teniendo cuarenta y cinco de edad.

Es preciso conocer esta prehistoria para apreciar justamente su carácter y su conducta, y ver, a recta luz, tanto sus excelencias como sus debilidades.

En su porte externo manifestaba, aun siendo emperador, su origen plebeyo. Ni en sí mismo ni en los demás observaba la rígida etiqueta cortesana de Bizancio. En su manera de vivir gustaba de la sencillez; era sumamente parco en la comida y en la bebida; se permitía muy poco sueño y

se levantaba temprano. Llegó así a la edad de ochenta y tres años.

Su porte era reposado y majestuoso. El tono de su voz, dulce y amable. Nunca se dejó llevar de la ira o de la excitación; de suerte que parecía tener, como dice Procopio, alma de cordero. En el fondo era también benigno y caritativo. Agradecía mucho los leales servicios y se mostraba pronto a perdonar. A un conspirador, condenado a muerte, lo indultó con estas palabras: «Por mi parte te perdono; quiera Dios también absolverte».

El ánimo cristiano y la gran piedad eran, desde luego, rasgos dominantes de su manera de ser, que a última hora degeneró, por desgracia, en una enfermiza pasión teológica. Sus reformas legislativas están completamente saturadas de espíritu cristiano, y en todas sus grandes empresas, guerreras y pacíficas, imploraba el auxilio de Dios. «No confiamos en nuestras armas, ni en los soldados, ni en los generales, ni en nuestro propio genio, sino que ponemos toda nuestra esperanza en la providencia de la Santísima Trinidad» — escribía antes de dar comienzo a una campaña. Y sobre su gran obra legislativa, el *Codex Justinianus*, formula este juicio: «La esperanza en Dios es nuestro único refugio para la consistencia de la monarquía. Él asegura la salud a nuestra alma y a nuestro imperio. Por eso es

justo que toda nuestra legislación emane de este principio; que Él es para ella inicio, medio y fin.»

En los primeros años de su reinado unió a la piedad una incansable laboriosidad, un ardoroso celo y una gran meticulosidad en el despacho de sus deberes de gobernante. Él mismo asegura que «pasa días y noches en cuidado y vigilia, por idear para sus vasallos algo provechoso y agradable a Dios». Por sí mismo se informaba con gusto acerca de todo; multiplicaba para este fin las audiencias y recibía aun a personas desconocidas, con las que hablaba largamente. Para seguir de cerca los progresos de la construcción en la iglesia de Santa Sofía, se privó muchas veces de la siesta, y era incansable en alentar a los trabajadores y aun en dar consejos a los arquitectos.

En caso de guerra no dejaba de fijar por sí mismo, a una distancia de miles de leguas, los detalles de un plan de campaña o de un sistema de fortificación. Pero con el mismo cuidado se preocupaba de los más pequeños detalles del plan de enseñanza y de las costumbres de los estudiantes en la nueva Academia de Derecho de la capital. Este empeño por enterarse de todos los detalles de un asunto y contrastarlos contribuyó también a producir cierto desorden, por la precipitación con que el emperador se entregaba al trabajo. Lisonjeábase de haber terminado su

gran reforma administrativa de 535-6 en doce o quince meses, y de «haber dado al Estado un nuevo florecimiento por sus brillantes concepciones...» En lo cual, por desgracia, quedó muy defraudado. También se vanagloriaba de haber terminado en tres años la gran obra de sus Digestos, cuya ejecución se calculaba para lo menos diez años...; y por eso pueden hacerse tantos reparos al mérito del trabajo. Por último, logró concluir en cinco años la poderosa construcción de Santa Sofía...; pero un terremoto derrumbó, no mucho después, la cúpula, y hubo que sustituirla por otra, menos bella, pero que todavía se conserva.

Había, pues, en la actividad de Justiniano algo intranquilo, apresurado, turbulento, como no podía esperarse de un cincuentenario. Pero si ya a primera vista se echa de menos la tranquila firmeza en su manera de ser, todavía se siente más esa falta de reposo cuando se penetra en el fondo de su carácter. Allí, en lo profundo de su ser, existen cualidades que desfiguran mucho la imagen de su personalidad humana, que perjudican muchas veces a su actuación, guiada por las mejores intenciones, y que le quitan mucho del nimbo con que se ha presentado a la posteridad. Sobre el fondo de oro, los colores brillantes ganan; pero los sucios y turbios no hacen sino perder más aún.

En primer lugar, su desconfianza y su envidia. Ambas cosas están seguramente en consonancia con su carácter de advenedizo. Por eso desconfiaba de todo aquel que pudiera serle peligroso, y nadie pudo nunca envanecerse de haber gozado su privanza duradera. «Tenía siempre — dice el cronista Zonaras — una oreja abierta para las murmuraciones.» Esto lo experimentó más que nadie su fiel general Belisario en su propio cuerpo; aun cuando la conocida historia de su cegamiento pertenece a la fábula. Sin embargo, el emperador estaba constantemente celoso de él, de su fama, de su riqueza, de su popularidad, y siempre inclinado a fraguar intrigas contra él. No era esto, ciertamente, ningún rasgo bello en el carácter del emperador y, sobre todo, no era señal de grandeza de alma. Pero, ¿qué príncipe se hubiera eximido totalmente de tales flaquezas, no siendo, además, muy experto conocedor de los hombres?

Acaso su desconfianza fuera también consecuencia de otra debilidad, a saber, de su interior incertidumbre e indecisión, muchas veces en momentos en que hubiera sido necesaria una rapidez contundente. Pero aquí es donde se manifiesta el verdadero carácter de un hombre. Conocida es su desapoderada timidez en presencia de la actitud amenazadora del pueblo, durante la rebelión de Nika, por los partidos del Circo (532).

A la sazón estuvo a punto de emprender cobardemente la fuga, y sólo por la enérgica resolución de su esposa Teodora se abstuvo de ello y se salvó el Estado. Desde luego, sin esta mujer, muy superior a él en energía y carácter, nunca Justiniano hubiera sido Justiniano; como no lo volvió a ser, efectivamente, después de su muerte (548). Pero si el influjo de ella, aun cuando no siempre beneficioso, dimanaba casi siempre de motivos buenos, no puede decirse lo mismo en lo que se refiere a las perversas insinuaciones de sus ministros y cortesanos, dictadas por el propio interés. El tesón con que imponía su propia voluntad, cuando alguien le contrariaba abierta y francamente, corría parejas con la debilidad que mostraba cuando alguien sabía halagarle.

Esto nos lleva a otro tercer defecto, especialmente desarrollado en el carácter del emperador: su desenfrenada vanidad, consecuencia también de su precipitada ascensión desde pequeños principios a ilimitado poderío. Justiniano siempre escuchaba con complacencia las alabanzas a su benignidad y magnanimidad; se recreaba en adornar con su nombre sus numerosas fundaciones y proezas, y en la consagración de la iglesia de Santa Sofía, después de exclamar con afectación algo teatral: «¡Lorado sea Dios, que me permitió llevar a cabo semejante obra!», no pudo contenerse y añadió: «¡Yo te superé, oh

Salomón!» Malicioso sarcasmo es, sin duda, lo que Procopio cuenta de que los cortesanos aseguraban al emperador que podría, si quisiera, levantarse por el aire, como un ser sobrenatural; y que el ministro de Justicia Triboniano, en las sesiones del Consejo de Estado, fluctuaba en perpetuo temor de que el emperador fuese arrebatado de pronto por su piedad al cielo, como Elías. Pero al menos la invención de estas fábulas demuestra claramente cuán burdas debieron de ser las adulaciones con que algunos procuraron infatuar al emperador.

Y, sin embargo..., este hombre, que de superhombre parecía tener tan poca cosa, y que a veces hasta produce la impresión de un buen hombre, supo, no sólo desempeñar el papel de soberano de dos Imperios, del Oriental y del Occidental, sino también sentirse y acreditarse como tal soberano. Fuerza es confesarlo: Justiniano desempeñó perfectamente, tanto el papel de César romano como el de déspota oriental. No mantuvo solamente la dignidad de la antigua tradición romana, sino que acertó, como bárbaro que era, a dominar sobre los bárbaros. Encarnó, en forma condensada, la idea autocrática en el Estado y en la Iglesia, y llegó a ser así el prototipo de los zares rusos.

Pero, al mismo tiempo, se sintió — y éste fué su error — enteramente romano, y con espíritu

romano quiso gobernar un mundo, que era intrínsecamente extraño al romanismo, y se apartaba de esto cada vez más. Sus miradas se dirigieron hacia el Occidente. En cambio, su reino estaba orientado hacia el Oriente. Su política, su orgullo, se cifraba, primordialmente, en mantener a Italia en el imperio, en tanto que descuidaba a su país natal y a su más próximo campo de intereses, la Península balcánica y el Asia Menor. Este error fué purgado más tarde amargamente. Codificó el Derecho en un idioma, que era el de Occidente y no el de Oriente. En sus decretos apelaba continuamente a los grandes recuerdos de Roma, y se dirigía por ellos, mientras que, en realidad, concedía entrada inconscientemente al espíritu oriental. De suyo no era sino un semi-oriental escasamente romanizado, y los instintos orientales irrumpen, al cabo, siempre en él, bajo la decoración romana.

El cesarismo, muy desarrollado ya en la Roma occidental, fué exaltado por Justiniano hasta el despotismo rígido y la conciencia de la infalibilidad. El emperador es la encarnación del poder absoluto. «¿Qué hay de más grande, ni de más santo — escribía una vez, refiriéndose a su gran reforma del Derecho —, que la majestad imperial? ¿Quién podría tener la arrogancia de menospreciar el juicio del Príncipe, puesto que los fundadores mismos del Derecho han recono-

cido clara y expresamente que las decisiones imperiales tienen fuerza de ley?» Y en otro lugar: «Nuestra majestad ha compulsado los proyectos que se le han sometido, y ha corregido, por inspiración divina, todas sus incertidumbres y oscuridades, dando a las cosas su forma definitiva». Y en otro pasaje: «Si alguna cuestión pareciese dudosa, infórmese al emperador, y él, con su autoridad soberana, decidirá; pues sólo a él pertenece hacer la ley y derogarla.»

A esta elevada idea del derecho del soberano correspondía también su conducta. Le gustaba tomar la palabra, y hablaba en tonos solemnemente patéticos. En la consagración de la nueva Academia de Derecho se dirigió a los profesores en estos términos: «Vais a comenzar, con la ayuda de Dios, a enseñar la ciencia del Derecho y a despejar el camino que nosotros hemos señalado; para que vuestros discípulos lleguen a ser excelentes servidores de la Justicia y del Estado, y vosotros mismos podáis granjearos fama eterna». Y la transformación que el Derecho experimentó, gracias a él, la compara con el cambio entre Glauco y Diomedes, referido por Homero, «cuando trocaron oro por cobre, y el valor de nueve bueyes por una *hecatombe*».

El emperador sabía muy bien representar en público su dignidad. Por eso concedía gran importancia al desarrollo de la exterior magnificen-

cia. No pudo satisfacerse con levantar magníficos edificios: «Justiniano no podía decidirse a mermar nada en los gastos de lujo, para mantener el esplendor de la corte bizantina, y comunicar a la imperial majestad aquel prestigio, que fué uno de los resortes de su política, para llevar a término los edificios que cubrían su metrópoli y toda la monarquía. . .» (Diehl). Procopio encontró verdaderamente campo abonado, cuando se propuso encomiar la actividad constructiva del emperador en un panegírico. Por todas partes surgían nuevas ciudades, palacios, puentes y, sobre todo, iglesias a granel, para cuya construcción ningún sacrificio le parecía grande. Sólo la iglesia de Santa Sofía debió de consumir 300 millones.

Añádanse a esto las innumerables y costosas guerras que Justiniano sostuvo en el Occidente, en el Norte y en el Oriente, y se podrá calcular cuán rudamente fué puesta a prueba la potencia financiera del Imperio. La desconsideración de la política contributiva imperial da testimonio de ello, y nos demuestra también que en Justiniano estaba el orgulloso déspota incomparablemente más desarrollado que el prudente político social. Es cierto que en la gran obra reformadora de la administración, que emprendió en los años 535-536, todavía inculcaba a los funcionarios, «que atendiesen con paternal solicitud a la población, que se guardasen de toda injusticia, que no

admitiesen ningún dinero, que persiguiesen los delitos...» Es cierto que hablaba muchas veces de las «manos puras», de «una bella y armónica relación entre gobernantes y gobernados». Pero, ¿qué valía todo eso, si por otra parte amonestaba continuamente para que aumentasen los ingresos del fisco», se recaudasen puntual y totalmente los impuestos, y en una *Novela* dice: «El Estado, que por la misericordia de Dios tanto se ha engrandecido, y por este crecimiento se ha visto obligado a sostener guerras con sus vecinos bárbaros, necesita más dinero que nunca». En la implantación de las nuevas fuentes tributarias y en el aprovechamiento de las antiguas, se procedía con la mayor desaprensión. Por último, al cabo de treinta años (366), todo el edificio de la política financiera imperial se derrumbó, y el sucesor de Justiniano encontró el tesoro de la nación cargado de deudas. Justiniano no pudo aplicar, por desgracia, a su política financiera la sabia sentencia que — acaso refiriéndose a él — un emperador pronunció más tarde: «No basta dar decretos; es preciso ser capaz de velar por su exacto cumplimiento». Con esta incapacidad tropezó la buena voluntad de Justiniano, y habrá de tropezar la de todo emperador que se abandone al aparato burocrático de la jerarquía. Muchos de sus decretos tuvo que repetirlos cada dos años — algunos hasta siete veces —, y cuando habían

pasado veinte años, se demostraba que todo seguía como antes, y entonces comenzaba otra vez el trabajo de Sísifo. La corrupción y la falta de dinero no querían ceder, a pesar de todos los medios dudosos, y aun recusables, que se aplicaban, y en una de las últimas *Novelas* se manifiesta abiertamente que el tesoro del Estado «ha caído en el último grado de pobreza».

Estas situaciones eran, en gran parte, consecuencia del riguroso sistema centralizador, que, a su vez, estaba estrechamente trabado con el principio del autocratismo, al que se atenía el emperador, tanto frente al Estado como a la Iglesia, y que impuso en su política interior con tenaz e implacable consecuencia.

Es significativa, en este sentido, su actitud frente a las *representaciones* civiles y eclesiásticas *del pueblo*. Se preguntará: ¿Pero había ya a la sazón representaciones populares? A lo que se responde: No las había ya, sino que las había *todavía*. Existían, por una parte, los famosos partidos del circo, los verdes y los azules, que para nosotros vienen a significar una especie de *clowns* políticos; pero que, en realidad, eran la última personificación del antiguo pensamiento municipal griego, como dice Gelzer acertadamente, o, para expresarlo a la moderna, del consejo municipal; con ellos tenía que contar el Gobierno, y tuvo que contar también Justiniano,

como pretendiente a la corona. Existían, además, los Concilios eclesiásticos, que también Gelzer designa como una especie de parlamentos sacerdotales y que Justiniano reconoció como una imitación cristiana del Senado romano.

Contra estas dos corporaciones, la civil y la eclesiástica; contra los últimos retoños de las antiguas repúblicas, de la griega y la romana, se esgrimió el autocratismo de Justiniano. Los partidos del circo — como si dijéramos el Parlamento de la ciudad — fueron para él, durante mucho tiempo, una espina en el ojo; porque se oponían a sus orgullosos planes conquistadores. Justiniano quería deshacerse de ellos y castigar a sus jefes. Pero esto desató, en la primavera del año 532, la tremenda revolución conocida bajo el nombre de levantamiento de Nika, que redujo a cenizas media Constantinopla y por poco le cuesta a Justiniano la corona. Sólo por la energía de Teodora y por la astucia con que supo halagar a los «azules», a la sazón partido gobernante, pudo sortearse el mal paso. Pero ello encendió la ira del emperador, que no pudo olvidar nunca la mofa pública sufrida en el circo. Y así lanzó contra la multitud a las milicias, que en seis días hicieron una matanza de unos 30.000 hombres. «El sofocamiento de la rebelión de Nika constituye una piedra miliaria en la historia del Oriente romano. El pueblo y el Senado

dejan de ser un factor de la vida política. El perfecto absolutismo ha llegado a dominar sin límites» (Gelzer).

Pero el orgullo de Justiniano y su necesidad de poderío llegaron más lejos. Así como los partidos eran un obstáculo para sus planes de política civil, así también lo eran los Concilios para sus planes de política eclesiástica. Había que sacrificar a la unidad del Imperio la libertad de la fe y de la Iglesia.

La constitución libre de la Iglesia había quedado propiamente aniquilada en Oriente desde el Concilio de Calcedonia (452). El emperador, no sólo lo convocó, como convocaba al Senado romano, sino que también lo presidió. Y la Iglesia fué cayendo poco a poco, en Bizancio, bajo el poder del Estado. Esto correspondía bien con el sentimiento oriental. La teología oficial fué directamente anunciada por boca del emperador. Justiniano fué el que llegó más lejos en este sentido; pues puede decirse que fundó el césaropapismo oriental-europeo y encarnó en una misma persona al Emperador y al Sumo Sacerdote. El nombraba y deponía los Patriarcas, según le agradaba; prescribía a los Concilios sus temas; señalaba límites a sus discusiones; los vigilaba por medio de funcionarios ministeriales; confirmaba o rechazaba sus resoluciones; modificaba y trastornaba por sí mismo sus Estatutos; en una pala-

bra — como lo declaró el Patriarca Menas en el Concilio del año 536 —, no podía suceder nada en la Santa Iglesia contra la voluntad del emperador. La primera sesión del Concilio del año 553 comenzó con la lectura de un mensaje imperial, que daba a los Santos Padres normas para su conducta y les inculcaba que procedieran «como conviene a sacerdotes, que guardan en el corazón el temor de Dios y del juicio final, y tienen que sacrificarlo todo a la piedad, a la verdadera fe, a la verdad, a la honra y a la gloria de Dios.»

Con esto, los sínodos descendieron naturalmente a ser una «insignificancia organizada» y hasta en las cosas eclesiásticas la voluntad del emperador se erigió en suprema ley. Y también en la ejecución de esta voluntad procedió Justiniano con la desconsideración que le era propia: «Obispos ilegalmente depuestos; prelados constituidos por la violencia y contra el deseo de los fieles; sacerdotes suspendidos, encarcelados, desterrados a lejanas costas; resistencias quebrantadas por la amenaza o domadas por el soborno, y hasta sangre derramada para hacer triunfar la doctrina preferida por el emperador... tales eran los medios de que el absolutismo imperial se valía, tal era el modo como Justiniano usaba de sus privilegios en cuestiones de religión» (Diehl). ¿Y por qué no había de hacerlo así? El era «un apasionado teólogo en el trono»; componía him-

nos, tratados dogmáticos; establecía en la Cuaresma los textos eclesiásticos sobre los cuales se debía predicar; tomaba la palabra con unción y fervor en los sínodos, hasta el punto de que un prelado llegó a entusiasmarse tanto, que apenas podía creer que estuviese hablando un príncipe: «pues encontraba en él reunidas la suavidad de David, la paciencia de Moisés y la dulzura de los Apóstoles».

¡Menguada dulzura y suavidad! Cuando el emperador, en su vejez, se constituyó en su propio inquisidor general, pasaba noches enteras disputando con Obispos y monjes sobre la naturaleza de Dios y las Sagradas Escrituras, hasta que sus interlocutores se reducían a su opinión; pues de lo contrario les aguardaba el fuego, la prisión o el destierro. «O eres de mi opinión o te mando desterrado» — decía el emperador al patriarca Agapito —, demostrando con ello cuán fácilmente el celo religioso se trueca en despotismo y fanatismo.

Pero en el fondo de aquel cuidadoso afán, que Justiniano demostraba por una rigurosa organización y una disciplina militar del clero, de lo que dan testimonio abundante las *Novelas*, se descubre la peligrosa consigna, la verdadera intención del Emperador: «El buen orden de la Iglesia es el apoyo del Estado».

Era temible sobre todo la manera cómo amor-

dazaba y uniformaba, no sólo a la Iglesia, sino también a los fieles. El verdadero Dios para él es el Dios de la iglesia ortodoxa oficial. Quien no lo reconoce, es un hereje. Y a los herejes les alcanza la severidad de la ley: sus posesiones son confiscadas; no pueden desempeñar ningún cargo ni ejercitar profesiones liberales; el derecho hereditario les está menoscabado; el ejercicio del ministerio divino les está prohibido. . . ; en suma, son los parias de la sociedad. Y esto, no sólo ocurría con los paganos, sino también con muchas sectas cristianas del Imperio.

A pesar de todo, no logró Justiniano el fin principal de su política eclesiástica, que era establecer la unidad religiosa; como no logró tampoco el de su política civil, que era conseguir la integridad del imperio romano. Ni el Occidente pudo ser ganado de una manera estable por la conquista, ni el Oriente por la forzosa conversión. La campaña contra Italia fué un fracaso, como lo fué también la cruzada contra los monofisitas de Egipto y de Siria. «El desmembramiento de los países orientales de la monarquía, que tuvo lugar en el siglo VII, se aceleró en realidad por la política eclesiástica de Justiniano. Su política de conquista, que gastó las fuerzas del reino en las provincias de Occidente, paralizó la acción en el Oriente» (Gelzer).

Pero ambas cosas, la política militar y la ecle-

siástica de Justiniano, frutos de su orgullo y de su arrogancia, llevan en sí el mismo gusano que el árbol donde sazonaron. El despotismo de Justiniano no era la expresión necesaria de una poderosa personalidad de grandes miras, como acaso la de Pedro el Grande. Era más bien el despotismo personalista de un alma, en el fondo pequeña, que a toda costa pretendía aumentar la herencia del Imperio, valiéndose de medios que le habían legado sus predecesores, pero que él no supo aplicar con rectitud. Justiniano dejó un imperio gigantesco, exteriormente brillante, pero en lo interior completamente carcomido y esquilma-do. Cuando murió, su muerte fué recibida como una redención. Su obra se estrelló en la grave contradicción entre el querer y el realizar; porque aquel «que pretende resolverlo todo por sí mismo, generalmente se engaña, y el verdadero genio del soberano se muestra en la elección de ministros cabales, y no en una meticulosa vigilancia e intervención en todos los asuntos» (Gelzer).

2. LEÓN III, EL SIRIO.

Verdadera ironía en la historia bizantina es el hecho de que, mientras la Bizancio oficial desdénaba orgullosamente todo lo bárbaro, preocupándose sólo de conservar las tradiciones roma-

nas, el Imperio debiera sus mejores fuerzas, sus más altos valores, precisamente a esos «bárbaros». Porque no puede haber sido casualidad el que ni la dilatada y abigarrada serie de los primeros emperadores, que gobernaron con espíritu romano, desde Constantino el *Grande* hasta Justiniano II, llenando los primeros 400 años (324-717), aportaran al Imperio prosperidad y bienandanza ninguna, en el interior como en el exterior, ni tampoco lo hicieran las dinastías de los Comnenos y Paleólogos, saturadas de un asmático clasicismo, las cuales ocuparon la historia de los últimos 400 años del Imperio (1057-1453), sino que precisamente fueran las dinastías correspondientes al intervalo entre ambos períodos, las de los Sirios y Macedonios, las que comunicaron al Imperio verdadera firmeza y pujanza y le aseguraron durante tres siglos y medio la hegemonía en el mundo político europeo (717-1057). Y precisamente estas dinastías eran de origen «bárbaro». Sus representantes no conocían ni las tradiciones romanas ni las griegas; no aspiraban a la brillante pompa de los antiguos Césares, ni se vanagloriaban de una formación literaria, delicada, pero muelle, de procedencia alejandrina, sino que se contentaban con su propio y rudo vigor, con su sensibilidad sana, inmediata, no envuelta en falsas apariencias. Este período de la historia bizantina marchaba por el mejor ca-

mino para librar a Bizancio de sus antiguas veleidades y, creando una Edad Media, reclusa en sí misma, que pudiera equilibrarse con la europea, desarrollar de sus propias entrañas una vida orgánica. Es la época de los hombres fuertes y geniales, de los rudos guerreros, de los sencillos amigos de Cristo y del pueblo; época de gozoso ímpetu activo, en que alternaba el fragor de las armas con el reposado trabajo de reforma. No en vano se formó en esta época una epopeya bizantina autóctona, que cantaba las hazañas del margrave Basilio Dígeno y que ha fecundado la épica popular servia, búlgara y rusa. Se nota, desde luego, cómo circula por esta época una fresca y vivificante ráfaga, que alienta a los hombres a nuevas empresas, temple y fortifica su carácter, barre todo aquello que suele designarse con el nombre de «bizantinismo». En esta época y en este suelo arraigan las figuras de Teodoro de Studion, de Casia, de Photios, de Juan Kyrriotes y otros hombres robustos por su voluntad y por su espíritu. En ella arraigan también las figuras de los príncipes emprendedores y reformadores que las dos dinastías siria y macedonia produjeron, y a la cabeza de todos, León III, a quien la historia suele llamar «el Sirio», y también erróneamente «el Isaurio», pero a quien más bien debería llamarse «el Reformador».

Desde la época de Heraclio, por consiguiente,

desde hacía cien años, el Imperio no había visto ningún emperador tan enérgico. Y en ninguna época hubiera sido necesario tan enérgico emperador como entonces. Todo el siglo que media entre Heraclio y León estuvo bajo el signo del peligro árabe. Al morir Heraclio y subir al trono León, el Imperio se había encogido casi hasta reducirse a la metrópoli: en la mitad europea habitaban los esclavos, y en la mitad asiática, los árabes. La situación era desesperada. Tocábase con la mano el fin. Acertadamente, aun cuando no en todo, se ha comparado aquella situación desesperada del Imperio bizantino con la de Prusia en el año 1806. Sólo que en Bizancio fué el emperador mismo quien salvó al Imperio y quien concedió por propia iniciativa todas las reformas, que en Prusia fué menester arrancarle. Hasta tal punto eran las circunstancias más democráticas y elásticas en Bizancio, que si un emperador no llenaba las esperanzas en él cifradas, allí estaba al punto quien podía derrocarlo y sustituirle. El cruel Justiniano II cayó bajo el puñal asesino (su hijo había sido ya antes, prudentemente, asesinado, con lo cual quedada extirpada la casa de Heraclio), y su enemigo, un oficial armenio, fué nombrado emperador. Pero a los dos años cayó también, víctima de una conjuración de oficiales. Siguiéronle en el trono dos funcionarios civiles, que sólo reinaron dos años cada uno; hasta que

por fin, en el año 717, cuando ya Constantinopla había caído en manos de los árabes, surgió para el Imperio un ángel salvador. Un general de la tierra de Commagene, en el ángulo que forman Siria y Cilicia, era prefecto de la *Themas* anatólica, y fué proclamado emperador en el momento de mayor necesidad. León III fué uno de los más grandes soberanos del Imperio; y no tuvo el orgullo de querer amplificar el Imperio, sino más bien de renovarlo, aunque con los medios de un autócrata.

Por desgracia, su semblanza quedó desfigurada por la parcialidad del amor o del odio — y especialmente, por la del odio — entre los historiadores contemporáneos. Pues una cosa no pudieron éstos perdonarle: la lucha contra las imágenes sagradas, con que León inauguró la serie de los emperadores iconoclastas, y por la cual tuvo que oír de piadosos cronistas epítetos más o menos amables, como «infortunado», «enemigo de Dios», «miserable», «tirano», etc.

Ciertamente, esta actitud contra el culto de las imágenes era un comienzo muy poco bizantino, y demuestra que León no era un bizantino, sino precisamente un sirio, arraigado en otro círculo cultural completamente distinto: en el círculo de los pauliquianos, saturados de espíritu mahometano, sectarios cristianos que más tarde fueron conocidos en los Balcanes con el nombre de bo-

gomiles, y en Italia con el de albigenses. El centro espiritual de este círculo era Samosata, patria de Luciano, y se hallaba cerca de la patria de León III, Germanicia. Esto basta para explicar su repugnancia contra el culto de las imágenes. No es, pues, necesario, recurrir a especulaciones ético-religiosas, demasiado profundas, ni considerar a León como un segundo Lutero, que predicara un cristianismo purificado. Tal cosa era muy ajena a aquellos tiempos. Tampoco hace falta recurrir a consideraciones políticas, pues es bien claro que no fué «político» aquel paso que expuso al Imperio a graves sacudidas durante siglo y medio, y sirvió, además, de ocasión para que surgiera un imperialismo romano y predominara en el mundo el papismo. Toda esta cuestión debe ser juzgada únicamente desde el punto de vista de la historia de la raza. La concepción sirio-armenia, en este punto, iba contra la bizantina, como más tarde la germánica fué contra la romana. La mejor prueba de ello es que, cuando después de ciento cincuenta años empuñó el timón la dinastía ortodoxa macedónica, fué restaurado oficialmente el culto de las imágenes.

Si en este punto la actuación de León y de sus sucesores aparece, por lo tanto, como una desviación — fundada en la psicología de la raza — de toda la tradición histórica anterior, y, en consecuencia, como una simple herejía, lo mismo

ocurre con su obra de reforma *civil*. Sólo que ésta fué más beneficiosa en sus consecuencias y no hay que lamentar sino que, siendo tan beneficiosa y democrática, quedase ahogada por las luchas religiosas y relegada por completo a la sombra, hasta quedar, por último, anulada, y fracasar lo mismo que la planeada renovación eclesiástica.

Lo que indujo a León a su reforma más amplia, a la reforma del Derecho, fué, en parte, que las antiguas leyes justinianas se habían hecho incomprensibles a causa de la progresiva helenización del Imperio y, en parte también que se habían adueñado del Imperio la confusión e inseguridad legislativas, derivadas de las leyes justinianas y de los embrollos políticos de los veinte años precedentes. León mandó recopilar todos los libros de leyes, y compuso un compendio, una especie de Código civil, llamado *Ékloga*. Lo que distingue esta obra, sobre todo, es el carácter particularmente religioso de que está penetrada y que tanto dista del espíritu romano de Justiniano, como se acerca al espíritu sirio-semítico del Antiguo Testamento. Reproduzcamos, verbigracia, el siguiente pasaje del prefacio: «El Señor y Creador del Universo, nuestro Dios; el que crió al hombre y le dió el privilegio de una voluntad libre, y le dió una ley para ayudarle, manifestó por este medio todas las cosas que debían ser hechas por él (por el hombre), y todas las que no

debían ser hechas, para que procurara tender hacia aquéllas, en cuanto prometen la salvación, y evitar éstas, en cuanto traen aparejado el castigo. Y ninguno de aquellos que observen sus mandamientos o desprecien sus preceptos escapará a la sanción futura, por sus obras. Pues Dios manifestó estas cosas al principio de los tiempos, y la fuerza de sus palabras... no se quebrantará.»

Y en un pasaje donde los jueces son exhortados a proceder imparcial y desapasionadamente, «a no apreciar en poco al pobre, ni dejar libre al malhechor poderoso», abona este precepto por la Sagrada Escritura: «Porque así les comunicará también nuestro Señor Jesucristo el poder y la sabiduría de Dios y el conocimiento de la justicia en mucha más copiosa medida, y les descubrirá cosas que difícilmente pueden descubrirse; pues Él hizo verdaderamente sabio a Salomón, porque investigaba la justicia».

Y después de haber indicado las normas que habían de seguirse para evitar el soborno de los jueces, termina con esta observación: «Para que no se cumpla en nosotros lo que por el Profeta está dicho: *Vendió la justicia por dinero*, y para que no excitemos la ira de Dios por la infracción de sus mandamientos».

Se advierte que el Derecho es cristianizado por este emperador, no como institución humana, a la manera del antiguo Derecho romano, ni

como expresión de la voluntad imperial, al modo de la legislación justiniana, sino precisamente como «revelación de Dios», igual que en la mosaica. El influjo de esta religiosidad habrá de manifestárenos también en la reforma agraria de León. Tampoco puede desconocerse el punto de vista cristiano en la reforma del Derecho civil: basta comparar las disposiciones de la *Ékloga* sobre el *Derecho matrimonial* con las del *Código Justiniano*. Mientras, por ejemplo, Justiniano permitía el concubinato, ordena León que toda concubina se case; mientras aquél transige con la lascivia del clero, éste impone por ella severos castigos; mientras aquél sólo prohíbe los matrimonios entre cristianos y judíos, prohíbe León los matrimonios entre cristianos y disidentes, como también entre primos y primas de sexto y séptimo grado. El divorcio queda dificultado notablemente, de acuerdo con las palabras de la Biblia, que dice que el hombre y la mujer son una carne. Sólo es permitido en cuatro casos, a saber: cuando la mujer (no el hombre) comete adulterio; cuando el hombre es impotente; cuando una de ambas partes difunde sobre la otra calumnias, que pueden poner su vida en peligro, o cuando uno de ambos consortes está enfermo de lepra. Se acentúa el derecho moral de la esposa o de la madre, en tanto que el derecho del padre sobre el hijo se limita en favor de la madre, hasta el pun-

to de que la muerte sola del padre no hace necesaria la tutela.

Juntamente con el Derecho civil, hay algunos Códigos especiales de la Ékloga, que someten a una amplia reforma el Derecho agrario, como también el Derecho marítimo y el militar. Son interesantísimas las disposiciones para librar al estado agrícola de las garras de los grandes terratenientes, suprimiendo la obligación de servicio, el llamado «colonato», y regulando las *relaciones de arriendo*.

En cuanto a las disposiciones legales sobre esto último, parecen haberles servido de norma una vez más los antiguos principios semíticos, que muestran sorprendentes coincidencias con el Código babilónico del rey Hammurabi, y con la ley agraria de León. Así ocurre, por ejemplo, con la disposición de que la tierra yerma haya de ser restituída al cuarto año por quien la aproveche; de que, sin conocimiento del dueño, ninguna tierra pueda ser labrada ni pueda en ella ser cortado ningún árbol; de que la tierra que se labre en ausencia del dueño haya de ser devuelta al mismo...; disposiciones todas de sentido conservador bastante patriarcal, que significan en ciertos puntos un retroceso, en comparación con el derecho de Justiniano.

En cambio, significó un verdadero progreso la supresión del *colonato* (o patronato) y la libertad

que de aquí se siguió para los labradores. Esta medida se relaciona con las diferentes circunstancias etnográficas del Imperio, desde el siglo vi. De esta época data la invasión y establecimiento de tribus eslavas en la Península balcánica, como también la irrupción de armenios en el Asia Menor. Los eslavos eran el elemento más fuerte; tan fuerte, que lograron imponer al Imperio sus instituciones agrarias. Pero con estas instituciones no se compadecía el concepto romano de los *ads-criptitii* (en griego: ἐναπόγραφοι), es decir, de los labradores inmanumisos, vinculados a la gleba y al «señorío»...: coteros (*kaetner*), como se les llama en la Prusia de la parte oriental del Elba. Tales situaciones eran muy ajenas al espíritu de los eslavos de entonces, y éstos no podían avenirse con ellas. No poco influyeron, por lo tanto, para que León se decidiera a derogar aquella disposición y, en consecuencia, aflojar lo más posible las relaciones entre colonos y propietarios. De aquí resultó una distinción entre colonos a medias y colonos por interés: aquéllos son del todo independientes y sólo aceptan la labranza de los campos de otro a costa de cobrarse con la mitad del producto, generalmente sólo por un año; estos otros, en cambio, tienen que aportar, además de un décimo al señor, la participación que a éste le corresponda en los tributos; de suerte, que de diez gavillas se reservan nueve, y entregan al señor sólo una.

«Quien reparta de otro modo — añade la ley —, sea maldito de Dios.»

A esta innovación, tan importante para la consecución de un estado agrícola libre, se añadió la disposición de que todo el territorio del pueblo fuese propiedad común de los labradores independientes, domiciliados en el correspondiente municipio.

Aun cuando toda esta ley agraria de León fué dictada más por necesidad que por propio impulso, a la manera como lo fué la liberación del estado agrícola prusiano hace cien años, no por eso fué menor su beneficioso efecto, y Bizancio pudo preciarse, por lo menos durante un siglo, de tener un estado agrícola libre. También aquí se descubre nuevamente cuánto favoreció al Imperio, en el orden social, la nueva infusión de sangre «bárbara», y cuán sin prejuicios correspondió León a estas circunstancias, acertando a sacar partido de ellas para el procomún.

Con la reforma civil y agraria de León corrió parejas su reforma administrativa, tanto en el orden civil como en el militar; en ella vuelve a manifestarse vigorosamente la tradición romana de la centralización y de la disciplina de hierro.

En la política financiera y tributaria de León se advierte una tendencia que recuerda la antigua rigidez prusiana. Después de tantos abusos, tuvo

León que preocuparse, sobre todo, de vigorizar el poder central del emperador. Suprimió por completo la administración autónoma, bastante extendida, cuando ocurrió en Grecia una insurrección; entonces quitó al ministro de hacienda — al gran *Logoteta*, como se llamaba en Bizancio — su cargo responsable, y asumió por sí mismo la suprema dirección de las finanzas del Imperio, exactamente como Federico Guillermo I en Prusia. Esta actitud enérgica, personal y consciente, distingue a León por completo del burocrático Justiniano, que gobernaba por medio de decretos y disposiciones inútiles. León no se entregó a nadie más que a sí mismo, y en este sentido fué un verdadero autócrata; lo fué, claro está, en los asuntos verdaderamente serios y graves, no en los pequeños caprichos personales, en las triquiñuelas.

En sentido centralista ordenó también la administración local de las finanzas. Esta había estado hasta entonces en manos de los curiales, que, generalmente, eran ricos terratenientes y que adquirirían por ese medio una preponderancia, fácilmente desagradable para la corona. León los sustituyó por funcionarios imperiales propios, que tenían también que cuidar de la recaudación de los impuestos territoriales. Esta disposición influyó, naturalmente, en la relación de los grandes terratenientes con los labradores; su poderío

sobre éstos, anteriormente casi ilimitado, se quebrantó también mucho por esta causa.

En las *cuestiones militares*, León, antiguo general, era hombre entendido y el más indicado para su reforma. El Imperio quedó organizado enteramente según principios militares: fué suspendida la administración civil de las provincias e incorporada a la administración militar, para lo cual se transfirió a las autoridades militares el poder civil. De manera ejemplar preocupóse León de mantener la disciplina y la moral entre las tropas; quien fuese castigado por adulterio, no podía servir en la milicia, y quien contribuyese al adulterio de su mujer, era depuesto. Apreció muy bien lo que significaba el buen espíritu en un ejército, cuando dijo: «Sólo los inexpertos creen que una guerra se decide por la mayoría del número y por el valor ciego; después de la ayuda de Dios, se necesita de un supremo arte, de una gran comprensión en los jefes y de una gran *fuera moral* en las tropas». Por eso ordenó que en la noche anterior a la batalla se hiciese oración, y que no faltase la bendición de los sacerdotes.

Naturalmente, como experto militar, sabía León muy bien que la piedad debe estimular y afirmar la capacidad y no transformarla en pasividad fatalista, como sucedía en la época de la decadencia, cuando se creía que la incapacidad

guerrera podía ser sustituida por una crasa y enfermiza superstición, y se esperaba vencer a los turcos con frases del Antiguo Testamento. Un espíritu tan sano como el de León no podía pensar en una clericalización tan peligrosa del ejército. Y así dice expresamente que la protección divina no habrá de faltar, si se cultiva el arte romano de la guerra, y que sólo desde que aquél ha decaído falta el auxilio de Dios. Por eso concedía el mayor valor a la disciplina completa de los soldados durante su tiempo de servicio; no podían simultáneamente ocuparse de la agricultura o del comercio, ni tampoco trabajar como agentes o fiadores de otros. A la desertión impuso la pena de muerte. León trató de infundir en el ejército el espíritu de la fidelidad al deber, asemejándose también en esto a los antiguos reyes prusianos.

El carácter de León, desgraciadamente, sólo puede reconstruirse por su actuación. Su retrato, con todos sus pequeños rasgos y encantos secretos, únicos que habrían de comunicarle completa frescura de colorido, es incognoscible para nosotros. No hubo complacencia en ocuparse de un hombre, que hasta pasó por hereje, por muchos beneficios que hiciera al país en el orden económico y social. Acaso tuvo cualidades personales que no agradaban a los bizantinos. Acaso no amara el aparato y la ostentación, sino que vi-

viese puritanamente, sin hablar mucho — pecado mortal para un griego —. Acaso era demasiado sobrio y austero, para dejarse venerar como héroe en tiempos de austeridad. En resolución, no era hombre para dar pábulo a lisonjas ni a bur-las. La ambición de gloria y la vanidad personal parece que le fueron enteramente extrañas. Es uno de los pocos emperadores orientales roma-nos que no incurrieron en orgulloso imperialismo y que más se preocuparon de la interna firmeza del Imperio que de su ampliación por conquista. ¿Qué descendiente de los antiguos empera-dores romanos hubiera echado sobre sí la res-ponsabilidad de reducir las fronteras del imperio hasta los Balkanes y hasta el Tauro? Ningún bizantino de cepa hubiera podido resistir al cos-quilleo del gran poderío. Pero León era demasia-do positivista para perseguir vanos fantasmas y dejarse emborrachar por la simple apariencia de la grandeza.

3. BASILIO II, EL MACEDONIO.

El dogma de la omnipotencia y omnipresen-cia de los emperadores bizantinos había sufrido un rudo golpe en el siglo x. El imperio llevaba camino de entumecerse. Mientras en el siglo ix todavía los emperadores acudían personalmente

a la guerra, en el siglo X apenas emprendían viajes y sólo abandonaban su palacio en ocasiones solemnes, algo así como en la época moderna el Zar ruso, el Pontífice romano o el Sultán turco. Como estos «prisioneros de la historia», fueron pasando aquellos emperadores a un estado que suele designarse con el eufemismo de «santo», pero que — como es notorio — sólo es el manto encubridor de la impotencia o incapacidad personal. Un fatigoso ceremonial envolvía la persona del emperador, como la yedra las ruinas. En suma: la fuerza amortiguadora de la tradición histórica reemplazaba a la personalidad viva, y no volvió a surgir en el Imperio ningún Justiniano, ningún Heraclio, ningún León.

Pero no era la fuerza de los emperadores la que se había debilitado y envejecido, sino la de las dinastías. El pensamiento dinástico nunca había sido en Bizancio muy fuerte; y mucho menos lo fué en los siglos X y XI. No hay que dejarse engañar por la serie de los emperadores macedonios, que casi abarcó dos siglos (867-1057). De ésta no salieron más que dos soberanos importantes: los dos Basilios. Los demás talentos notables eran usurpadores, que pertenecían a la aristocracia militar armenia. En cuanto a su situación, concurrían ahora circunstancias muy particulares. Demasiado débiles para gobernar por sí mismos, los sucesores de Basilio I, y en primer

término el erudito emperador Constantino VII (912-959), «nacido en la púrpura», abandonaron el gobierno efectivo a los mejores estadistas de sus generales. Por cierto, con todos los requisitos necesarios, pues atribuyeron a estos regentes la corona imperial, creando así una especie de emperador adjunto, autónomo, que hubo de conducir a un extraño dualismo de imperios bicéfalos, en el sentido más propio, símbolo humano del águila bizantina bicéfala. Este curioso sistema, creado manifiestamente por la fuerza de la necesidad, tenía su lado bueno y su lado malo. Contribuía, por una parte, a que el más capaz desplegara sin obstáculo sus posibilidades; pero, por otra parte, predisponía al cáncer más grave del Imperio, al ilimitado poderío de los grandes terratenientes, que acabó por traer la ruina general.

El joven emperador Basilio II (976-1025) se encontraba frente al problema de aprovechar los beneficios de este sistema y de combatir y eliminar sus peligros. Pero su trágico sino dispuso que, a pesar de su excelente y vigorosa voluntad, no se mostrase capacitado para la empresa, y que, como casi todos los príncipes, confundiese los síntomas con las causas y combatiese aquéllos sin acertar con éstas.

Basilio II era el polo opuesto de su padre Constantino VII. Mientras éste había sido un

hombre estudioso, de gabinete, el hijo fué un hombre de acción, poco instruído, aunque ciertamente esto se debió tan sólo a las circunstancias. Cuando el padre murió, tenía Basilio tres años, y creció bajo los dos grandes emperadores intermedios, los antiguos generales Nicéforo Focas y Juan Tzimiskes. Cuando éste murió, en 976, el joven Basilio tenía veinte años, pero no gozó por el momento del poder ilimitado, sino que fué durante mucho tiempo el instrumento del omnipotente canciller y presidente del Senado, llamado también Basilio. Este, hijo bastardo del viceemperador Romano I Lacapeno, que dirigía el gobierno en lugar de Constantino VII, conservó mucho tiempo todos los hilos en su mano; y así como antes lanzó al trono a los dos militares Nicéforo y Tzimiskes, así ahora colocó en él a Basilio, que se hallaba por completo bajo su influencia. Al principio todo parecía marchar perfectamente. El joven emperador y su hermano menor Constantino, coemperador con él, se preocupaban poco del gobierno. Especialmente Basilio llevaba una vida salvaje y alegre. Pero de pronto le sucedió lo que a Enrique V de Inglaterra; operóse una completa transformación en su carácter: se hizo serio y reconcentrado; comenzó a llevar una vida ascética; abandonó todos los adornos, incluso la cadena del cuello y la diadema, y se vistió con trajes de colores sombríos. Desde luego, esta conducta res-

pondía mejor a su naturaleza y a su apariencia exterior. Cuando leemos la descripción que Psellos nos ha transmitido de él, nos formamos una imagen que dista mucho de la de un príncipe: cabeza redonda, frente plana, ojos centelleantes, barba espesa. No es de extrañar que el elegante cortesano lo encontrase más parecido a un labrador que a un hombre distinguido, especialmente por su manera de hablar, en frases cortas y rasgadas, y por su manera de reír, estremeciendo todo el cuerpo, y por su manera de mesarse la barba cuando se enfurecía.

Lejos de conceder importancia a la cultura y a la ilustración, las despreciaba. Sus secretarios eran gentes de formación muy defectuosa, que no sabían escribir mejor que él mismo. A sus sobrinas Zoe y Teodora les dió una educación muy poco esmerada. Los humanistas no entraban en cuenta para él. Tampoco la clerecía. No le agradaba parecer otra cosa que lo que era: un rudo guerrero. Y así se hizo también representar: en una miniatura que se conserva en un psalterio de la Biblioteca de San Marcos, se le ve con una lanza en la diestra, la siniestra apoyada en una segur, y rodeado por una corona de seis santos, también armados como guerreros, mientras a sus pies yacen en el polvo ocho cortesanos. Es el genuíno príncipe guerrero de la Edad Media, el héroe de las batallas, cuyo tipo era corriente entonces en la Euro-

pa occidental, aun medio salvaje, pero constituía una excepción en el ambiente supercultivado y refinado de Bizancio. Y, sin embargo, Bizancio necesitaba en el trono semejantes guerreros, con más urgencia que espíritus delicados o teólogos diletantes.

Basilio II fué, después de su bisabuelo Basilio I, el primero que puso fin a aquella duplicidad de emperadores, como, en general, a todo gobierno auxiliar. No faltaron pretendientes que quisieron arrojar al joven emperador de su asiento, y aun fué para él una suerte grande que hubiera dos, pues así se gastaron en guerra uno con otro. Estos dos rivales eran los generales Bardas Skleros y Bardas Focas. Aquél atizó en Asia Menor la llama de la sublevación, y éste desempeñó el gobierno contra el sedicioso; pero para su propia ventaja. En efecto, después que Focas consiguió arrojar del campo a Skleros — es cierto que apoyado por el intrigante canciller Basilio — proclamóse emperador y sometió a su mando casi toda el Asia Menor. Pero el emperador Basilio, con tropas auxiliares rusas, acudió contra el rebelde, y en Abidos chocaron ambos rivales; y ya Focas estaba a punto de requerir las armas para llegar al desafío personal con Basilio, cuando, a consecuencia de una bebida fresca, le dió un ataque de apoplejía y cayó muerto del caballo. Cuando el viejo Skleros, a quien Focas había te-

nido en prisión, fué llevado ante el emperador, exclamó éste: «¡Y de un hombre semejante había yo temblado ayer!»

Una vez que el emperador, a la sazón ya con treinta y tres años, se hubo desentendido de su intrigante y ambicioso canciller, enviándole al destierro y confiscando su hacienda, quedó Basilio, por fin, único soberano. Había reconquistado para la dinastía y para el Imperio la prepotencia militar, largo tiempo deseada, y había derrotado a todos sus émulos. Nuevamente ocupaba el trono un emperador que tenía voluntad propia, que dirigía el Estado según las leyes no escritas de su propia naturaleza sana, que no se retraía de conocer su Imperio por propia inspección, y sobre todo, de restablecer el equilibrio por mucho tiempo perdido, primero con la destrucción del reino búlgaro, tan peligroso para Bizancio, y la consiguiente reconquista de la península balcánica, y luego con la aniquilación de la prepotencia de los grandes terratenientes del Asia Menor. La lucha contra éstos constituye uno de los principales servicios que hizo al Imperio este emperador; pues Asia Menor era, tanto política como económicamente, el granero del Imperio, como todavía hoy lo es de Turquía. En sus fértiles campos, ricos en trigo, habíase desarrollado una nobleza joven y poderosa, semejante a la de la margen oriental del Elba. Carecemos de testimo-

nios para apreciar hasta qué punto era fuerte y consciente de su fuerza esta nobleza rústica. Un historiador «feudal» bizantino del Asia Menor, que vivió en el siglo xi, Miguel Attaliates, observa despreciativamente, refiriéndose a un émulo de uno de estos magnates orientales, que era «sólo» de las provincias occidentales, y menos noble. Y cuando Basilio emprendió su primera guerra contra Bulgaria, algunos historiadores observaron, con gran sorpresa, que ni siquiera había consultado a los nobles de Asia Menor. ¡Como que ellos tenían la corona en su poder!

¿Pero qué hizo Basilio para impedir el crecimiento de los latifundios? Promulgó en 996 una ley agraria, que por sus medidas radicales de represión permite apreciar cuanto había crecido en prepotencia la nobleza rústica. En el fondo, esta ley sólo era una agravación de la ley agraria, ya promulgada por Romanos I, abuelo de Basilio. Pero mientras ésta había sido concebida con toda seriedad y servía para la verdadera protección de los labradores, las *Novelas* de Basilio dan la impresión de que sólo pretendían la intimidación y hasta el aniquilamiento de los grandes terratenientes, y esto por intereses meramente políticos. En la legislación de Basilio se echa de menos la amalgama de sentimiento social y religioso que se observa en la de León III. El guerrero Basilio se mostraba respecto de la Igle-

sía bastante indiferente y aun hostil. No se detenía mucho en apreciar las medidas que creía necesarias. Era un carácter realista y, además, resuelto. De ahí el tono frecuentemente bronco y áspero de sus leyes. No funda su legislación en la Biblia, sino en la propia observación, en la clara evidencia de aquello que conviene al Estado. Cuando se recorren las leyes de Basilio contra la codicia de los magnates, se obtiene en seguida la impresión de que no surgieron sobre el verde tapete de la mesa, sino, por decirlo así, sobre la verde plenitud de la naturaleza y de la vida misma. Una y otra vez tropezamos en estas leyes con pasajes que dicen que el emperador se ha convencido por sus propios ojos del espíritu acaparador de los terratenientes, que ha puesto fin a sus posesiones injustas. Allí se habla, por ejemplo, de cierto Filocales, «labrador de arraigo, quien, mientras permaneció en estado humilde, vivía del trabajo de sus manos y pagaba los mismos tributos que los demás labradores; pero, después que hubo tenido dignidades cortesanas, se apropió grandes fincas. Pero no quedó sin castigo. Nos llegamos a la comarca donde estaban sus haciendas, y recogimos los lamentos de aquellos que habían sido despojados de su posesión; dispusimos que las explotaciones agrícolas, montadas por él, fueran destruídas de cuajo, y que les fueran devueltos a los pobres los campos que él les

había arrebatado. Ahora se halla confinado a la huebra del terreno que poseía años antes, y vuelve a ser lo que era de nacimiento: un labrador». (Nov., 29, cap. I). Fácilmente se comprenderá la impresión que haría en los hidalgos campesinos la publicación de semejante proceso, y se observará también que este emperador, no sólo fué legislador, sino también ejecutor de sus leyes. Ciertamente, no siempre procedió con tanta rudeza. Cuando Basilio volvía por Capadocia de su campaña siria, uno de estos magnates se recreó en acogerle y agasajarle, con todo su ejército, esperando por ello, seguramente, una alta distinción. Efectivamente, poco después, el emperador le invitó a ir a Constantinopla, y a su llegada le acogió con los mayores honores; pero ya no le dejó volver a sus tierras, y después de su muerte, confiscó todos sus bienes.

Si Basilio procedía con semejante despreocupación y arbitrariedad, no era sólo por su índole avasalladora, sino también por el convencimiento que tenía de que con leyes de papel solamente no podía combatir la arrogancia de aquella clase. Las leyes contra el acaparamiento de fincas rústicas, y su transformación en fincas señoriales, habían sido promulgadas sesenta años antes, como queda dicho, por su abuelo Romanos I. Pero manifiestamente habían carecido de eficacia. Ahora llegó Basilio, las agravó y

les comunicó un acento radical, para obligar así a los insaciables señores a desprenderse de los bienes injustamente logrados y restituirlos a sus primitivos dueños.

¿Fué Basilio, en la draconiana aplicación de estas leyes, siempre consecuente, o quiso sólo dar algunos ejemplos? La respuesta no se deduce claramente de las fuentes, aunque éstas parecen indicar lo último. Que no fueron aplicadas en toda su amplitud parece desprenderse de una ley sobre impuestos, promulgada como complemento de la ley agraria. Esta ley consistió en la renovación de una disposición antigua, que no había sido observada y que ahora tampoco llenó sus fines, a saber, en la llamada responsabilidad mutua (*alleengyon*), por la cual las prestaciones militares, correspondientes a los pobres insolventes, habían de acumularse en los ricos. Pero tampoco esta disposición logró ahora su fin, y veinticinco años después volvió a ser derogada. Además, es interesante saber que precisamente esta ley, desempolvada por Basilio, no fué promulgada por decisión propia, sino por consejo de uno de los magnates sometidos, que conocía a los suyos, y convenció al emperador de que lo más sensible para los ricos eran los pesados tributos; porque les impedían disipar descuidadamente su injusta hacienda y les obligaban a preocuparse de sus bienes. (Psellos, *Historia*, capítulo XVII.)

Esto debió considerarlo evidente el emperador. Sin embargo, no parece haber insistido mucho por ese lado; pues, precisamente en tiempo de Basilio, la presión de los impuestos, uno de los aspectos más terribles de la administración bizantina, fué relativamente suave. Bajo el mando de sus sucesores, la administración procedía contra los morosos con implacable dureza — hasta el punto de que una princesa de la casa imperial llegó a quejarse, cuando presencié un caso de éstos, en un viaje por Asia Menor, habiendo sido desatendida por el ministro —. En cambio, en tiempo de Basilio quedaban muchas veces los atrasos contributivos durante muchos años sin pagar, y aun llegaban a ser olvidados. Hay una hermosa prueba de la sobria administración que tuvo Basilio, y es que, bajo su gobierno, aunque los impuestos eran relativamente más bajos y las guerras con los búlgaros fueron largas y costosas, el tesoro del Estado se colmó de tal manera, que sus sucesores pudieron utilizarlo a manos llenas, cosa que también hicieron honradamente. Por su parte, Basilio era enemigo del lujo; no sostuvo una corte brillante, ni viajó a baños, ni iba de caza; no levantó iglesias costosas, de las que sabía que sólo enriquecían al clero, al cual equiparaba en las leyes con la nobleza, y sólo se preocupó de restablecer el equilibrio entre la política interior y la exterior y afianzar el Imperio.

Porque también en la política exterior persiguió Basilio sus ilimitados planes imperialistas; lo mismo que antes de él, Justiniano, y después Manuel Comneno. Asegurarse la península balcánica y el Asia Menor fué su empeño principal; con eso se satisfizo. Allá los búlgaros, aquí los hidalgos. Y en ambas regiones supo gobernar sabia y benignamente, a pesar de momentáneas durezas; en ambas regiones supo conciliar el rigor con la circunspección, enérgicamente, cuando era necesario; pero no tiránicamente ni por capricho personal o arrogancia cesárea. El orgullo de los emperadores romanos no era defecto común en estos jóvenes advenedizos de la dinastía siria y macedonia, los cuales se preciaban más de lo que eran por sí mismos que de lo que eran por la fuerza de la tradición. Y precisamente lo que hace tan simpáticos a los dos representantes más egregios de esta dinastía, a León III y a Basilio II, es el rasgo social de su carácter, bien que muy distinto en ambos. Porque, aunque es verdad que León fué más amigo del pueblo, en cambio, Basilio fué, seguramente, el mejor estadista; y aun cuando las disposiciones agrarias de ambos más eran negativas que positivas, y más perjudicaban a la nobleza que favorecían a la clase media y aldeana, ambos prestaron a la consolidación del Imperio mayores servicios que aquellos orgullosos soberanos, que trabajaron

por restaurar el antiguo *orbis romanus*, preocupados tan sólo de la amplitud exterior, en vez de atender a la fuerza y firmeza internas. Y hay que decirlo resueltamente: si el Imperio Oriental hubiese tenido muchos soberanos tan fieles a su deber como estos dos, el desenlace de la historia bizantina habría sido, seguramente, muy distinto; porque la calamidad que causó la ruina de este Imperio fué, en la parte europea, los búlgaros, y en la parte asiática, los hidalgos campesinos. Basilio advirtió muy bien este doble peligro y trató de conjurarlo hasta donde pudo. Pero la falta de constancia en el desenvolvimiento posterior volvió a desconcertar toda la obra que ambos Basilios habían realizado en el interior y en el exterior para la salud del Imperio. Basilio II, hijo de Constantino VIII, era tan distinto de su padre, que los burlones bizantinos caracterizaban a ambos con el donaire de que eran la cruz y la escupidera talladas en el mismo tronco. Y, aun cuando la soberanía de la «escupidera» sólo duró dos años, ya en su sucesor empezó el desgraciado favor de la nobleza y del clero, que habían estado en baja durante cuarenta años y que ahora volvieron a medrar con lozanía, al calor del sol imperial. Volvió a demostrarse una vez más que Bizancio no estaba madura para una verdadera Edad Media en nuestro sentido europeo occidental. Las fuerzas de su doble ascen-

dencia, la romana en la vida oficial y la griega en la vida espiritual, eran demasiado potentes para que la energía nativa del elemento bárbaro (en el sentido clásico) pudiera sobreponerse. Siempre la barbarie se mezclaba con la cultura refinada y perecía. Basilio fué uno de los pocos soberanos que supieron mantenerse libres de todo barniz de cultura y tuvieron el valor de mostrarse como bárbaros, confiando sólo en su naturaleza propia, de la cual procede la verdadera cultura.

4. MANUEL COMNENO.

En una evolución de 800 años, el Imperio oriental romano se había casi enteramente incorporado al mundo cultural de Oriente. Había extraído de él sus mejores fuerzas, físicas y espirituales, aunque también había recogido muchas semillas venenosas, y sobre todo las de un conservadurismo malsano, que le comunicó la apariencia de lo indestructible, mientras hubo de enfrentarse con el Oriente, eternamente antiguo, y con las salvajes tribus del Norte. Pero le ocurrió lo mismo que más tarde al Imperio español, cuando éste chocó con el Norte germánico, juvenil y robusto; también Bizancio hubo de hacer la amarga experiencia de que un organismo polí-

tico y administrativo, vigorizado y santificado por la antigüedad, no puede por sí solo asegurar su subsistencia, si ya no tiene suficiente savia renovadora y si ya ha entrado en el período en que realmente son ya necesarias medidas de orden conservador.

Así como las materias artificialmente conservadas inician su descomposición tan pronto como se ponen en contacto con el aire fresco y oxigenado, así las viejas culturas, confinadas en sí mismas, se pudren cuando se juntan con culturas jóvenes y vigorosas. La cultura greco-oriental inició su decadencia cuando se puso en contacto con la romano-germánica; esto ocurre en la vuelta del siglo XII al siglo XIII. A la sazón, los Estados de Occidente se habían consolidado. El Imperio romano de la nación alemana, la potencia marítima de Venecia, el abigarrado ejército de los Cruzados, aparecieron amenazadores en el campo visual de Bizancio. Dos mundos, nacidos de la misma raíz, se miraban cara a cara con extrañeza y enemistad. La fuerza, consciente de sí misma, comenzaba a retar el arrogante orgullo de los ilustres antepasados. Los toscos advenedizos se enfrentaban con los patricios mundanos.

Lo trágico de este contraste se muestra más claramente cuando encarna en un individuo, que desearía conciliarlo y superarlo, que lleva en sí elementos de los dos mundos, pero al cual falta

la fuerza necesaria para realizar su doble ideal, y por eso fracasa en su labor. La encarnación de este dualismo es el emperador Manuel, el más famoso vástago de la dinastía de los Comnenos.

No es fácil trazar un retrato fiel de su índole, que ya durante su vida fué desfigurada por el favor y el odio de los partidos. Lo contradictorio de su carácter se refleja en sus mismos censores. El cuadro de su vida nos ha sido transmitido por dos biógrafos, uno de los cuales, Kinnamos, pertenecía al grupo de sus ciegos admiradores, mientras el otro, Niketas Acominatos, se contaba entre sus abiertos enemigos. Es necesaria, por consiguiente, una circunspecta atención para encontrar el justo término medio.

Desde luego, ya es característico que un rey bizantino haya sido objeto de juicios tan diversos; pues las naturalezas poco vulgares son, por lo general, las que despiertan a la vez aprobación y repulsa. Ciertamente, no fué Manuel un hombre vulgar, aunque rebajemos mucho de lo que sus panegiristas dicen.

Ya en su *personalidad* se muestra reiteradamente aquel doble carácter, que tanto asombraba a los contemporáneos y que en Bizancio era tan excepcional: la amalgama de elementos orientales y occidentales. Manuel y su padre Juan II, que le había precedido en esto, aun cuando en otra forma, fueron los hombres que, justamente

por su predilección hacia el Occidente, hubieran podido enlazar el Imperio oriental romano con la Europa occidental, si la muchedumbre no hubiera ya declinado, de mucho atrás, hacia el Oriente, sin redención posible. El mismo Manuel no se sentía bien hallado con la dignidad tradicional de *basileus* (rey). Tenía, sin duda, la sensación de que su robusto y vigoroso cuerpo, de rostro atezado y ojos simpáticos, muy abiertos — así le describe su mismo enemigo Niketas —, había de parecer mejor con la armadura de caballero que con la púrpura de emperador. Y, en efecto, sintióse caballero. Organizó — cosa inaudita para un bizantino — torneos, y en el hipódromo de Constantinopla derribó a muchos caballeros latinos, infatuados de su superior destreza. Así, cuenta su biógrafo Niketas que echó por tierra al mismo tiempo a dos caballeros; pues uno de ellos, por la fuerza del embite, derribó al otro del caballo, arrastrándole en pos de sí, sin reparar en los respetos debidos a la dignidad y aun a la seguridad personal. Allí demostró también su energía y decisión, retando al combate a un valiente enemigo, y fué el primero en montar el corcel de batalla. Esto se avenía muy bien con su carácter sanguíneo, impulsivo y arrebatado, que estaba como hecho para la profesión caballeresca. Pero, en cambio, nunca se le vió irritado ni iracundo, como suele acontecer en semejantes naturalezas,

sino que también acertaba a ser un genuino caballero, por el dominio sobre sí mismo. «Pues aquello que deseaba hacer — dice Kinnamos — lo hacía con pacífica actitud y sin arrebato».

En una ocasión estaban Manuel, su hermano Isaac, su primo Andrónico y su sobrino Juan solazándose juntos. Se empezó a discutir sobre quién merecía el premio del valor, si Manuel o su padre Juan. Manuel cedió modestamente a su padre la preferencia; pero Isaac y Andrónico, acaso enardecidos por el vino, sintieron tan fuerte emulación, que Isaac desenvainó su espada y arremetió contra su primo. Manuel se colocó imperturbable en medio, para detener el golpe, y recibió una herida en un brazo. Desde entonces hubo de llevar siempre — según se dice — una coraza bajo el vestido.

Libre de vanidad y lleno de discreción, como le muestra este episodio, sabía soportar la contradicción incluso de sus vasallos. Como sintiera en una marcha mucha sed, por el gran calor, mandó que le trajeran de un río un jarro de agua. Pero cuando lo hubo acercado a la boca, observó que dejaba sabor a sangre, y lo derramó advirtiendo que había costado sangre de cristianos. Oyó esto un soldado, que allí cerca estaba, y recogió la observación del emperador, para aludir en tono sarcástico y desenfadado a los duros impuestos con que el fisco estrujaba y exprimía a

los súbditos hasta la sangre. Pero el emperador, dice su biógrafo, recibió estas palabras como si fuera sordo y — frase bizantina muy popular — como si tuviera nudos en la lengua.

Evidentemente, no tenía madera de déspota, en el mal sentido de la palabra. En esto tampoco era un bizantino auténtico. Era, sí, enérgico, pero no tiránico, antes magnánimo y dulce. En esto igualó a su padre, Juan el «Bueno», como le llamaba el pueblo. Era también Manuel liberal y misericordioso, más inclinado a perdonar que a castigar. Así como Juan sólo castigó suavemente a su hermana Ana, por el atentado que cometió contra su vida, así Manuel sólo a duras penas pudo resolverse a echar sobre su primo Andrónico la responsabilidad de idéntica falta contra él.

A pesar de estos rasgos caballerescos, tanto en sus acciones como en su temple, no podía ni quería renegar de su índole bizantina; sobre todo en su predilección por un ceremonial aparatoso. Semejante aparato era tradición antigua, y resultaba, además, necesario por la posición mundial del Imperio y su metrópoli. Bizancio seguía siendo a la sazón el centro de la diplomacia asiática y europea. Y esto exigía, necesariamente, magnificencia y boato. Convenía, sobre todo, imponerse por la ostentación a los asiáticos. He aquí, por ejemplo, cómo recibió Manuel al sultán de los selyúcidas, Kilidsch Arslan. El emperador estaba sen-

tado en un trono de oro, cuajado de piedras preciosas y de perlas, y su manto de púrpura estaba recamado de carbunclos, dispuestos según determinado dibujo; tenía el pecho adornado con una piedra encarnada como una rosa, del tamaño de una manzana, que colgaba de cadenas de oro. El resultado fué infalible. El turco no se atrevió a sentarse, y acabó por acomodarse en un banquillo.

Pero también para los europeos desempeñaba el ceremonial un importante papel. Más de una vez fracasaban importantes planes políticos por cuestiones de etiqueta; así, por ejemplo, un encuentro de Manuel con el rey Conrado, al atravesar el ejército de los cruzados por la Tracia. Cuando se piensa que ambos monarcas eran parientes, se comprende la importancia que podía tener la discusión de ambos emperadores sobre la preeminencia. Ninguno quería ceder al otro. Y Manuel vigilaba con particular celo sobre su dignidad, porque se consideraba heredero directo de los emperadores romanos. Cuando se le anunció la segunda excursión de los cruzados, por medio de emisarios del rey de Francia, manifestó a éste su alegría y su complacencia; pero al mismo tiempo declaró la esperanza de que los franceses le rindiesen los mismos honores que a su abuelo Alexio, con ocasión de la primera cruzada. La discusión de etiqueta con su cuñado Conrado III,

tal como la narra Arnolfo de Lübeck, raya casi en lo cómico, aun cuando está contada con alguna exageración. Según dicho autor, Manuel comenzó por exigir que Conrado le besase en la rodilla, y como éste rehusara, accedió a cambiar el beso, estando él sentado en el trono. Y, por último, como Conrado tampoco se aviniese, convinieron ambos en que habían de darse el beso, montados a caballo.

También fué Manuel un bizantino de cepa, por el agrado con que se mezclaba en las más ardientes especulaciones y disputas teológicas, siendo en ellas temido, hasta por los sacerdotes, a causa de su aguda dialéctica. Una vez más Kinamos nos informa con admiración sobre este aspecto de su carácter. Niketas, en cambio, no habla de él sino con malicioso vituperio, en el sentido de que se atrevía con los dogmas insondables o interpretaba arbitrariamente, a su modo, las Sagradas Escrituras: «porque en aquellos pasajes, sobre los cuales habían manifestado los Padres el recto sentido, exponía sus propias explicaciones, como si fuera él solo quien comprendiera a Cristo y estuviera iniciado en su esencia de la manera más clara y alta». Conocida es, por ejemplo, aquella disputa, que duró nada menos que seis años, entre el emperador y el clero sobre la frase de Jesús: «el Padre es mayor que Yo». Aun cuando esta vena teológica existía siempre más o

menos, en todos los bizantinos, parece que en Manuel se manifestó con especial agudeza. No sin razón determinó el clero en aquella disputa dogmática, arremeter *in corpore* contra el emperador, pues bien se le alcanzaba que cada uno, en particular, no podría resistir a la fuerza de su elocuencia y de sus argumentos.

Otra contradicción entre lo occidental y lo oriental en el carácter de Manuel, se manifiesta en la mezcla de robusto vigor y blanda sensualidad. Esta peculiar mezcla llamó ya la atención de Niketas, quien dice a este propósito: «Cuando la coyuntura le llamaba al trabajo, podía permanecer mucho tiempo en tensión, soportando el calor y el frío, luchando contra el sueño; pero cuando le quedaba algún ocio después de la guerra, se entregaba al placer y gozaba con los esparcimientos. Al observar atentamente cuánto se gozaba con los manjares sabrosos, cómo le complacían los tañedores de lira y de cítara y los cantos sinfónicos, podía pensarse que sólo con aquellas gentes había pasado su juventud y que consideraba el placer como el único fin de la vida. Pero si luego se advertía cómo, no bien llegaban los tiempos adversos, deponía aquel temple disoluto y consideraba el bienestar como algo nefando, había lugar para admirarse de lo mucho que había cambiado.»

Y no faltan ejemplos que confirmen cuán

acertadamente sabía amoldarse a las circunstancias. Con sus soldados compartía todas las fatigas. Así, el mismo Niketas cuenta cómo el emperador, en su última campaña, vivaqueó contra los turcos. «Pero cuando se hacía necesaria la premura, tenía el suelo por silla, y la paja, que se le ponía debajo, le servía de lecho. Y si a veces llovía y era menester acampar en alguna hondonada pantanosa, la lluvia le rociaba por arriba, y la humedad, que penetraba por debajo de la tienda, le robaba el sueño. Por esto fué más querido y admirado que cuando se colocaba la diadema, se vestía la púrpura y montaba el corcel enjaezado con oro.»

Siempre estaba a punto, cuando era tiempo de acudir con prontitud. Al rey de Palestina, herido en una cacería, le socorrió al momento, con sus propias manos, arrodillándose ante él y poniéndole vendas. Cuando, al pasar un río, una barca cargada de soldados amenazó volcar, él mismo vadeó por el agua y la sostuvo con sus hombros. Para estimular a los obreros con el acicate de la emulación, en la construcción de una fortaleza, acarreó él mismo piedras. Por cierto que cosas semejantes se cuentan también de Justiniano, como hemos visto.

Y este mismo hombre sabía entregarse luego a los placeres más refinados de su metrópoli. Gustaba de las mujeres hermosas, hasta tal pun-

to, que desatendió a su esposa, la sencilla y fiel princesa alemana, Berta de Sulzbach, a cambio de su propia sobrina Teodora, de la cual se dice que tuvo un hijo. Su primo Andrónico, que por lo demás compartió su opinión sobre la prima, aludiendo una vez a esta pasión, hizo a Manuel, según se dice, la advertencia de que el agua de la misma fuente tiene el mismo gusto. Es más, de creer noticias poco fidedignas, pecó hasta de perversas inclinaciones hacia los hombres, cosa que en un oriental no se ha de considerar como muy grave. Manuel fué, sin duda, una naturaleza muy sensual; esto lo reconoce su panegirista Eustathios, quien también cuenta cómo el emperador luchaba contra esa propensión, evitando, por ejemplo, todas las bebidas excitantes y prefiriendo el vino áspero al vino dulce y fuerte.

Todos estos rasgos contradictorios, consignados hasta ahora, caracterizan tan sólo su personalidad humana. Más importantes son aquellos, que al mismo tiempo arrojan luz sobre su postura política, sobre su actuación en el interior como en el exterior, sobre su política administrativa y conquistadora. Y aquí encontramos de nuevo, si observamos atentamente, el característico dualismo entre la índole occidental y la oriental. Por cierto que este dualismo se manifiesta aquí en una curiosa mezcla de realismo y romanticismo, mezcla en la cual no es, como pu-

diera creerse, el romanticismo el que representa lo occidental. El romanticismo resulta más bien lo oriental, puesto que el emperador permaneció fiel a las tradiciones románticas, según las cuales el imperio bizantino estaba predestinado al predominio sobre el mundo, y trató de realizarlas en su política conquistadora. En cambio, reconoció, con agudo sentido de la realidad, la ventaja de la administración occidental sobre la bizantina y trató de utilizarla en su imperio, con meritorio desembarazo de prejuicios. Estos dos aspectos de su actividad, la política administrativa occidental y la política conquistadora oriental, constituyen el verdadero núcleo de su vida; pero contienen también la semilla de sus conflictos y fracasos y toda la emocionante tragedia de que está llena la historia de este emperador.

Manuel había comprendido claramente que, para lograr sus grandes planes políticos, era imprescindible una reforma en el ejército y en la administración. No sólo muchas instituciones de su organización militar y política eran anticuadas; también la fatiga e insuficiencia orientales debían de hacerse ya entonces sentir. Pensó, pues, en comunicar al Imperio fuerzas nuevas, y éstas las encontró entre los pueblos jóvenes del Occidente. Pero esto dió lugar a una doble dificultad: en primer término, el Oriente nunca había gustado mucho de reformas, y los bizantinos

no las querían, como no las quisieron más tarde sus herederos, los turcos. Además había otro obstáculo grave, la invencible repugnancia de los bizantinos contra los «francos», como todavía hoy llaman los griegos a los europeos de Occidente, repugnancia en que se manifestaba toda la complacencia propia, todo el propio sentido histórico de una raza infatuada de su antigua cultura. El amanerado y elegante bizantino sólo veía en el «europeo» al bárbaro; y éste, en aquél, sólo al taimado oriental. Es la vieja oposición cultural entre la Europa occidental y la oriental, que todavía hoy no han llegado a armonizar. La falta de comprensión mutua era, en la época de Manuel, enorme, como lo manifestó una vez más el hombre, que en este punto le hizo más abierta oposición, su biógrafo Niketas. Este formuló así la contraposición entre griegos y latinos: «Si el cautivo es un romaico que se mantiene libre del lenguaje italiano, y que se aleja de los pueblos de otra raza, hasta el punto de no tener lo más mínimo de común con los latinos, ni siquiera en el traje, entonces es un hombre maldito de Dios. . . Porque existe entre nosotros y ellos la más profunda sima de la discordia; no es posible que nos avengamos en nuestros pareceres; somos diametralmente distintos, aun cuando exteriormente estemos asociados y muchas veces tengamos que vivir juntos». Y juicios análogos se encuentran en-

tre los historiadores occidentales sobre los griegos.

Hay que tener en cuenta estas incompatibilidades si se quiere juzgar acertadamente la política administrativa occidental de Manuel, así como la impresión que ésta produjo en el helenismo oriental. ¿Qué hizo entonces Manuel?... Ante todo limpió la envilecida administración y barrió todos los elementos inseguros e impuros, y colocó en los cargos más altos a «europeos». Esto era tanto más fácil, cuanto que a fines del siglo XII estaban domiciliados en Constantinopla no menos de 60.000 occidentales, en su mayoría comerciantes italianos (venecianos y genoveses) y franceses, que habitaban en el actual barrio de Galata. A éstos les concedió Manuel extensos privilegios y los favoreció en todas las formas posibles.

Bien se puede pensar cuánta envidia e ira despertó esto en los orientales, y cuán postergada había de sentirse, especialmente, la poderosa clase de la burocracia indígena, que no buscaba el interés del Estado, sino solamente, como todavía hoy acontece en los Estados balcánicos, la ventaja personal. Su portavoz fué una vez más Nikeitas, quien, con espíritu de difamación, genuinamente bizantino, acusa al emperador de dilapidar los fondos del Estado y de avaricia personal. «El dinero reunido, no tanto fué depositado en el erario o sepultado en el regazo de la tierra, como *dilapidado con ambas manos...* casi siempre dis-

tribuído a la masa de los más diversos pueblos, especialmente a las colonias de los latinos... Y como era tan accesible y amigo de sus cortesanos y eunucos, así como de los servidores semi-bárbaros, de naciones extrañas, que sólo sabían escupir, pero no hablar, elevó a éstos a la clase de los poderosos... A éstos se confió como a sus más fieles y adictos servidores, y no sólo les entregó los más importantes cargos, sino que hasta los colocó en los puestos judiciales, que hombres muy versados en jurisprudencia no logran alcanzar sino a costa de años. Cuando era menester amillarar una provincia — y esto ocurría con frecuencia — era preferida semejante ralea a los hombres doctos (1)... Sin embargo, casi todo se le volvió del revés, y sus intentos fracasaron. Pues mientras huía o recelaba de los romaicos como de ladrones, enriquecía, sin saberlo, a codiciosos bárbaros... Aquellos se apropiaban casi todo, y el bueno y leal servidor del emperador no amasaba su pan sino con los granos de trigo o de oro restantes, y luego lo repartía con sus colegas». Por este pasaje puede barruntarse toda la xenofobia fanática del bizantino, incapaz de comprender el bien que sin duda acarrearón al Imperio los «francos»; pues aunque haya habido entre éstos algún ambicioso, no es, sin duda, casualidad el que las finanzas mejoraran notablemente bajo el gobierno de Manuel, a pesar de los enormes

gastos, y que los ingresos anuales de la metrópoli ascendieran a grandes sumas. El comercio y la industria eran en Bizancio monopolio del Estado.

En el mismo sentido, trató de reorganizar el ejército, tanto por lo que se refiere al material como a la instrucción de las tropas. Desde muy antiguo, las tropas mercenarias representaban en el ejército bizantino un gran papel; pero sólo constituían un elemento fluctuante. Para afianzar ahora este elemento de una manera permanente y mantenerlo a la debida altura, recurrió Manuel a un medio muy natural, pero que manifiestamente no encontró aceptación entre los «patriotas». Prueba de ello es que Niketas lo omite cuidadosamente. Prevalecía en Bizancio la mala costumbre, casi convertida en ley, de que los empobrecidos vendieran su libertad y entraran al servicio de los ricos. Por esta razón, muchos extranjeros, cautivos de guerra, se convirtieron en esclavos. Kinnamos, que habla de esta indigna costumbre con gran enojo, compara la suerte de aquellos miserables con la de los animales de la fábula de Esopo, que entran en la caverna del león. Manuel ordenó por un decreto el rescate de estos desgraciados extranjeros, y no sólo les concedió la libertad, sino que, además, los estableció como colonizadores militares, en las ciudades nuevamente fundadas, formando así una especie

de legión extranjera, constituida por italianos, franceses, alemanes y húngaros, entre los cuales había muchos de condición hidalga.

Entre sus tropas trató también de introducir los métodos occidentales de la guerra. El arte oriental romano de la guerra había permanecido, en conjunto, fiel a la antigua tradición romana, tanto en la táctica como en el armamento de las tropas. Los soldados seguían armados del escudo circular y arrojaban dardos, que llevaban en aljabas. Manuel tomó del armamento occidental el gran escudo, así como la larga lanza; concedió gran valor al desarrollo de la caballería, y logró, practicando maniobras, que el soldado romano superase al alemán y al italiano en el manejo de la lanza.

Que en todas estas innovaciones no buscaba Manuel la satisfacción de un capricho romántico, sino el verdadero beneficio del Estado y de los ciudadanos, atestiguanlo también sus leyes sociales. Palpita en ellas un espíritu enteramente moderno, y su autor no revela rastro alguno del endiosamiento de Justiniano. En una ley llega incluso a decir abiertamente que también el emperador está sujeto a errores humanos, y, desde este punto de vista, deroga todos los decretos y mandatos anticuados, cuando chocan con el sentido del derecho. Pero también reformó positivamente los procedimientos judiciales, en gran

parte anticuados. No sólo fueron afianzados los jueces en su independencia, sino que además se imprimió mayor celeridad a los procesos, que llevaban una marcha siempre tarda. Esto se consiguió por medio de una nueva distribución de los distritos judiciales, abreviando los plazos de recurso y las vacaciones de los tribunales, y, en fin, limitando la libertad de la palabra a los abogados.

De todas estas cosas no dice nada el «nacionalista» Niketas. Pero cuando hasta extranjeros como Guillermo de Tiro y Tomás Diácono elogian el orden ejemplar y la liberal administración del emperador, y cuando las leyes conservadas también lo atestiguan, no cabe dudar que Manuel tuvo la mejor voluntad de reformar su anticuado Imperio en la cabeza, en el tronco y en los miembros. . . Sólo que únicamente la cabeza fué la que quiso esta reforma, no los miembros; por lo menos en aquello que fué siempre el nervio sensible para el ortodoxo oriental: en la Iglesia. Ésta es para el oriental un *noli me tangere*. Desde luego, Manuel llegó demasiado lejos cuando intentó incluir también a la Iglesia en su obra reformadora y aproximar el dogma greco-oriental al latino. Cien años después de consumado el cisma, era ya este intento, no sólo peligroso, sino por completo inútil. Si ya en la discusión de si el Padre era superior al Hijo — donde el emperador representaba la posición lati-

na —, lo mismo que en el edicto de tolerancia para los mahometanos, impuso su voluntad, el restablecimiento de la unión había de ser una cosa imposible para cualquiera que conociese las circunstancias. En esto le hizo oposición incluso su fiel Kinnamos.

Pero acaso Manuel, que se acreditó — prescindiendo de este último punto — como político de realidades, hubiera salido con su intento de salvar para el Occidente el distanciado imperio oriental si, con su insensata política romántica de conquista, no hubiera destruído esta posibilidad. Si occidental era Manuel en todo aquello que conducía al sano progreso en el interior, era muy oriental, en cambio, muy conservador e intrigante, cuando se trataba de mantener o de restablecer la magnificencia del Imperio. En esto, toda modificación de la antigua integridad parecía un delito de alta traición. En esto sentíase el heredero de Constantino y de Justiniano. Ya hemos visto cuán celosamente cuidó de mantener la dignidad imperial romana en las ceremonias externas, y cómo, ni aun a su mismo cuñado, el emperador Conrado III, lo reconoció como enteramente «cabal». Y, sin embargo, sentía y conocía claramente que no podía prescindir de las potencias occidentales, que tenía que pactar con ellas a toda costa, si no quería abandonar el Imperio en brazos de la ruina. Ya, al introducir re-

formas occidentales, hacía tácita confesión de su propia debilidad; estas reformas habían de servir para afianzar el Imperio, que recobraría luego su antigua extensión. Pero esto constituía la meta de su orgullo, al que, desgraciadamente, no respondieron ni sus medios ni su capacidad de estadista. En lugar de limitarse a consolidar el poder bizantino en el Oriente, centro de gravedad natural del Imperio, se precipitó en una política de conquista, dirigida, en último término, al aniquilamiento del Sacro Romano Imperio, que por fuerza tenía que ser para los bizantinos como una espina en el ojo, si se tiene en cuenta que sólo ellos se sentían los verdaderos sucesores de los antiguos romanos. No cambió en nada este designio el hecho de que Manuel emparentase con el emperador Conrado y, durante algún tiempo, se asociase con él. Estas eran sólo alianzas de oportunidad, que tenían por fin una buena jugada. La fortaleza principal, el Romano Imperio, estaba circundado por varios y robustos antemurales, que era preciso vencer primero. Entre Bizancio y el Sacro Romano Imperio estaban Hungría, Venecia y, por último, la Sicilia normanda; tres potencias enemigas y opuestas a todo aumento de poder del Sacro Romano Imperio; pero, por otra parte, también tan arraigadas en la esfera de la cultura occidental, que para ellas Bizancio había de parecer el peor enemigo. De

ahí la vacilación de estas tres potencias, que, cuando convenía a sus intereses, se dejaban manejar fácilmente por Bizancio contra Alemania; pero que, cuando se trataba de sacar para Bizancio las castañas del fuego, se confederaban en seguida con Alemania contra Bizancio. Este punto vital no lo descubrió claramente la política astuta, pero no sagaz, de Manuel; porque menospreciaba el conjunto de los Estados romano-germánicos, que obraban inconscientemente y no sabía cuán alejado estaba ya Bizancio del campo visual de Occidente. Durante cierto tiempo, las tres antepotencias occidentales se dejaron manejar, como peones, sobre el tablero de ajedrez, por la intrigante política bizantina. Pero poco a poco se apercibieron de que el Occidente era, después de todo, su grupo natural. «Hungría, Venecia y Sicilia se constituyeron en involuntarias defensoras del Imperio occidental; en lucha con ellas agotó Bizancio sus fuerzas, sin poder adelantar un paso en dirección hacia su verdadero enemigo.»

Era una verdadera política oportunista la que Manuel desarrollaba, según la antigua tradición bizantina. Primero le encontramos unido a Alemania contra los normandos; luego, a Hungría y Venecia contra Alemania, y, últimamente, otra vez a ésta contra Venecia. Y siempre tratando de atizar la discordia entre sus enemigos o de apro-

vechar la disensión existente. Pero en esto no procedió siempre con habilidad, pues frecuentemente se malquistaba con sus aliados momentáneos. Recuérdese tan sólo la manera cómo se granjeó la enemistad de los normandos y venecianos: el rey Roger solicitó de Manuel, por medio de un emisario, un enlace matrimonial para su hijo, y Manuel contestó... ajusticiando al emisario. La consecuencia fué que los normandos arrasaron la floreciente Grecia central. Esto ocurrió en 1147. Y en 1171 el emperador embargó *en un día* todas las mercaderías venecianas y mandó apresar a todos los venecianos que hubiese en su Imperio, para aniquilar el poder de Venecia en el Oriente. La consecuencia fué una larga guerra entre Bizancio y Venecia y el definitivo restablecimiento de todos los privilegios venecianos, así como el pago a Venecia de millón y medio de ducados por indemnización de guerra.

Estos y otros desaciertos llevaron a Manuel a un estado de oscilación perpetua, hasta que él y su Imperio acabaron por quedar aislados. Para las potencias occidentales era el genuino intrigante de Bizancio, que había perdido por ello las simpatías de todos — al fin se alejaron también de él Francia y la Curia romana, en la que tenía puesta su última esperanza —. Y para los bizantinos orientales, a los que trataba de imponerse con ademanes de Occidente, había perdido asimis-

mo todo prestigio, acabando por quedar aislado en el interior y en el exterior. No mejor fortuna que en el Occidente tuvo en Asia Menor. Verdad es que aquí al principio fué afortunado. En tiempo de Kilidsch-Arslan rechazó a los selyúcidas hasta Iconio (1155), y los príncipes cruzados francos fueron también abatidos por él en Siria (1159). Pero en 1177, después de la paz de Venecia, que Federico Barbarroja había concertado con Roma y con la Liga lombarda, hubo de soportar Manuel que este emperador se aliase con los príncipes selyúcidas y curdos, después de haber sufrido del primero una pesada derrota en Frigia (1176), que no quedó compensada por completo con la siguiente victoria, la última de Manuel.

Manuel no llegó a presenciar la catástrofe. Murió en 1180, cuando tenía cincuenta y ocho años. Sus sucesores — sobre todo el siniestro y diabólico Andrónico, otro Manuel, con los mismos pecados y virtudes, pero elevados a la quinta potencia — hicieron lo posible por salvar el Imperio de la ruina. Fué el preámbulo de ésta un hecho acaecido seis años después de la muerte de Manuel: la cruel matanza de todos los occidentales residentes en Constantinopla, sangrienta prueba de lo mucho que se apartaba de las tradiciones bizantinas el carácter occidental de Manuel y de lo poco que se ajustaba al espíritu de su nación. Esta salvaje explosión de odio fanáti-

co fué la respuesta al fracasado intento de Manuel de inyectar nueva sangre al cuerpo caduco y podrido del Estado. La otra respuesta a la política europea de Manuel no llegó hasta dieciséis años después; pero tuvo resonancia todavía más temible; Bizancio cayó bajo el yugo de las potencias que ella había querido doblegar a su enmohecido poder y su macilento derecho. Aquel Imperio, que fuera antes considerado como inmortal, yacía en el polvo.

Ambos acontecimientos, el de 1186 y el de 1204, fueron los amargos frutos de la política manuelina, y ambos nos declaran lo que había verdaderamente de trágico en el carácter y en la actuación de Manuel. Trágicas culpas y trágico destino estuvieron íntimamente entrelazados en la vida de este príncipe. Fué culpa suya el haber desperdiciado contumaz y desafortadamente el favor de Europa, y fué su destino el enajenarse los corazones de sus vasallos, por una empresa, en sí laudable y bien intencionada, pero tardía y por lo tanto inútil: la empresa de reconciliar las dos familias enemigas, que, habiendo nacido de las dos hermanas, Roma occidental y Roma oriental, se contraponían en la forma de Europa oriental y Europa occidental. Manuel se estrelló y fracasó por haber menospreciado la antigua ley empírica de la historia, según la cual lo que la historia ha separado, el hombre no debe intentar reunirlo.

II

CLÉRIGOS Y HUMANISTAS

5. TEODORO DE STUDION.

LO que significaron los siglos xv y xvi en las grandes luchas religiosas y eclesiásticas de Europa occidental, eso mismo significaron para Bizancio los siglos viii y ix. Tratábase en Occidente de libertarse del yugo espiritual del papismo romano. Para la Iglesia oriental esta cuestión pasó a segundo término, ante otra más importante, pero también más difícil, a saber: liberar la Iglesia del yugo profano del César-Papa. No quiero decir que esta cuestión empezara a ser entonces de actualidad viva; la lucha entre la Iglesia y el Estado nunca había cesado en Bizancio, desde la fundación del Imperio romano oriental. Pero en el siglo viii llegó a su punto álgido, por la amalgama con el movimiento iconoclasta. Y el apasionamiento de clérigos y seglares, en la

iglesia y en el claustro, en los palacios y en las chozas, se desbordó como lava ardiente por el país, sepultando bajo su endurecida costra, no sólo el movimiento iconoclasta, sino también la libertad de la Iglesia.

En esta doble lucha y en su desenlace púsose de manifiesto una contradicción sumamente extraña entre la tendencia conservadora y la revolucionaria. Los emperadores, que, por haber atentado contra la tradición, habían revolucionado al pueblo, no pudieron imponer su innovación; y los representantes del clero, que escribían en su bandera «separación de la Iglesia y el Estado», no pudieron tampoco salir adelante con esta innovación, ni contra el poder imperial ni contra la apatía del pueblo. Las fuerzas se inmovilizaron unas a otras; pero la voluntad conservadora del pueblo fué más poderosa que la revolucionaria en el palacio y en el claustro.

Singularmente mezclados estaban el elemento conservador y el revolucionario en el ardiente espíritu de un hombre, que había forjado en aquella fragua su voluntad de acero y que ejercía esta voluntad, no sólo negativamente como luchador, sino también positivamente como reformador y organizador. Temido y odiado como político eclesiástico, era venerado y amado por sus contemporáneos como director de monasterios y guía de almas. Este hombre fué el abad

Teodoro de Studion (759-826), elevado a la categoría de santo de su Iglesia, defensor de las imágenes, en sentido conservador, y de la unidad eclesiástica, y campeón revolucionario de la libertad de la Iglesia.

Su ortodoxia y su inclinación a la vida monacal tenían precedente en el carácter de su familia. Sus padres fueron rígidamente ortodoxos, y su tío materno, el abad Platón, ejerció un influjo decisivo en su desarrollo. Como le ocurrió a Psellos, el prototipo de su carácter no fué tanto su padre, el funcionario imperial de aduanas Fotino, como su madre, Teoktiste. Era ésta una mujer piadosa, algo propensa al ascetismo, pero enérgica y aun autoritaria, que impuso un régimen severo en la casa, donde ejercía suprema autoridad. De ella heredó el carácter su hijo, que sabía muy bien en qué se fundaba su idolátrica veneración por la madre, como declara en su sentida oración fúnebre. No pudo ésta comunicarle una cuidada educación intelectual, como la madre de Psellos a su estudioso hijo; pero, en cambio, le infundió una índole cristiana, pura y profunda, una excelente formación del corazón y una rigurosa obediencia. El siglo VIII todavía no estaba tan saturado de espíritu clásico helénico como el siglo XI, sino más bien imbuído del antiguo espíritu cristiano, que dominaba en la burguesía bizantina ilustrada.

Así, pues, aun cuando el joven Teodoro se aplicó a los estudios de la escuela, y aun a la poesía, con seriedad y ardor, pronto advirtió «que sabía acompañar a la musa, pero no guiarla», y que no era la retórica la que conducía a la virtud, sino solamente la ética cristiana, el trato con Dios. En esta concepción severa hubo de robustecerse cuando su madre tomó de pronto el velo y entró en un convento de Bitinia, adonde luego la siguió toda la familia. Teodoro describe la conmovedora escena de la despedida entre los hijos y la madre y la impresión que recibió cuando ésta rechazó bruscamente al hijo más pequeño, que se abrazaba a ella llorando. «¿Pensáis, acaso — escribe él —, que ese corazón, duro como el diamante, había de doblegarse o quebrantarse ante las súplicas llorosas del niño?» Y no encuentra ni una palabra de reproche para su conducta.

Una de las razones que explican esta huída del mundo procedía de las circunstancias políticas. El emperador iconoclasta León IV había muerto, y su esposa Irene, a la sazón regente, había suspendido las leyes de excepción que aquél promulgara contra los monjes adoradores de imágenes.

Bajo la dirección de su tío Platón, comenzó el joven Teodoro, a los veintiún años de edad, su carrera monástica. Después de siete años de duro aprendizaje fué consagrado sacerdote, y a los

otros seis fué constituido abad por su tío, enfermo de muerte. Tenía a la sazón treinta y cinco años, y todavía no había salido a la publicidad.

Entonces aconteció algo que puso en efervescencia su alma ganosa de lucha, y produjo su primer choque rudo con el césaropapismo. El emperador Constantino VI, que, entre tanto, había llegado a la mayoría de edad y era un fanático iconoclasta, se había granjeado la malevolencia del clero por una cuestión matrimonial. En efecto, hastiado de su esposa María, con la que se casó sólo por complacer los deseos de su intrigante madre Irene, quería repudiarla y sustituirla por una bella dama de la corte, llamada Teodota. Para conseguir su fin, levantó contra María la falsa acusación de haber querido envenenarle. El patriarca Tarasios, a quien el emperador sometió el caso, no se mostró satisfecho y rehusó la dispensa eclesiástica. El emperador entonces amenazó con llevar adelante su designio por la fuerza, y aun encontró un testafarro, rendido a su voluntad, en la persona de un director de hospital, el ambicioso y desaprensivo José. Éste llevó a cabo, efectivamente, el casamiento del emperador con Teodota y mandó encerrar en un monasterio a la repudiada María.

Si los bizantinos hubieran sido tan hipócritas como generalmente se los representa, nadie hubiera osado oponerse al emperador. Sin duda,

Tarasios, el patriarca, estuvo comedido, no queriendo excitar al iracundo emperador. Pero allá lejos, al otro lado del Bósforo, en el tranquilo monasterio de Sacudion, surgió la más vigorosa oposición, bajo la guía del valetudinario abad Platón y su sobrino Teodoro. En ambas orillas estalló ahora la lucha entre el poder temporal y el poder espiritual. ¡Aquí del Estado, aquí de la Iglesia! Entonces se manifestó Teodoro como el hombre adecuado. «No distinguen entre lo profano y lo divino — escribe —, sino que todo es para ellos igual.» Esta fué la señal de la batalla. Él y su tío apellidaron al emperador «nuevo Herodes», se separaron del patriarca y exigieron la expulsión del indigno y ambicioso José. Sin duda tenían razón, puesto que el paso del emperador era censurable, tanto en el terreno de la moral como en el de la legislación eclesiástica. Por lo demás, la valentía de ambos monjes es tanto más plausible cuanto que la nueva emperatriz era pariente de la madre de Teodoro.

La corte, que conocía muy bien la popularidad de los monjes, trató por todos los medios de llegar a una avenencia. El emperador procuró llegar a una entrevista con los indisciplinados abades, pretextando que tenía que tomar baños calientes en las cercanías del monasterio. Pero ninguno de los monjes compareció. Esto significaba una manifiesta declaración de guerra y una falta inau-

dita de respeto. El emperador procedió entonces enérgicamente. Platón fue llevado preso a la metrópoli, los monjes fueron castigados y expulsados y Teodoro fué deportado a Tesalónica. Allá en el destierro, apoyado por la emperatriz madre Irene, partidaria de las imágenes, empezó este hombre inflexible a ejercer su gran influjo, y, en su involuntario descanso, desarrolló una extensa correspondencia al servicio de su causa. «Nosotros — escribe, entre otras cosas, a su tío — no nos dejaremos nunca doblegar por amenazas humanas; nunca, puesto que hemos emprendido la guerra por la virtud. Aun cuando tengamos que derramar nuestra sangre, lo haremos con alegría, si Dios nos da fuerzas para ello, merced a tus santas oraciones.»

Pero en el mismo año (797), la orgullosa Irene logró derribar a su odiado hijo, a quien, por añadidura, con inaudita crueldad, mandó sacar los ojos, para subir ella otra vez al trono. Con esto sonó la hora de la liberación para ambos abades, que volvieron solemnemente a su monasterio. Teodoro se reconcilió con el patriarca. José, consagrado sacerdote, fué desterrado. El matrimonio del emperador fué declarado inválido... Teodoro había vencido en su lucha con el emperador, asegurando su popularidad.

Pero éste no era más que el *primer* acto del drama eclesiástico-político, cuyo protagonista fué

nuestro abad. Después de nueve años de descanso, durante los cuales Teodoro llegó a ser fundador y reformador del famoso monasterio de Studion, volvió a encontrar en el año 806 ocasión para constituirse en representante de los derechos de la Iglesia contra el Estado. El patriarca Tarasios había muerto, y en su lugar había sido nombrado un antiguo funcionario político, Nicéforo, director de un gran hospital en Constantinopla. Este tránsito brusco del Estado profano al eclesiástico, dando un salto, además, hasta el grado supremo, era tanto más contrario a las ideas de Teodoro, cuanto que éste, precisamente en una carta al nuevo emperador, llamado también Nicéforo, antiguo ministro de Hacienda de Irene, había expuesto su programa eclesiástico-político, programa que significaba una completa revolución en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, puesto que exigía para ambas instituciones absoluta igualdad de derechos. Como respuesta a dicha carta, vino ese nombramiento completamente anticánónico. Al principio, pareció que Teodoro se sometía. Pero el nuevo patriarca cometió el error -- que le fué impuesto, sin duda, por el emperador -- de acoger nuevamente en la Iglesia al infractor y ex clérigo José, de desgraciada memoria. Esta fué la señal para una nueva oposición; pues este hecho anulaba la victoria de Teodoro. En un sínodo, convocado

para resolver sobre el restablecimiento de José, y, como consecuencia de éste sínodo, en una entrevista con el secretario imperial de Estado, habló Teodoro con una libertad de espíritu y una conciencia de sí mismo, dignas de Lutero, exponiendo su parecer contra el emperador y el clero, así como su menosprecio absoluto de las decisiones sinodales. «Un sínodo, señor mío, no se constituye simplemente por la convocación de obispos y sacerdotes, por muchos que sean. . . Los altos sacerdotes no tienen poder para transgredir los cánones; han de seguir más bien los decretos de la fe e imitar a los Santos Padres.» Después de esta alocución, se separó del patriarca con sus monjes, luego de haber tratado en vano de discutir con él. Rompió también las relaciones con la corte, cuando le fué denegada una audiencia pedida al emperador, y fracasaron los ensayos de mediación hechos por éste. Ambas partes estaban prontas a la lucha, y Teodoro inició la ofensiva, discutiendo al emperador todo derecho para mezclarse en las cuestiones eclesiásticas y aun para infringir las leyes vigentes. «En su defensa alegan — así escribe en un pasaje, muy digno de consideración para nuestra época — que a los emperadores no pueden aplicarse las normas del Evangelio. . . Si el emperador no se somete a la ley, sólo quedan dos posibilidades: o el emperador es Dios — pues sólo la Divinidad no está

sujeta a la ley — o triunfa la completa ilegalidad y la revolución.» Produce asombro escuchar en la Bizancio del siglo VIII el lenguaje de un demócrata moderno. Pero hay que recordar que, precisamente los monjes, como severos cristianos, se revolvieron siempre con energía contra el dogma *pagano* de la divinidad imperial, que no era conciliable con el Evangelio, válido para todos.

Cuando el emperador volvió de la guerra (808) debieron de llegar a sus oídos estas y otras manifestaciones semejantes. Resolvió entonces echar por el camino más corto. Mandó cercar el monasterio de Studion con soldados, y conminar a Teodoro, a que se sometiera, por medio de dos obispos. Después de una respuesta negativa, fué reducido a prisión con su fiel tío y llevado a otro monasterio, y, por último, obligado a tomar parte en un segundo sínodo, que, a pesar de todas las protestas de Teodoro, formuló la conclusión de que los emperadores están *por encima* de las leyes eclesiásticas. A esto siguió la destitución de Teodoro como abad y su segundo destierro, esta vez a las vecinas islas del Príncipe, donde se esperaba poder vigilarle mejor. El monasterio de Studion fué suprimido y los monjes fueron dispersados por otros monasterios, no sin que el emperador, una vez más, tratara de influir sobre ellos, aunque en vano, hablándoles personalmente.

El destierro de Teodoro sólo duró dos años, que el fogoso abad aprovechó celosamente para la propaganda de su causa. En el año 811 murió Nicéforo, en lucha contra los búlgaros. Miguel I. Rangabes, que subió al trono, era incapaz e indiferente. El perturbador de la paz, José, la piedra de escándalo, fué nuevamente suspendido, y Teodoro pudo reorganizar otra vez su estado mayor de monjes. Pero sólo fué dueño de la situación durante dos años. Después de una batalla nuevamente desdichada contra los búlgaros, subió al trono un general armenio, con el nombre de León V. Naturalmente, como armenio, era iconoclasta. Volvió a surgir la tormenta contra las imágenes y con ella el tercer acto, en la lucha de Teodoro contra la política eclesiástica bizantina, que constituía el punto supremo del conflicto. La constelación cambió ahora, puesto que el culto de las imágenes constituía el punto principal de la discordia y ofrecía al emperador una buena coyuntura para someter a la Iglesia. En esta cuestión hubo también de oponerse al emperador el viejo patriarca Nicéforo, cabeza oficial de la Iglesia ortodoxa; de suerte que Teodoro no quedaba esta vez aislado. Primeramente se entabló en palacio una disputa privada entre el emperador y el patriarca sobre la cuestión de la legitimidad del culto a las imágenes. Y como ésta fuese ineficaz y el emperador

no se sintiese a la altura del hábil patriarca, convocó una reunión de monjes, de altos dignatarios profanos y eclesiásticos, y también de enemigos del culto a las imágenes. Naturalmente, entre los sabios teólogos no podía faltar el abad Teodoro, y entonces ocurrió una escena, no menos atractiva para el historiador que para el pintor de cuadros de historia (1).

Los oficiales, con sus espadas desenvainadas, y los senadores, vestidos de gala, se agruparon a ambos lados del emperador. Frente a éste, colocáronse los obispos y los monjes. El emperador los invitó a exponer su opinión, cosa que ellos hicieron, y por cierto en forma nada devota, según la tradición. Después de ellos tomó la palabra Teodoro, que pronunció un discurso, en el cual defendió sus razones con gran energía. La escena tomó al fin un giro sumamente dramático, a lo que contribuyeron no poco la figura física del estudita, su talle erguido y sus majestuosas facciones. El emperador, irritado por el tono rudo del abad, le increpó así: «Yo bien sé que eres un loco que siempre dices y pretendes lo contrario de mis deseos; sé que me llamas injusto y desaforado y procuras evadir la conversación

(1) Es sorprendente que los pintores de historia, aun los eslavos y griegos, hayan descuidado tanto los episodios de la historia bizantina, tan pintorescos y aptos para grandes efectos. Acaso esto dependa de la falta de exposiciones *literarias* impresionantes.

conmigo, como si trataras, no con tu emperador, sino con cualquier vagabundo de la plebe. Por tus palabras y tu desenvoltura quieres obligarme a que te condene a muerte y te haga mártir. Pero no creas que voy a darte esa satisfacción, porque aunque tras de esa gloria corres, ni siquiera he de castigarte con el destierro o cualquiera otra pena, antes de escucharos otra vez.»

Entonces se promovió entre los clérigos, a quienes aludían las últimas palabras, un enorme alboroto. Teodoro, recogiendo una vez más toda su energía contenida, gritó al emperador: Puesto que quieres tener una respuesta de nosotros, escúchala: San Pablo ha dicho: «A unos puso Dios en su Iglesia como apóstoles; a otros, como profetas; a otros, como pastores y maestros, para perfeccionamiento de los santos». Pero de los emperadores no dijo nada. A ti, oh emperador, te está confiado el régimen político y el ejército. Ocúpate de eso y deja la Iglesia a sus pastores y maestros, como lo manda el Apóstol. Si no estás conforme y tratas de aniquilar nuestra fe, en ese caso te digo: «No obedeceremos aun cuando un ángel nos lo mandare, cuanto menos tú». Lleno de ira, le interrumpió el emperador: «Entonces, ¿me expulsas hoy de la Iglesia?» Y Teodoro replicó: «No yo, sino el Apóstol y tú mismo con tus obras, puesto que contradices a los mandatos de San Pablo. Si quieres volver en ti, colócate a

nuestro lado; pues nosotros somos los que anunciamos la verdad, los que adoramos la imagen de Cristo.»

El emperador, ahogado de ira, no pudo encontrar una palabra de réplica, y despachó a los clérigos con este solo grito: «¡Largo de aquí!»

Fracasaron, pues, nuevamente las negociaciones, y los dos poderes quedaron frente a frente. Por un lado, la corte, casi todos los funcionarios y una gran parte del pueblo. Por otro lado, el clero, con el nuevo patriarca, Casiteras, y con Teodoro a la cabeza. El patriarca no cedía a Teodoro en tenacidad y firmeza; pero después de haber rechazado todas las exigencias del emperador, y de haber abandonado voluntariamente su cargo, fué recluso, con todo silencio, en un monasterio y eliminado. El emperador esperaba tener ahora mano libre. Pero el indomable abad no cejó en su oposición. El Domingo de Ramos del año 815, organizó, con sus monjes, una procesión solemne alrededor del monasterio, conduciendo las imágenes y entonando cánticos. El emperador recurrió entonces al medio más indicado en situación tan desesperada, y convocó en Abril un Sínodo, que, rendido, desde luego, ciegamente a la voluntad del emperador, impuso a los obispos rebeldes el destierro, y mandó apalea a los mensajeros de un escrito enviado por Teodoro, en nombre de los abades de la metrópoli.

En aquella carta exponía Teodoro, una vez más, sus principios y los refrendaba con estas palabras: «Esta es nuestra fe; ésta, nuestra confesión; ésta, nuestra religión, transmitida por los Santos Padres... Quien enseñe lo contrario, no tendrá nada de común con nosotros, así sea San Pedro o San Pablo, o cualquier habitante del cielo... Cualquiera que sea vuestra decisión, preferimos ser contumaces hasta la muerte, a ser perjuros contra nuestras creencias.» Tal fué el reto lanzado por Teodoro a la Iglesia oficial, que con su prohibición del culto a las imágenes había revocado el Concilio de Nicea y había declarado canónico el de los iconoclastas del año 754.

La causa de Teodoro estaba otra vez vencida; pero no su persona. Una vez más, la tercera, hubo de marchar al destierro. Esta vez fué al Asia Menor, donde en tres distintos lugares, durante cinco años, no solamente tuvo que sufrir severo encierro (últimamente en Esmirna veinte meses de prisión), sino también penas severas, como castigo por las inflamadas cartas, que no cesaba de escribir para infundir aliento a sus fieles partidarios. Las vejaciones a que también éstos estaban expuestos no eran pequeñas. Los encarcelamientos, los azotes y el destierro estaban a la orden del día.

Por último, sonó para el sexagenario la hora de la liberación. Cuando su atormentador impe-

rial fué asesinado, en Diciembre del 820, estando en los oficios divinos, Teodoro desahogó su corazón con increpaciones nada cristianas, por cierto. Personalmente había quedado libre. Pero pronto comprendió que más era la libertad del pájaro, que en vano aguarda la primavera: «El invierno ha pasado — escribe —, pero todavía no triunfa la primavera deseada. Parece tan sólo que el tiempo se aclara como en una niebla matinal.»

En realidad, era niebla vespertina la que se cernía sobre él y su obra. El sol imperial se encapotó para él; y si bien es cierto que no le quemó, tampoco le dió calor. El nuevo emperador, Miguel II, aunque no era iconoclasta fanático, tampoco era adorador de las imágenes, en el sentido de la ortodoxia. Proclamó la libertad de conciencia para ambas partes. Teodoro no fué molestado, pero tampoco vió satisfecho el ideal de su vida. El Estado, con natural y necesaria consecuencia, gravitó cada vez más en torno al gran sol central que todo lo dominaba, y soslayó a la Iglesia, empujándola hacia la luna, cada vez más fría, a pesar de los convulsivos esfuerzos del gran abad para darle luz propia y calor propio. Faltóle la suficiente perspicacia para reconocer que sólo puede haber un sol central en el sistema planetario político: o emperador o papa. En Bizancio, mandaba el emperador; en Roma, el papa. Pero

a pesar de su error, habrá siempre que considerar a Teodoro de Studion, como uno de los más robustos batalladores en la gran lucha entre el Estado y la Iglesia.

Mas este aspecto de su actividad todavía no nos da a conocer *todo* el hombre, sino sólo el revolucionario agresivo y ardiente, el impetuoso dominador de la palabra belicosa, el hombre de férrea voluntad. En cambio, nada nos dice del organizador enérgico, del reformador constructivo, del guía espiritual, del poeta profundamente sensible, del educador práctico. Estos aspectos de su carácter son los que nos ofrece como abad del monasterio de Studion, en su labor silenciosa. También en este campo ha llegado a ser inmortal, imprimiendo a su obra consistencia duradera y probando su talento dominador.

Teodoro de Studion representa en la historia de la vida monacal bizantina un papel semejante al de San Francisco en la historia de la vida monacal católico-romana. Creó una regla ejemplar, que todavía puede reconocerse en el Athos, como también en el famoso monasterio basiliano de Grotta Ferrata, cerca de Roma, y que constituye la base de la vida monacal rusa. Impregnó esta regla de vivo espíritu cristiano, del espíritu del gran Basilio y de su propia moralidad austera. Su actuación se extiende, por lo tanto, a la *organización* externa y al *carácter* interno de la vida monacal.

Por sus luchas eclesiástico-políticas, fácilmente pudiera creerse que Teodoro fué una naturaleza ambiciosa de mando. Pero su obra como abad contradice esta suposición. Precisamente en su ordenación monacal armonízanse el rigor y la suavidad, la disciplina y la libertad, la atención al individuo y la atención a la comunidad. En sus reglas dice expresamente que debe evitarse todo exceso y todo defecto.

Estas reglas son casi enteramente obra del propio Teodoro; pues aun cuando el monasterio de Studion ya existía desde el año 426, había decaído hasta tal punto, que necesitó una completa reorganización. El espíritu con que ésta se llevó a cabo demuestra profunda sabiduría y amplia experiencia práctica. Cuando se examinan las reglas, se llega al convencimiento de que este estado monacal gozaba de un orden y de una administración ejemplares, y estaba muy lejos de todo ascetismo, enfermizo para el cuerpo y para el espíritu, como también de toda excesiva tensión religiosa. Concedióse la principal importancia al cultivo de la vida común, como también a la ocupación suficiente corporal y espiritual de cada uno. Todos habían de saber que eran miembros de un gran conjunto, al que servían (punto singularmente importante para los griegos). Todo lo que se requiere para la vida era fabricado en el monasterio mismo, de suerte que a cada uno le

estaba asignado un determinado puesto: artesano, portero, cocinero (aparte de los pinches y despenseros), enfermero, hortelano, etc. A este fin, creó Teodoro otros oficios nuevos, para la mejor administración de la gran comunidad (el monasterio comprendía unos mil monjes), a saber: árbitros, inspectores y ejecutores de castigos, aunque estaba eliminado el castigo corporal. Teodoro ideó un método pedagógico muy original para inculcar a toda esta plantilla de funcionarios sus deberes. Compuso para cada uno un pequeño epigrama, que abarcaba el círculo de sus ocupaciones y había de constituir un eficaz estímulo. Más de treinta de estos epigramas se han conservado. Así, por ejemplo, se le dice al cocinero: «Oh Stephanos, corona de los mártires, a ti te ha correspondido el oficio de aliviar las necesidades de los hermanos: esfuérazte diariamente por el servicio de Dios; considera, solícito, a cada'uno como una parte de ti mismo. No seas bueno para este y odioso y envidioso para aquél; atiende al provecho de todos en la misma forma, para que nadie tenga que buscar lo que necesita, antes tú mismo le ofrezcas lo que le puede ser útil...» Al director de los oficios divinos se le dedican los siguientes versos: «El oficio de maestro de ceremonias es el que tú has aceptado, oficio de aposentador del pueblo de Dios; atiende al orden siempre y en todas las cosas, tanto a la entrada

como a la salida, saludando a los primates constituidos en dignidad, cuando haya reuniones en la casa del Señor; mantén los coros bien alineados y distribuidos; reserva a cada uno su lugar adecuado; atiende al decoro en el vestido y en la manera de andar...» Al chantre se le dirigen estas palabras: «Tú, que has de guiar los tonos de las plegarias, conviértete en trompeta del cántico; sopla en la flauta a su debido tiempo, como conviene; mueve tu lengua como badajo de campana; da siempre el debido tono al verso, con entonación, sin confundirte, semejante al órgano, dirigiendo el ritmo del coro. Ordénalo todo y para todos, según el mérito, no según el favor: ni con ira ni con debilidad, sino con la debida voz y la adecuada forma; pues todos son miembros de Dios y tuyos». Así a cada uno se le dedica su verso y a cada verso se le añade la promesa de la recompensa divina.

Pero no eran sólo el trabajo manual y la oración los que llenaban la vida de los estuditas; también su formación espiritual e intelectual hubo de ser bastante larga, bajo la dirección de tan notable abad como Teodoro. La gramática y la filosofía, la teología dogmática y la interpretación de la Biblia, el estudio de las obras de los Santos Padres, y hasta el ejercicio de la poesía religiosa, encontraron en el monasterio de Studion cariñoso cultivo. Una rica biblioteca, junto

con una escuela propia de escritores, estaba unida al monasterio, ambas bajo severa y concienzuda inspección. En ellas se mantenía un orden escrupuloso, según normas concretas. Toda la vida de los monjes estaba regulada hasta en lo más mínimo, como puede colegirse por las muchas máximas que Teodoro estableció, y que se llaman cánones. Éstos se refieren a la admisión, a los castigos, a los ejercicios de los monjes, al orden de la mesa y de los oficios divinos, así como a la comida y la bebida, que más bien eran opulentas que frugales.

Así, el monasterio de Studion pudo equipararse, como establecimiento ejemplar, a todos los monasterios de Occidente. Ya bajo la dirección de Teodoro fué visitado por una delegación de monjes occidentales. Pero el alma verdadera de esta comunidad era la persona de Teodoro. Él fué quien animó y ungió este organismo, por él creado. Él fué quien inspiró a sus miembros afición y entusiasmo por su vocación divina. Avivaba Teodoro este espíritu con sus famosas pláticas espirituales, pequeñas conferencias que daba tres veces por semana en el corro de los monjes y que contienen su visión de la vida espiritual. Por lo general eran improvisadas y se distinguían, no sólo por su profundo sentimiento moral, sino también por su ardiente entusiasmo y poético empuje, con relación a los sermones

solemnes (más limados, pero más convencionales). Son, por lo tanto, singularmente adecuadas para penetrar en el carácter cristiano y en la filosofía de este hombre de Dios.

El ideal de Teodoro, como el de su gran modelo Basilio *el Grande*, es la realización del ideal cristiano de la vida, por el ascetismo de la vida monacal; es decir, no aquel ascetismo sombrío en que generalmente se piensa, sino aquel otro gozoso que infunde un sentimiento de bienaventuranza a quien aspira a la perfección interna. Y esta bienaventuranza, aun cuando sólo fuera un medio, encumbrábala Teodoro, fino conocedor de las almas, por encima de aquella perfección, que había de ser la meta, pero que, por su altura inaccesible — logro del estado de la humanidad antes de la caída del pecado —, no está al alcance de los mortales aquí abajo. Por eso gustaba de predicar sobre la bienaventuranza de la vida en Dios. Por medio de sus pláticas, quiere aparejar a sus oyentes «una especie de escala, que lleve de la tierra al cielo, para que por ella podáis subir a la sublime cumbre de las virtudes, pero también bajar a las profundidades de vuestro corazón, a lo más íntimo de vuestro cuerpo, a la inconsistencia y caducidad de la vida humana, a la vanidad y transitoriedad de todas las cosas de este mundo». Este empeño por la virtud había de arrancar de la *fe* y culminar en el *amor* cristiano.

«Ni la fe sola, ni el amor solo pueden salvarnos, sino que una cosa ha de enlazarse y anudarse con la otra, y entonces saldremos seguros adelante. . .» Equipara el afán de la virtud a un eterno ascender. Por eso dice: «La fuerza de vuestra alma renuévese como la de un águila. Avancemos siempre más y más, sin dejarnos arrastrar por el error de que la virtud y el ascenso a ella tienen un límite.» «La virtud es, por su naturaleza, una cosa perpetuamente movediza. En su marcha hacia adelante, nunca se detiene. . . No hay ninguna pausa en el bien, pues la pausa en el bien es el principio del mal. No nos detengamos, por lo tanto, en el camino hacia la virtud, sino avancemos siempre de virtud en virtud con renovadas fuerzas.» Como uno de los medios más excelentes para marchar hacia adelante, por el camino de la virtud, recomienda Teodoro el pensamiento en la muerte y en la otra vida. «Hemos de considerar cada día como el último, para que cada día nos encuentre mejores y nos prepare para la partida de este mundo.»

Pero Teodoro era demasiado práctico para perderse en semejantes consideraciones generales sobre las virtudes. Prefería, refiriéndose a casos concretos, tratar de las virtudes particulares, y en especial inculcaba a sus monjes los conceptos de *templanza, obediencia, castidad*.

Con mucha finura indica para la primera el

áureo camino intermedio. Por un lado fustiga la mala costumbre de resarcirse de los ayunos de Cuaresma con borracheras y comilonas, con danzas y orgías, y contrapone a esta disolución la vida monacal, «donde no domina la destemplanza, sino la sobriedad; no el tumulto, sino la calma; no el ruido, sino el descanso; no la deshonesta conversación, sino las alabanzas divinas; no la concupiscencia, sino la limpieza, la santidad y la moralidad». Por otro lado, precave contra toda la exageración de la Cuaresma. Pero «cuidemos de no excedernos, llevados de nuestro fervor, más allá de nuestras fuerzas; antes procuremos conservar la frescura del espíritu y la salud del cuerpo».

Singularmente importante le parece la obediencia y el quebrantamiento del propio albedrío, que ha de preceder a aquélla. «Yo bien sé—dice—lo que es el yugo de la obediencia, y sé cuánto cuesta dominar el propio juicio. Pero también sé cuánta dulzura se esconde en semejante vida; porque una vez que la propia voluntad se ha quebrantado, ya el camino es fácil, y la eterna meta, segura.» Pero como sólo puede exigir obediencia *aquel* que empieza por obedecer, quiso en este punto presentarse a sí mismo como «regla viva» ante sus monjes, y advirtió con gozo cómo los hermanos secundaban voluntariamente sus disposiciones. «Esto constituye una corona de

alegría, no sólo para mí, sino también para vosotros, que habéis elegido la virtud antes que yo. Porque ¿qué puede haber más dulce, más confortador, más delicioso que el súbdito que vive según la regla y no obra según su propio juicio? En esto consiste la verdadera obediencia; en esto la vida dichosa. Esta es la esforzada lucha, y también me atrevo a decir que la lucha sin esfuerzo. Lucha *esforzada*, para aquel que todavía está dominado por su voluntad; lucha *sin esfuerzo*, para aquel que ya quebrantó el propio albedrío.»

Con no menos insistencia pone en guardia a los monjes contra los peligros de las tentaciones y de la lujuria, lo cual era tanto más necesario, cuanto que el vicio de la pederastia estuvo muy extendido en el Oriente en todas las épocas. Por esta razón nunca podían, en el monasterio de Teodoro, permanecer a solas dos monjes.

La reputación de que gozaba Teodoro, aun fuera de su monasterio, está demostrada por las muchas cartas que, respondiendo a demandas de consejo, dirigía a gentes de las más diversas condiciones sociales. Unas veces explica a una monja cómo ha de orar; otras expone a un obispo las pesadas cargas de su ministerio; otras, invitado a resolver en los conflictos entre el amor celestial y el terrenal, declara su opinión, como en el caso de aquel patricio, que se lamentaba de haber con-

sagrado a Dios a su hija mayor, porque se le ofreció al punto la perspectiva de un buen casamiento; o como en el caso de aquella amante joven, que en una grave enfermedad de su amado prometió permanecer virgen; pero luego, cuando el amado sanó, se arrepentía del voto. En todos estos casos, Teodoro se colocaba severamente de parte de la idea celestial, con no poca angustia de los escrupulosos consultantes.

Como demostración de su misericordia, baste recordar aquella hermandad, fundada por él, que tenía por misión sepultar los cadáveres de los pobres que habían quedado sin sepultura por falta de medios para los gastos del entierro, cosa que se hacía a expensas y en los terrenos del monasterio.

Se ve, pues, que Teodoro fué, como político eclesiástico, como director monacal y como guía de almas, un representante de lo que ahora se llama «cristianismo práctico». Lo principal para él era el espíritu genuinamente cristiano y la vida cristiana, y estas dos cosas sólo podían ser eficaces en una Iglesia libre e independiente, como él la propugnó por la lucha y el ejemplo, aunque inútilmente. No defendió por terquedad o clerical arrogancia el principio de la libertad de la Iglesia, sino porque sabía que el ideal del cristianismo sólo podía realizarse en una Iglesia autónoma, que ni dominase al Estado ni se dejase

dominar por él. En esto es tan moderno, como solitario aparece en su profesión y en su mundo cultural. Pero el ideal, que no pudo realizar para su Iglesia, lo realizó en su monasterio. Allí demostró que sabía cumplir prácticamente las exigencias, que tan valientemente defendió frente al emperador. Allí demostró también que no era propiamente un revolucionario, sino un pastor piadoso, un conservador del antiguo y sublime cristianismo, en el sentido que le daban los Santos Padres. Como revolucionario, sólo actuó Teodoro por su poderosa e imponente personalidad, por su espíritu varonil, del que no renegó, a pesar de ser bizantino, ni ante el trono del emperador.

6. MIGUEL PSELLOS.

Quien desee formarse un concepto claro de lo que era un docto cortesano griego en la Edad Media, nada mejor puede hacer que estudiar la fisonomía espiritual de un hombre que, en su esfera cultural, significa aproximadamente lo que Bacon en la esfera inglesa, o Leibnitz en la alemana, o Voltaire en la francesa; es decir, que no solamente representa el punto espiritual culminante de dicha cultura, sino también la médula de su carácter. Para el helenismo bizantino, este hombre fué Miguel Psellos.

Difícil es perseguir y fijar la imagen de este hombre extraño en el espejo oscilante de la exposición histórica. Quien logre hacerlo, habrá penetrado a fondo en la psique bizantina, y la habrá interpretado en su totalidad tornasolada. Pero si todavía no está reservado para nosotros el conseguirlo, esperamos, por lo menos, concentrar en la figura de Psellos, como en un microcosmos personificado, un cuadro de conjunto, tanto más palpable cuanto que ya poseemos diseños parciales bien logrados de ese retrato.

Cuando se dice que Psellos cuenta entre las personalidades que reúnen en sí almas de distintas épocas y culturas, me parece que todavía no se ha dicho bastante. No solamente fué heleno y bizantino, pagano y cristiano, sino que también en su filosofía y en su carácter reunió las más extrañas contradicciones, con una fuerza asimiladora como sólo puede hallarse en los que pertenecen a las antiguas culturas mixtas. Y si bien es verdad que, como hombre y en la vida práctica, no equilibró y pulió todos los contrastes de su naturaleza y de su carácter con tanta fortuna como los de su cultura, por lo menos cuenta entre aquellos bizantinos que supieron rendir culto a la personalidad ingénita, sobreponiéndose a la tradición.

Extraordinariamente simpática se desarrolla la juventud de este hombre, dentro del marco

natural de la casa paterna. Era una figura alta, elástica, de hermosos y alegres ojos, de cejas finamente dibujadas y una nariz aguileña, audazmente encorvada. Así se describió a sí mismo en la imagen de su padre, a quien igualaba «como un aguilucho a un águila». El padre era un patricio empobrecido del Asia Menor y vivía de un pequeño negocio en Constantinopla. Pero del padre sólo tuvo el joven Psellos la estatura. Manifiestamente no era el anciano su ideal de vida, puesto que dice de él: «Pasó su vida uniformemente, sin dar un paso en falso, siempre en el mismo ritmo, semejante al aceite, que se desliza sin ruido.» Tanto más hubo de sentirse atraído el despierto y precoz muchacho hacia su madre Teodota; su tierna afición hacia ella recuerda la de Goethe hacia su madre: «¡Oh madre querida! — dice en la oración fúnebre que le dedicó —, tú estuviste a mi lado, y no sólo me aconsejaste sabiamente, sino también colaboraste conmigo y estimulaste mi labor. Preguntábasme lo que yo había hecho en la escuela, lo que mis maestros me habían enseñado, lo que me había ocurrido con mis camaradas. Y luego me hacías recitar las lecciones, y cualquiera hubiera podido creer que nada podía haber más agradable para ti que una lección de ortografía o de poesía, o el estudio de las reglas de la analogía y sintaxis. Recuerdo, con lágrimas de admiración, cómo me vigilabas

hasta muy entrada la noche y me escuchabas recitar, mientras el sueño caía sobre tus párpados, y cómo me infundías aliento y perseverancia, lo mismo que Athena a Diomedes.»

Estas palabras revelan, no sólo el amor hacia la madre, sino casi más aún el amor al estudio serio, dos cualidades que todavía hoy son el orgullo de todo griego. Así creció Psellos, en un estrecho ambiente burgués, de fuerte matiz clerical, hasta llegar a ser uno de los primeros humanistas de su tiempo. La ascética piedad de la madre y la tendencia mundana y pagana del hijo se reflejan puramente en la conducta de ambos, después de la muerte de la hermana de Psellos. La madre tomó el hábito de los Ángeles, y el hermano dedicó a la muerta una elegía, impregnada de aliento completamente clásico: «¡Oh, tú, que del todo me perteneces, y eras más que mi alma! ¿Cómo pudiste alejarte y dejar abandonado a tu hermano? ¿Cómo pudiste arrancarte de aquel con quien creciste? ¿Cómo pudiste resolverte a tan cruel separación? Dime: ¿Qué mansión te ha recibido? ¿En que moradas resides? ¿Qué praderas, qué magnificencia, qué jardines recrean tus ojos? ¿Cuál es la ventura que prefieres a mi vista? ¿Qué flores te fascinan? ¿Qué rosas, qué arroyos murmuradores? ¿Qué ruiseñores te solazan con sus dulces cantos? ¿Qué cigarras con su concierto?...»

Involuntariamente se recibe la impresión de que no es éste el tono con que un bizantino del siglo xi solía llorar a sus muertos. Hay aquí un consciente apartamiento del espíritu cristiano; circula en el fondo la concepción del helenismo clásico. Anúnciase el estético sensible, el retórico formado en el estudio de las humanidades, y también el escéptico penetrante. En suma, una prematura ráfaga del Renacimiento sopla a través de la atmósfera algo sofocante de la ortodoxia bizantina.

Tampoco este amante de la belleza pudo excusarse de pasar por la dura escuela de la vida. A los dieciséis años hubo de acomodarse como escribiente, y luego como ayudante de un recaudador de contribuciones. Cuando terminó sus estudios filosóficos se decidió a estudiar el derecho, cosa que propiamente sólo hizo en privado, cambiando con su antiguo amigo, el futuro patriarca Xiphilino, lecciones filosóficas por jurídicas; pues para asistir a las clases le faltaban medios. Acabados sus estudios, parece que ejerció durante algún tiempo como abogado; pero pronto entró al servicio oficial, donde le encontramos primeramente como secretario en la Cancillería de Estado. De esta época se ha conservado una carta suya, que tanto en el terreno de la historia de la cultura, como en el de la psicología, es de gran valor. En ella escribe Psellos:

«La idea de las represalias divinas no puede ser acertada; pues para el insoportable tormento de un escribiente no hay recompensa bastante en el más allá. Y al tormento se añade nuevo dolor: todos los demás disfrutan, por lo menos, de la gracia del emperador. A los escribientes no les llega ni una gota del raudal de esa gracia. Prometeo y Tántalo estaban mejor que ellos. ¿De qué tendrán que hacer penitencia esos pobres diablos, cuando en medio de la metrópoli se ven abandonados al ludibrio y mofa general? Sin culpa alguna han de soportar las cosas más extremas, y aun han de exponerse a los malos tratos corporales. Estrechamente acorralados, en trabajo incesante, mal alimentados, consúmense y languidecen. Pero también moral y espiritualmente se arruinan, porque para ellos cualquier medio de adulación y de intriga es bueno, si les ayuda a salir de su estado insoportable. En lugar de mover a general compasión, son las eternas víctimas de contiendas y querellas. Es más, abundan los puñetazos y patadas para ellos. Y aquel que quiera granjearse el favor del canciller, acaso sea despachado sin recompensa, antes con afrenta e ignominia.»

¿Barruntaba ya Psellos al escribir esta carta qué clase de carrera le estaba reservada? Le encontramos ya a los veinticinco años en la corte imperial como vicesecretario de Estado. Era una

época de revueltas contiendas dinásticas y de intrigas femeninas en la lucha entre la dinastía de los Ducas y la de los Comnenos, lucha en que Psellos desplegó hábilmente su talento diplomático y terció con flexibilidad entre los partidos, hasta que, con la subida al trono de Constantino IX Monómaco (1043), comenzó a desempeñar un papel en la vida oficial. «Apenas en el trono — cuenta él mismo — me nombró (el emperador) ministro, me colocó en elevada situación y no me ocultó ninguna cosa, ni lo que hacía públicamente, ni lo que pensaba en su fuero interno.» El codiciado torrente de gracia imperial se había derramado sobre el asiduo y joven funcionario cancilleresco. Ahora comienza a manifestarse en él una cualidad singularmente bizantina: la vanidad. Oigamos cómo describe su primera entrevista con el emperador: «Siempre se me ha asegurado que yo tenía una elocución muy bella, que se advertía hasta en mis palabras más sencillas. Todo lo que yo decía, sin preparación alguna, estaba impregnado de gracia natural. Yo no hubiera caído en ello si no me lo hubieran asegurado varias personas que me han oído hablar. Esto me proporcionó la entrada en la corte. La gracia, compañera de mi palabra, descubrió al emperador el fondo de mi alma. La primera vez que entré a su presencia, procuré no alardear de elocuente. Sin embargo, el príncipe

manifestó tan gran placer de verme y oírme, que casi me abrazó: hasta tal punto mi elocuencia se apoderó de su espíritu.»

Cuando se leen estas cosas y se sigue el curso ulterior de su vida, acude a las mientes el conocido mito de la roca magnética, en la cual encajaban sin remedio todos los barcos que llegaban a sus cercanías. También el errabundo barco de Psellos perdió su buena marcha cuando se orientó, medio involuntariamente, hacia esta roca peligrosa. El curso de su vida se invierte ahora en relación con su carácter. Él, que había nacido para una vida contemplativa de sabio, se hace estadista, oficio para el cual *no* había nacido. La vocación propia de su vida se refleja, sin embargo, en dos breves episodios.

El primero comenzó cuando Psellos, recién nombrado mayordomo y antiguo ministro del Exterior, formó con su amigo íntimo Xiphilino, elevado por él al cargo de ministro de Justicia, y con el secretario de gabinete Byzantios, un triunvirato que persuadió al emperador de la conveniencia de reorganizar la Academia. Esa escuela superior había «florecido» ya otras veces; pero nunca había producido sazonados frutos, porque tan pronto estaba al sol como a la sombra de la gracia imperial. Esta vez, el primer ministro, Licudis, protector de Psellos, debió de dar el impulso que encontró en Psellos franca

resonancia. En lo sucesivo no serviría de norma para el nombramiento de los funcionarios la alcurnia, sino la aptitud, y ésta se demostraría en las aulas científicas con oportunos exámenes. El plan se llevó a cabo. Los tres estadistas fueron nombrados profesores de la Academia Imperial. Psellos tomó a su cargo la cátedra de filosofía; Xiphilino, la de derecho, y Byzantios, la de retórica. Psellos era, al mismo tiempo, decano de la Universidad triunvímica y su *spiritus rector*. Su elocuencia y sus conocimientos universales le atrajeron discípulos hasta de Occidente y de la Arabia. Su fama creció. Pero, con ella, también su vanidad: «El Nilo riega el país de los egipcios; pero mi elocuencia es su alma. Pregunta a los persas y a los etíopes. Te contestarán que me conocen, que me admiran y me buscan. Recientemente ha venido un habitante de Babilonia con el deseo invencible de beber en las fuentes de mi elocuencia.»

Es cierto, sin embargo, que Psellos tomó muy a pechos su cargo docente. Ni le arredraba el viento, ni el temporal, ni la suciedad de las calles de Estambul, que a la sazón no era menor que actualmente. Y cuando en alguna ocasión sus discípulos faltaron a clase, por semejantes causas, les dirigió al día siguiente una sentida filípica (que todavía se conserva). En cambio, era sumamente considerado con los estudiantes pobres y

aplicados — verdad es que también él lo había sido — y les condonaba con frecuencia el dinero de la matrícula. Ya como funcionario oficial, se manifestó siempre celoso protector de los pobres y menesterosos. En su correspondencia, las cartas de recomendación y de intercesión representan un gran papel. En gracia a esta su filantropía, bien podemos disculpar su vanidad.

No tan querido como maestro fué como colega. Concretamente se reveló en él una cualidad — por lo demás genuinamente bizantina —, que llevó al fracaso, no sólo a él, sino a toda la Academia: su afán de polémica y su mordacidad.

Psellos era platónico fanático — en el siglo XI esto era una herejía aún peor que en el siglo XIX el ser darwinista —, y contrario a todo misticismo. Sobre esto trabó una violenta polémica con su amigo y colega Xiphilino, en quien ya entonces germinaba el futuro patriarca. Éste, como depurado ortodoxo, operaba en sus lecciones con la astrología y la magia orientales. Exacerbado por ello el espíritu moderno y racionalista de Psellos, nuestro autor escribió libelos contra Xiphilino. A esto se añadió la actitud hostil del partido cortesano. Promoviéndose un gran escándalo en el mundo docto y palaciego. Corrían de mano en mano versos satíricos e injurias. Y como un deslenguado se burlara de Psellos por su nariz aguilena, éste le contestó con un epigrama no menos

grosero, en el cual comparaba a sus enemigos con las ranas, los perros y los saltamontes. Añadióse a esto la discordia entre los profesores mismos; hasta que el emperador, indignado por la conducta de su mayordomo contra su ministro, mandó cerrar la Universidad. El *intermezzo* académico de Psellos dió fin, y los ministros-catedráticos tornaron a la corte.

Pero, entre tanto, se habían desarrollado acontecimientos en que germinaba ya el segundo intento hecho por Psellos para emanciparse. Licudis, primer ministro, hombre de carácter dominante, había sometido al joven y débil emperador bajo su influjo. Psellos y Xiphilino se declararon solidarios contra el común enemigo, y éste tuvo que abandonar el campo. No se dice quién entró a sustituirle. Sólo se sabe que Psellos escribió por este tiempo en sus Memorias estas irritadas palabras: «Somos gobernados por miserables pelafustanes, que nosotros hemos redimido de la esclavitud; los altos cargos no son confiados a ningún Pericles ni Temístocles, sino al más venal Espartaco.» Esto no parece estar muy de acuerdo con la falta de carácter que suele atribuirse a Psellos. Más bien sabía afirmarse como hombre, cuando era preciso. Así, poco antes, había increpado a las almas serviles de la corte: «Cuando me acometéis, estad seguros de que más daño os hacéis a vosotros mismos que

a mí. Yo no me tomaré siquiera la molestia de contestaros. Permaneceré firme e insensible. Continuaré mi camino sin desviarme, sin mirar a la derecha ni a la izquierda. Vosotros quedáis tras de mí y crascitáis como aquellos lenguaraces grajos, que querían callar a Píndaro, o como los ratones campesinos, que querían acometer a un águila. Pero yo me levantaré y subiré cada vez más arriba, y vosotros no tendréis otro refugio que vuestras ratoneras...»

Pero luego, cuando inesperadamente se hicieron las cosas cada día más insoportables en la corte, y hasta el propio Xiphilino, con quien se había reconciliado Psellos, presentó su dimisión y se retiró al claustro, también Psellos empezó a vacilar y tomó, durante una penosa enfermedad, la resolución de seguir los pasos de aquél. En vano el emperador trató de disuadirle con súplicas y amenazas. Estaba ya hastiado de la vida palaciega. Desprendióse de la corte y aun del mundo. Abandonó la capital y se marchó al Asia Menor, donde los montes nevados del Olimpo de Bitinia le brindaban, a lo lejos, franca acogida. Allí se recogió con los monjes de un monasterio, a meditar sobre lo transitorio de las cosas terrenas.

Ciertamente, fué éste un paso muy desconsiderado. Hombre impulsivo, Psellos apuntó con su aparatoso alejamiento del mundo mucho más

allá del blanco a que podía aspirar su naturaleza. El ambiente monacal no era atmósfera propicia para él, y pronto se percató de que no era sólo un hombre de mundo, sino también un hombre que necesitaba vivir en el mundo. No sólo echaba de menos las cultas tertulias, sino también los refinados placeres del mundo elegante bizantino. Entonces se descubrió que el fervoroso platónico era también, en lo espiritual, un voluptuoso epicúreo, y acaso también un *gourmand* en sentido materialista, que no podía sentirse bien hallado con el pobre sustento del monasterio, ni en el cuerpo ni en el alma. En la oración fúnebre, dedicada a su amigo Xiphilino, trató de describir más tarde el estado de ánimo que le dominaba en el monasterio. Era una placidez idílica, sin sabor alguno transcendente; una relación puramente estética con la nueva atmósfera, como con razón se ha observado. Los piadosos penitentes, astutos como eran, pronto debieron de barruntarlo, y cuando Psellos, a los pocos meses, abandonó el monasterio, un monjecillo malicioso le dedicó una poesía satírica, con la punzante alusión de que era extraño que semejante Júpiter hubiera podido permanecer en un Olimpo, donde no había ninguna diosa. Probablemente había hablado a los monjes de las cortesanas del emperador, de la amante imperial Esclerena, la Pompadour bizantina, y de la her-

mosa princesa alana, de piel espléndidamente blanca, que describe seductoramente en sus Memorias. El indiscreto monje, llamado Jacobo, y famoso por su insaciable garganta, experimentó pronto la venganza de aquel a quien había mortificado, en una poesía satírica a lo Rabelais, que debió producir un efecto tanto más duro cuanto que adoptaba la forma de un canto litúrgico de gloria. «Jacobo, bestia insaciable — así comienza Psellos —: ni la llama encendida, que ningún odre puede apagar, ni el incendio desatado, ni la arena ardiente, tienen una sed que se pueda igualar a la tuya. Como el mar, como el infierno, es tu estómago imposible de llenar.» Después de unos versos sumamente obscenos, prosigue en tono más clásico: «Cíñete la piel de pantera, blande la vara de tirso, invoca a Baco y grita: *Evoe!* ¡Yo coronó tu frente con pámpanos, oh, padre Jacobo, viejo silenó! ¡Yo cuelgo racimos de uvas de tus orejas, y en torno a tu cuello, una ristra de pellejos de vino!»

El episodio monacal de Psellos terminó, pues, como una explosión, sin que quedara de él otra cosa que su nombre conventual, Miguel, que desde entonces empleó en lugar de su nombre seglar Constantino. Su nave volvió a orientarse hacia la roca magnética... para quedar adherida por siempre a ella. La carrera de Psellos tiene algo de trágica: durante veinte años, después de su

regreso al mundo político, maneja cuatro fantoches imperiales con los hilos sutiles de su diplomacia; se encarama a las más altas cumbres del poder y de la celebridad, para caer luego tan rápidamente, que sus huellas se pierden en la sombra. Cuando todavía no había cumplido sesenta años, hubo de abandonar el campo. Su poder empezaba a ser demasiado peligroso.

La actuación de Psellos como estadista constituye seguramente una de las páginas más sombrías de su vida, y ha influido desfavorablemente en su valoración como hombre. Pero ha de considerarse que su vida correspondió a una época que se cuenta entre las más oscuras de la historia bizantina. Y aun cuando más de una vez jugó con dos barajas, traicionando a príncipes a quienes primero sirvió y juró fidelidad, preciso es, no diré disculparlo, pero sí juzgarle con más suavidad, si se tiene en cuenta cuán difícil misión era, en el curso de treinta y seis años, servir a siete príncipes, entre los cuales lucharon por la soberanía tres dinastías (Macedonios, Ducas y Comnenos). En tales circunstancias, hubo de verse con frecuencia entre dos fuegos, y jugar a dos cartas. Quizá un estadista verdaderamente grande hubiera obrado de otro modo. Pero hay que tener en cuenta que Psellos, como político, era «un virtuoso frívolo y un descarado diletante» (C. Neumann), y que sus mismos contempo-

ráneos se burlaban de él (uno de sus amigos le comparaba con una imagen, que podía mover los ojos y dirigirlos al espectador en cualquier punto que éste se colocase). A lo sumo podrá hacerse el reparo de que entró al servicio del Estado, y no quiso contentarse con ser uno de los muchos obreros literarios que arrastraban en Bizancio su existencia; era demasiado orgulloso y activo para eso. Y sin el favor imperial, nada se podía conseguir en Bizancio. Así que, en tales circunstancias, no parece legítimo juzgar del carácter humano de Psellos por su conducta como estadista, y achacarle bajeza de alma. Si se ha de ser justo con él, hay que juzgarle como un hombre que estaba predestinado por la naturaleza, no para ser estadista, sino humanista y literato. Así comenzó, y así fué, en su fuero interno, toda su vida. Hasta su posición política la debió a su talento retórico-literario, porque los pusilánimes príncipes se dejaban impresionar por su ingenioso carácter, de vistosas formas. Su primer valedor, Constantino IX Monómaco, llegó hasta tal punto que sentó en el trono al ministro filósofo, y se colocó a sus pies para copiar, como un discípulo, sus palabras. Y el coronamiento de su actuación fué la educación del último Ducas, Miguel VII, como se llamó después, a quien Psellos educó para hacer de él un espíritu humanista, refinado, pero también un príncipe incapaz.

En una de las pequeñas cortes italianas, políticamente irresponsables, del Renacimiento, hubiera estado Psellos seguramente en su sitio. Como ministro de un imperio amenazado por todas partes, fué una caricatura. No fué hombre de acción enérgica, sino de *actividad* ingeniosa; un diplomático docto y literato, más acostumbrado al gabinete de estudio que a la exterioridad política, con un paso angustioso y titubeante, que todavía se observa en muchos diplomáticos modernos griegos, de origen bizantino. Él mismo advierte, en una ocasión, al dar las gracias al Emperador, por un caballo que le ha regalado, que no se atreve a montarlo, porque teme caerse. Y en una carta al sucesor al trono describe su melindrosa incertidumbre con motivo del parto de su hija, durante el cual estuvo a la puerta del aposento, temblando y vacilando. Semejante hombre no había nacido ciertamente para la acción decidida y el ataque firme, indispensable en un estadista. Si bien es cierto que poseía el suficiente conocimiento propio y la suficiente sinceridad para manifestar que su ánimo era un poco femenino, faltóle, sin embargo, dominio de sí para apartarse de una profesión, que no le cuadraba, puesto que carecía de todas las cualidades del verdadero estadista.

Elástico, proteico y flexible como su carácter era su espíritu. Casi sugiere la imagen de un acró-

bata espiritual. No había esfera del conocimiento que no hubiera ensayado. Filosofía y matemáticas, teología y derecho, física y música, medicina y astronomía, estrategia y arqueología..., de todo supo escribir y hablar. Sus escritos ascienden a centenares, y todavía encontraba tiempo para redactar discursos y certas. En un pasaje de su libro de memorias, declaró la orientación y amplitud de sus estudios. «Yo tenía entonces veinticinco años, y me ocupaba de los más importantes estudios. Porque mi afán era doble: perfeccionar el lenguaje en las obras retóricas e ilustrar el espíritu con la filosofía... Pero como yo había recibido en Grecia muchas lecciones de filosofía, traté de condensarlas en algunos apotegmas y principios sencillos, y éstos fueron, por decirlo así, las columnas y piedras angulares. Cuando me encontré provisto de este repertorio, traté de avanzar más allá, y como tropezara con algunos expositores de la ciencia, procuré que me adoctrinaran sobre el camino del conocimiento. Uno me remitía a otro, el mejor al peor, y éste nuevamente a otro, y éste, por último, a Aristóteles y Platón... Como yo había oído decir a los principales filósofos que hay una ciencia más allá de lo comprensible, que sólo el entendimiento moderadamente exaltado puede contemplar, no pasé tampoco de largo ante ella, sino que me la apropié, en cuanto era comprensible y se adapta-

ba a mi naturaleza, puesto que previamente había encontrado yo algunas obras místicas. No podría afirmar de mí que conociera todo esto exactamente, ni lo hubiera creído de otro que lo asegurase. Pero no excede en absoluto nuestras fuerzas el que de una ciencia se haga, por decirlo así, el foco familiar; que luego se avance desde ella históricamente; que se asimilen las demás ciencias, y, por fin, se torne a aquélla de la cual se ha arrancado.»

Psellos tampoco quiere engrairse: «Y si alguno — lo digo con entera sencillez, y sin vanidad — cree que mis obras deben alabarse, no será porque yo haya leído muchos libros. Porque yo, ni me he dejado engañar por el amor propio, ni estimo excesivamente mi talento. Hay muchos que me sobrepujan en el arte de la sofística y de la filosofía. Pero si no he bebido de un manantial fluente la sabiduría que acumulo, por lo menos he destapado los orificios que encontré tapados, he limpiado el agua estancada en lo hondo y la he extraído con mucho esfuerzo.»

Esta autocaracterización nos señala el camino para enjuiciar literariamente a Psellos. Era no tanto un pensador independiente como un observador e imitador de los grandes espíritus y de sus obras; no tanto una naturaleza de filósofo, como de filólogo; y desde luego, no una naturaleza seca, sino llena de espíritu y de temperamen-

to. Su capacidad de adaptación es su cualidad más importante, aun como literato. No se encuentran en él pensamientos nuevos y atrevidos; pero sabe expresar los antiguos con originalidad y elegancia. No es un espíritu creador, pero sí un maestro de la exposición artística y viva. Es, en suma, el representante principal del ensayo humanístico en Bizancio. Su manera de escribir es más la del salón literario que la del gabinete de estudio. Se puede, incluso, decir que a Psellos le corría algo de sangre de periodista por las venas. Su multiformidad y flexibilidad; su estilo, finamente punzante, y hasta su agudeza y malicia, lo demuestran. Y si más tarde fué ridiculizado en una sátira, imitada de *Luciano*, no fué tampoco por casualidad; porque Psellos fué, por decirlo así, un Luciano bizantino.

Naturalmente, estas cualidades no se manifiestan tanto en sus escritos oficiales como en sus *memorias*, y particularmente en sus *cartas*. La situación de Psellos en la corte le ponía en contacto con gente de todos los estados: pequeños funcionarios, operarios, burgueses, monjes, mendigos. En este orden, se piensa y se procede todavía hoy en Oriente con mucha democracia. Casi todas las cartas de Psellos son cartas de recomendación o de intercesión en favor de menesterosos, insinuaciones sobre jóvenes funcionarios a sus jefes, o reprensiones a «clientes» procaces. En estos ca-

sos, el diplomático sabe poner en juego todos los registros de su ingenio y agudeza.

A un monje que se lamentaba porque encarnizados enemigos le habían arrebatado su ermita, lo recomienda a un juez amigo con estas palabras:

«Yo no creo, mi estimado y querido amigo, que este miserable monjecillo, acobardado en la vida, tenga ahí un monasterio, ni tampoco un palmo de tierra. Pero como su lengua es más larga que su imaginado inmueble, y además finge tener envidiosos adversarios, le recomiendo a la dignidad del Tribunal, y no porque sea pobre, sino porque se cree víctima de una sinrazón, para que pueda ser partícipe de tu fallo. Pero si todo ello es sólo una representación escénica (el monasterio, los monjes, los malhechores y los enemigos), en ese caso entabla también un proceso teatral y encarga a los alguaciles que hagan comparecer a aquellos que le han perjudicado, aun cuando no hayan nacido siquiera. Entabla también una investigación fingida, para que todo sea una escenificación tan insustancial como en una comedia. Pero si verdaderamente tiene una finca, entonces trátale con arreglo a la verdad y restituye al anciano en su derecho.»

Es sumamente divertido el modo cómo Psellos recomienda un joven funcionario a sus superiores:

«Mi querido (literalmente: mi áureo) camarlengo: Este subprefecto es un potro recién puesto a las varas; pues ahora, por vez primera, se ha uncido al carro de los negocios. Necesita, por lo tanto, de un conductor solícito e inteligente, que le guíe desde el pescante y le lleve por la buena pista. Pero como todavía es un principiante en la carrera pública, teme las elevaciones e inflexiones del camino. Ponle, pues, el freno, y no le dejes sueltas las riendas, para que no avance con violencia. Pero tampoco le sujetes con mucho rigor, no vaya a hacerse recalcitrante y espantadizo. No le oprimas muy fuerte contra la lanza del coche, antes úncele, a la vez, con dureza y holgura, aflojando y recogiendo las riendas alternativamente.» He ahí un consejo, por lo demás excelente, que muchos de nuestros burócratas pudieran todavía meditar...

Graciosa es una carta, en que Psellos hace la recomendación de un monje o peregrino a un funcionario de Siria:

«Este Elías viene aquí, no como traído por el aire ni bajado del monte Carmelo, sino como un *deus ex machina*, sin preparación. Si lleva los vestidos de arriba o los de abajo; si ha escapado a una Jezabel, allá él lo sabrá. Por lo pronto, parece que huye de una diosa de la venganza y quiere llegar al más remoto término del mundo. A mí me ha consultado sobre a quién primera-

mente ha de dirigirse, y qué guías ha de elegir hasta el fin de la tierra. Ahora se dirige a tí... Tú sabrás lo que haces: mantenlo, por lo pronto, en tu casa, como Eolo a Odiseo; cose luego los vientos occidentales en un odre, dáselo y despáchalo a Libia o al Asia.»

Este ingenioso cubileteo con reminiscencias clásicas, de que tanto gusta Psellos, puede todavía pasar, mientras se dirige a gentes de su condición. Pero cuando recurre a él para gentes no educadas literariamente (como en aquella carta a un joyero de la corte, quien habiendo recibido la vajilla de plata de la mesa imperial, para su renovación, no estimó en su codicia suficiente el precio y devolvió el encargo, recibiendo luego de Psellos una carta en que éste ponía los puntos sobre las íes, pero con alusiones a la mitología clásica, que el buen orfebre difícilmente comprendería), entonces se observa el propósito de hacer alarde de erudición, con manifiesta coquetería.

Es lamentable este coqueteo de Psellos con la literatura clásica, tanto más, cuanto que poseía bastante imaginación para acuñar imágenes propias. Así lo demuestran algunos de los citados pasajes epistolares. Pero también sus Memorias suministran pruebas bastantes de ello. Allí compara (para entresacar sólo unas muestras) el Imperio contemporáneo con un monstruo a manera de pólipo, provisto de innumerables tentáculos y

de pesadas grasas. Al Estado, abrumado por los gastos (al comenzar el gobierno de Constantino IX), le parangona con un barco parado en el agua y colmado de carga hasta la borda. De Basilio II, muy disoluto en su juventud, dice que «las circunstancias obraron en él como un medio de contención; los remos sueltos se amarraron y las vías de agua se cerraron». Y con otra imagen, dice del mismo emperador que abandonó las riberas del lujo a velas desplegadas.

En tales pasajes se puede estudiar a Psellos como literato ingenioso. En cambio, el ponderado periodista político se manifiesta en un documento, cuya redacción le acarreó muchas invectivas, pero que le caracteriza en alto grado. Se trata de la querrela redactada en 1059 contra el patriarca Cerulario, que era sospechoso de ambiciones temporales, y tuvo que responder de ello ante un sínodo. Este documento tiene todo el carácter de un libelo periodístico, dirigido más a la opinión pública que al sínodo. «La habilidad del libelista consiste en dejar sobrenadar algunos hechos exactos sobre un mar de mentiras.» Y lo peligroso de esto era que su elocuencia periodística sabía presentar estas mentiras con tanta verosimilitud y persuasión, que parecían verdades. Así, achaca al patriarca, entre otras cosas, que mandó destruir la iglesia del Apóstol San Andrés — en realidad, se había ella derrumbado —,

y describe su impresión ante la ruina: «... porque nada permaneció en su lugar, sino que todo se envolvió en tinieblas, y el aire quedó vacío y no quedaron ni huellas del santo lugar. ¿Dónde están ahora los muros circundantes? ¿Dónde los sepulcros? ¡Oh, qué ladrar de perros, qué estruendo de piedras y de sierras! Ved en qué ha parado el sagrario: allí una perra pare a sus cachorros; allí un cualquiera se rasca las ingles; y hay un vagabundo acostado donde estaba el altar propiciatorio. ¡Horrible calamidad! Por un lado pacen los mulos; por el otro pasan las parejas de bueyes, y todo está lleno de malos olores, allí donde antes subía el aroma del sacrificio... Aplicó el fuego, como si hubiera querido destruir el templo de Sarapis o el santuario de Delfos o la imagen de Heracles, y a pico y filo de hierro desencajó todas las juntas. Con hachas, azuelas y martillos quebrantó las piedras y desgarró los muros. Era aquello como un terremoto. El aire se ensombreció, la tierra tembló, los cimientos se desencajaron y todo retumbaba con sordo ruido. Son muchos los que vieron esto; sus ojos se llenan de lágrimas, y habría que tener un corazón de diamante para pasar por allí sin verterlas...» Y así prosigue, con este tono efectista y declamatorio. Se ve que Psellos sabía con su talento expositivo hacer opinión, no sólo *para* otros, sino también *contra* otros. ¡Y al mismo patriarca, a

cuya condenación contribuyó, dedicó luego una oración fúnebre! Lo mismo que al infeliz emperador Romanos III, de cuyo cegamiento él fué cómplice, le escribió luego una carta de consolación llena de hipócrita fariseísmo.

Contradictoria y difícil de comprender, como su carácter, es también su concepción del mundo. Muéstrase tan desbordado romántico, como sobrio utilitario; tan elevado idealista, como inclinado al realismo y hostil al misticismo; tan ortodoxo cristiano, como fervoroso adorador de la filosofía platónica.

Contempla la antigüedad griega enteramente a la luz del romanticismo. No descubre ninguna diferencia entre antigüedad y actualidad. No comprende cómo los funcionarios no pueden sentirse bien hallados en Grecia, y lo manifiesta así a un administrador, trasladado a Atenas, quien, apenas llegado, se lamentaba de su suerte, como si hubiera sido desterrado a una Escitia. «Ni el Pórtico lleno de cuadros, ni la Academia, ni el Pireo subyugan su alma...; el pobre hombre se quiebra la cabeza pensando cómo ha de convencer a los atenienses de que paguen los impuestos.» Y a otro amigo suyo le escribe: «No te admires de que yo sea amigo de los atenienses y de los peloponesios: tengo razones para amar particularmente a cada uno de ellos; pero los amo también como pueblo, en consideración a Pericles,

a Cimón, a los filósofos y oradores de antaño. ¿No se puede querer a los hijos en consideración a sus padres, aun cuando no presenten todas sus facciones?» Manifiestamente, Psellos no conocía la Grecia de entonces. De lo contrario, le hubiera ocurrido lo que más tarde le ocurrió al arzobispo humanista Miguel Acominatos, que también quedó horriblemente desengañado por la barbarie y desolación que encontró en Atenas. Y a este romanticismo se junta luego su austero sentido de la realidad, cuando a un amigo, también desengañado de la Grecia, le da el consejo de que permanezca allí y se acuerde de la antigua sentencia: «Si te ha cabido en suerte Esparta, consévala, porque ahora todo anda trastornado, y en ninguna parte se encuentra lo que se desea... Mejor es una comida mala que quedarse del todo sin comer. Y si no puedes embarcarte en una nave hermosa, y te tienes por un profeta extraordinario, en ese caso arrójate al agua sobre tu trípode. Ya te he explicado claramente lo que considero provechoso».

Sin embargo, lo extraño es que no sabe gozar pura y desinteresadamente el naturalismo estético de los antiguos clásicos. En esto se revela su falta de originalidad. Pero acaso fuera también la enorme distancia de los tiempos la que le impedía apreciar, por ejemplo, a Homero. ¿Quién se ocupaba en el siglo xi de Homero? No es ma-

ravilla, por lo tanto, que mire al antiguo pagano a través del neoplatonismo, y en lugar de interpretarle, le someta a toda suerte de alegorías, como las preferían los estoicos y como agradaban también al agudo espíritu de los bizantinos.

Por lo demás, Psellos no era ningún escolástico. Ya hemos visto cómo le contrariaba la mística orientalista de su amigo Xiphilino, y él mismo no estaba poco orgulloso de haber penetrado en la niebla del neoplatonismo y de haberse abierto paso hasta la grandeza solar de su preferido Platón. Verdaderamente, no hacía falta poco valor, en tan primitiva época, para romper con el dogma de la filosofía aristotélica y declararle la guerra, como lo hizo Psellos: «En cuanto a ti se refiere, oh Aristóteles, espera otra oportunidad; pues armado con el arnés de la lógica, comenzaré la batalla en nombre de Platón.» ¡Y cómo se enardece cuando habla de él! «¡Platón es mi hombre! No sé cómo soporto la violencia de la palabra. ¿No elegí yo un día de buen grado la cruz divina y no elijo ahora también el yugo espiritual?... Pues los razonamientos sobre la justicia y la inmortalidad constituyen los principios de iguales dogmas para los nuestros. Porque yo no padecí de una especie de enfermedad de los ojos, sino que preferí la transparencia de la ola y arrojé la corteza... Es más, por tu alma santa, aun cuando tú literalmente me abofetea-

ras, aun cuando me repelaras los cabellos que todavía me restan, aun cuando me afrentaras con cualquiera otra injuria, yo soportaría el ataque heroicamente. Pero que yo, para ti y los amigos, me haga sospechoso, porque siempre di testimonio de Cristo, y luego escribí sobre la amistad de Crisipo, y se diga que he caído en desgracia de Dios y me he adherido a Platón y a la Academia, eso es imposible que lo pueda soportar por más tiempo.»

Y lo maravilloso es cómo volvió de Platón al cristianismo. Naturalmente, un bizantino ortodoxo del siglo xi no podía ignorar el dogma cristiano, tanto menos cuanto que el platonismo de Psellos había ya despertado escándalo en la corte, y el emperador le había exigido una confesión de su ortodoxia. Y así procedió muy hábilmente, cuando en una carta a Xiphilino presenta a los pensadores y poetas griegos como inconscientes precursores del cristianismo, y a Platón como a un padre de la Iglesia, autor del dogma de la inmortalidad. Pero en otro pasaje declara que la filosofía platónica contradice a los dogmas cristianos. Desde luego, su Platón no se trocaba en un teólogo por el hecho de que él le vistiera traje cristiano, como tampoco Psellos se trocó en verdadero monje por el hecho de haber tomado el hábito monacal. Ciertamente, como humanista, Psellos se había ejercitado mucho en

la teología, en sentido enteramente ortodoxo; no solamente combatió a los innovadores de la gnosis siria, a los euquitas, sino también a los latinos. Redactó discursos sobre los Santos Padres y comentarios sobre éstos y sobre las Sagradas Escrituras. De todos modos, sorprende que una gran parte de estos escritos estén dedicados a distintos emperadores, de suerte que fácilmente se puede llegar a pensar que Psellos no quiso sino guardarse las espaldas para sus libres opiniones filosóficas. También lo hace pensar así el que uno de sus discípulos, Juan Italos, muestre una actitud netamente antieclesiástica. Desde luego, la índole de Psellos induce a pensar que su corazón se aficionaba al paganismo griego y que supo avenirse con el cristianismo oficial de su época, lo mismo que muchos profesores modernos de teología católica se avienen con las encíclicas del Papa.

Frente a un carácter tan abigarrado como el de Psellos, es lícito volver los ojos en busca de una figura paralela de nuestro mundo occidental, para hacerlo más comprensible. Llevado de este afán, vengo a tropezar con un hombre representativo del Renacimiento italiano, con Pietro Aretino. Prescindiendo de que Psellos no tuvo tanta fantasía y sensibilidad como Pietro; de que, además, no pudo llevar una vida de literato tan desembarazada como aquél, porque en

el Oriente faltaban aristócratas espirituales, en lo demás se presenta Aretino, por su carácter, como una tardía réplica de Psellos: igual aptitud, según las necesidades, para revolversse con maliciosos versos o párrafos impregnados de unción; igual vanidad y complacencia propia, pero también igual efusión piadosa, con que, por ejemplo, recuerda en las cartas a su madre; iguales melindres en situaciones apuradas; igual ampulosidad de lenguaje; igual necesidad de componer escritos edificantes y al mismo tiempo de fustigar al clero con burlas. Y luego, en la vida externa hay también sorprendentes coincidencias: su origen de pequeños principios, sus repetidas experiencias dolorosas en la corte pontificia de Roma, su breve residencia en un monasterio (en Ravena)...; todos estos rasgos manifiestan una enérgica semejanza espiritual del literato italiano con el bizantino, y demuestran, una vez más, cómo en atmósferas históricas, aparentemente tan diversas, pueden brotar individuos parecidos, cuya semejanza sólo está limitada por el carácter discorde de tales zonas culturales (1).

(1) También el Aretino es muy diversamente juzgado — como Psellos —. Pero muchas de sus cartas nos lo muestran bajo un aspecto más favorable que el de un egoísta brutal; principalmente, sus relaciones con Pierina Riccia, que, en su vida, representa un papel semejante al de Esclearena en la vida de Psellos.

III

FIGURAS DE MUJER

7. TEODORA.

LA tan repetida alusión a la «moza de circo sobre el trono de los Césares» descansa meramente en las narraciones escandalosas y sucias de Procopio, con harto gusto difundidas en esas memorias, saturadas de sañudo rencor, que escribió el apasionado historiógrafo de la corte de Justiniano. No se sabe todavía cómo explicar psicológicamente ese violento libelo contra el matrimonio imperial. Pero, lo mismo si procede de motivos personales que si obedece a interna necesidad de justificación, el libelo existe, y hemos de tenerlo en cuenta, sin tomar por moneda corriente todo lo que en él se relata; pero tampoco, sin considerarlo desde luego como una simple fantasía y maligna invención, cual hizo Ranke. Lo que allí se nos refiere es probablemente una trama abiga-

rrada de verdad y fantasía, como suele suceder en semejantes escritos tendenciosos. Bizancio no podía por menos de tener su crónica escandalosa y su escandalosa heroína.

No tendría objeto sacar a luz aquí nuevamente, como de las actas de un proceso escandaloso, la licenciosa vida anterior de Teodora, tal como Procopio la describe. Eso es lo único que verdaderamente se ha hecho «popular» de la historia bizantina, merced, por ejemplo, al drama de Sardou. Tampoco tendría objeto investigar el pro y el contra en esta cuestión. Bastante se ha hecho en ese orden sin llegar a ningún resultado. Preferimos tratar de resolver otra cuestión más fructuosa: la de cómo se manifestó la vida de Teodora, emperatriz, en relación con su conducta anterior, nada ejemplar, por cierto, y hasta qué punto, en el ocaso de su vida, presenta Teodora todavía rasgos de su juventud, y en qué medida su desarrollo ulterior se ofrece como una reacción contra los pecados juveniles.

Por este camino se deducirá mucho mejor, psicológicamente, lo que filológicamente no es posible explicar.

Si Teodora no hubiera sido lo que Procopio cuenta de ella, es decir, una cómica de circo, difícilmente hubiera sabido comportarse tan perfectamente en su nuevo papel de emperatriz, como realmente lo hizo. Si en su carácter nunca pudo

negar su condición advenediza (y en esto fué el verdadero «pendant» de su esposo), tampoco le fué difícil presentarse como protagonista en el teatro de la corte, con la misma seguridad con que antes se había presentado en el teatro del pueblo. Su primitiva profesión le sirvió de extraordinario auxilio. Ahora, no sólo tuvo que ejercer de actriz, sino también de directora de escena, y ambas funciones las realizó a maravilla. Manifiestamente sentíase por completo en su elemento, y tuvo bastante que hacer, tanto entre los bastidores como en la escena. Inteligente y circunspecta como era, le cupo en suerte reunir todos los hilos en su mano, así de los asuntos pequeños como de los grandes, y aun exteriormente supo la experimentada actriz hallar la manera de conciliar la gracia con la dignidad. Dormía mucho y tomaba muchos baños, para conservar la frescura, ya menguante, de su cutis. Mantenía en todo su vigor, con ostentación de advenediza, el ceremonial cortesano. Rodeábase de brillante séquito. Hacía, calculadamente, que los admitidos a audiencia guardasen largas antecámaras, y luego se arrojasen en el suelo ante ella y le besasen la púrpura. En suma, supo imponer respeto.

Después de haber «debutado» brillantemente, comenzó, pues, a distribuir los papeles. En esto procedió con desconsideración arrolladora. Su especialidad eran los asuntos de matrimonio y

divorcio. En una familia principal había dos viudas jóvenes, demasiado alegres, cuyas andanzas eran motivo de escándalo. Teodora lo supo y decidió volverlas a casar, pero al mismo tiempo castigarlas por su licencia, señalándoles maridos de baja estirpe (de los cuales Teodora debía conocer muchos). Las dos hermanas se acogieron al asilo de la Iglesia de Santa Sofía. Pero, al fin, tuvieron que aceptar su destino. De todos modos, éste les fué aliviado, en el sentido de que la emperatriz elevó los nuevos maridos a cargos principales y honrosos. También a una sobrina de Justiniano, que había tenido una aventura con un apuesto oficial armenio, la casó rápidamente con otro, para ponerla de esta suerte a salvo.

Así como arreglaba matrimonios, así también rompía desconsideradamente los lazos del corazón, cuando ello convenía a sus propios intereses o a los de sus deudos. Era en esto completamente ajena a todo escrúpulo moral. Quiso casar la hija de su dama de honor, Crisomallo, con el hijo del mayordomo Hermógenes, el cual estaba prometido a otra joven. Fulminantemente anuló Teodora el desposorio, y Saturnino tuvo que casarse con la hija de su dama de honor. Pero no parece que salió muy bien parado con la virtud de ésta, pues el joven esposo contó a sus amigos que no la había encontrado intacta. Teodora, a cuyos oídos llegó el rumor, lejos de escandalizar-

se, mandó castigar al inconsiderado lenguaraz.

La falta de consideración con que Teodora procedía en estas intervenciones se demuestra en su conducta con relación al amante de Antonina, la esposa de Belisario. Dicho amante, un tal Teodosio, hacía ya diez años que vivía con ella a los ojos de su esposo, hasta que por fin éste llegó a considerar aquella conducta como insoportable, y por medio de su yerno hizo deportar a Cilicia al amante y reducirlo a prisión. Enterada Teodora, y necesitando de los servicios de Antonina, decidió hacerse agradable a ella, y mandó llamar a Belisario, al parecer para darle ocasión de reconciliarse con su esposa, pero de hecho para representar una verdadera escena de teatro. La emperatriz había conseguido apoderarse del tal Teodosio y lo encerró en un aposento contiguo. Llamó entonces a Antonina y la recibió con estas palabras: «Amadísima patricia, ayer cayó en mis manos una admirable piedra preciosa, como nadie la encontró jamás. Si quieres verla, tendré mucha complacencia en mostrártela.» Entonces hizo descorder la cortina, y apareció, ante los ojos asombrados de Antonina, su amante. Sólo a una perfecta cómica le era posible concebir y ejecutar semejantes ideas.

Teodora sabía también tratar con los hombres desde el plano de su antigua profesión, como lo demostró brillantemente en su relación con Jus-

tiniano. Dígase lo que se quiera de su «gobierno», es preciso reconocer que en realidad fué para Justiniano el mejor apoyo y estímulo. Justiniano era, como sabemos, remiso e irresoluto y necesitaba de una mano fuerte y firme que le guiase. Esto debió de comprenderlo pronto Teodora, y si al principio se limitó a observar detrás de los bastidores, luego la vemos intervenir en el gran escenario de la política del Estado.

La primera ocasión para su intervención pública, efectivamente beneficiosa, la dió la rebelión de Nika (véase nuestro estudio sobre Justiniano). Justiniano había perdido completamente la cabeza y quería huir. Los ministros tampoco sabían qué hacer. Entonces se levantó Teodora, que tomaba parte en el Consejo de Ministros, y pronunció estas frases: «Aun cuando no quedase otra salvación que la huída, yo no huiría en ningún caso. Los que llevan la corona sobre las sienes, nunca deben sobrevivir a su pérdida. Nadie verá nunca el día en que a mí no se me salude ya como emperatriz. Si tú quieres huir, oh César, huye en buen hora. Dinero tienes, los barcos están prestos, la mar se te abre libremente. En cuanto a mí, yo aquí me quedo. Me agrada la antigua máxima de que la púrpura es una mortaja excelente.» Estas palabras conscientes y altas, no sólo salvaron el trono, sino que también, para lo sucesivo, pusieron el timón del Es-

tado en manos de Teodora. Y ella lo gobernó y no dejó que nadie se lo quitara. Justiniano fué su dócil instrumento, que nada hacía sin su consejo y desde luego nada contra su voluntad. Lo cual se comprende bien, si se tiene en cuenta la índole dominadora y orgullosa de Teodora, que supo aprovechar ampliamente esta posición soberana.

Desarrollaba, sin límites, su propia política y por su propia mano. «Durante los veintiún años que ella reinó — dice Diehl —, su mano intervino en todas las cosas: en la administración, que pobló de favoritos suyos; en la diplomacia, en la política, en la Iglesia, regulando todas las cosas a su manera, nombrando y deponiendo a su arbitrio papas y patriarcas, ministros y generales. Tan violenta era en fomentar la ventura de sus favoritos, como celosa y contumaz en destruir el crédito y el poder de sus adversarios. Es más; cuando lo consideraba necesario, no tenía escrúpulo en anular, abiertamente, los mandatos del emperador e imponer sus propias órdenes en lugar de las de Justiniano.» Cuando el sacerdote monofisita, Julián, trató de convertir la Nubia, Justiniano, que prefería se eligiesen para ello misioneros ortodoxos, envió mensajeros al rey de Nubia. Pero Teodora se enteró y dirigió una carta categórica al gobernador de la provincia de Tebaida, ordenándole, bajo pena de muerte, que detuviese a los emisarios del emperador. Así

ocurrió, y, de esta suerte, los sacerdotes de la emperatriz pudieron lograr sin trabas su objeto, mientras que los del emperador quedaron postergados.

Teodora podía proceder así tanto más fácilmente, cuanto que, por su origen, representaba una mitad del Imperio. Era, en efecto, muy probablemente de Siria y, por lo tanto, estaba más familiarizada que el macedonio Justiniano con las circunstancias del Oriente. Conocía perfectamente las particulares condiciones religiosas de aquellas comarcas, y trataba de aprovecharlas en interés del Imperio. No era lo bastante ortodoxa, ni probablemente religiosa siquiera, para anteponer las cuestiones religiosas a las políticas; obraba más bien por consideraciones meramente políticas, y no se recataba de favorecer abiertamente los disidentes orientales, los monofisitas, porque sabía muy bien que las provincias a ellos afectas, Siria y Egipto, eran, económicamente, de la mayor importancia para el Imperio. Y así fué partidaria de mantener una política de tolerancia, a la que debieron aquellas provincias su florecimiento, tanto económico como eclesiástico.

Hasta cierto punto se pueden aprobar sus intervenciones en la alta política, porque tenían buenos efectos y promovían el bien de la comunidad. Pero Teodora no se mantuvo siempre en los justos límites. Su naturaleza, desconsideradamente des-

pótica, no se contentaba con los tranquilos y positivos resultados de sus esfuerzos políticos. Quería que cayeran víctimas, y, cosa curiosa, fueron siempre hombres los que llevó a la ruina; por lo que algunos creen ver en esto algo de venganza contra el brutal sexo masculino, que antes amenazó arruinarla a ella. A la sazón era ella la mujer todopoderosa, y quería demostrar a los hombres su omnipotencia, humillándolos, como ellos la habían humillado antes. No quería ni podía sufrir junto a sí a ningún hombre poderoso, y si en alguno venteaba un rival, éste estaba perdido. Así lo experimentó, entre otros, el todopoderoso ministro de Estado, Juan de Capadocia, derribado por una red de intrigas femeninas, que Teodora y su dama Antonina tejieron, difundiendo el rumor de que estaba celoso de Belisario y hasta ambicionaba la corona. Juan de Capadocia cayó en la trampa que Teodora le tendió, atrayéndole a la villa de Belisario, al parecer para una entrevista; pero, en realidad, para prenderle allí. Y como el desgraciado no pudo limpiarse de sospechas, mandó tonsurarle. Y no se contentó con esto: cuando años después el arzobispo Eusebio fué asesinado, su poderosa enemiga trató de levantar sospechas contra él, y si no lo consiguió, por lo menos logró que todos sus bienes fueran confiscados y Juan deportado a Egipto. En este caso, Teodora no hizo ningún favor ni al Estado

ni a sí misma, porque Juan era completamente inocente y cayó víctima de la intrigante emperatriz. Y lo mismo que a Juan ocurrió a muchos que se vanagloriaron de haber llevado a cabo alguna cosa sin contar con ella. En este caso, a los tales no les valía ni el favor del emperador. A tal punto llegaba en esto Teodora que, en casos dudosos, era más seguro obedecer a la emperatriz que a Justiniano. Ella misma escribió en una ocasión al rey persa Cosroés: «El emperador nunca decide nada sin consultarme.»

En cambio, se encuentran en su vida posterior ciertas maneras de obrar que no pueden interpretarse como continuación directa de su vida pasada, sino más bien como una reacción necesaria, como actos de arrepentimiento y penitencia, que ella misma se imponía. Esta disposición espiritual se refleja muy bien en su actitud de protección a las mujeres y su sorprendente propensión a la piedad religiosa. Frente a la cómica y a la intrigante aparece ahora la bienhechora y la penitente.

Teodora, protegiendo y favoreciendo a las mujeres oprimidas y atribuladas en Constantinopla: he aquí un fenómeno, ante el cual toda su desaprensiva actuación política se olvida de buen grado. Entonces comenzó Teodora a percatarse de lo que en ella había de femenino. Entonces empezó a expiar sus pecados morales y políticos.

La moral pública no debía de ser muy perfecta a la sazón, en la metrópoli; singularmente en el sexo femenino. ¿Y cómo podía ser de otro modo, si la misma emperatriz favorecía las relaciones impuras de mujeres casadas y defendía su legitimidad frente a varones austeros?... En tales circunstancias, no se puede censurar a Justiniano porque, en su nueva legislación, acentuase los párrafos sobre el matrimonio, la separación, el divorcio y, particularmente, sobre la «moral pública», muy relajada. Estas disposiciones tenían consecuencias que afectaban, como se puede comprender, más que a nadie, a las mujeres. Sin duda debió de llegar muy lejos la ola de inmoralidad, puesto que se hizo necesario amenazar a las mujeres con castigos, si se bañaban juntamente con los hombres o cenaban por la noche con individuos extraños, sin conocimiento del marido, o iban solas al circo o no venían a casa en toda la noche. En realidad, estos rigores de la ley de Justiniano constituyeron un alivio bienhechor frente a las disposiciones desfavorables y humillantes, dictadas hasta entonces por Teodora para las mujeres. Si las mujeres eran, a la sazón, tan acosadas en Bizancio, debíase sin duda a la situación servil en que la mujer se hallaba con relación al hombre. En este sentido contribuyó mucho Teodora a conseguir una *legítima* emancipación de sus hermanas. Pues todos los

párrafos que en las «novelas» de Justiniano aseguran a la mujer una mayor libertad frente a su marido, se deben seguramente a la iniciativa de Teodora. Así, por ejemplo, los que disponen que la mujer pueda querellarse y entablar demanda de separación contra su marido por malos tratos; que no sea repudiada por simple calumnia del marido, sino que en tal caso sobrevenga sólo la separación; que el hombre no pueda pegar a su mujer, sin razones legítimas, ni arrojarla de casa sin motivos. Muy de Teodora parece también la cláusula de que, cuando una mujer pase toda una noche fuera de la casa, el marido sea responsable de las consecuencias, acaso molestas, que de ello se deriven. Manifiestamente, con esto se abría de nuevo un portillo a la inmoralidad.

Extraordinariamente benéficas para el afianzamiento de las buenas costumbres fueron, en cambio, las disposiciones en favor de las actrices, antiguas compañeras de Teodora, y de las mujeres caídas. La situación de las actrices era a la sazón en Bizancio poco brillante, tanto en el terreno jurídico, como en el social y en el económico. Lo mismo que en la Prusia de Federico Guillermo I se reclutaban a la fuerza mozos robustos para soldados, así en la Constantinopla del siglo VI eran alistadas por fuerza muchachas hermosas entre las actrices. Y como si esto no fuera bastante, habían de obligarse por contrato y jura-

mento a no abandonar la escena de por vida. Por intervención de Teodora se anuló esta obligación, que recordaba la esclavitud romana, y se les concedió la libre disposición de su persona. Los avariciosos empresarios, que ejercían ese dominio sobre las actrices, eran castigados con la confiscación de sus bienes y con el destierro; y, además, tenían que pagar a cada una de las perjudicadas una suma equivalente a unas 10.000 pesetas. Con esto las actrices quedaban restablecidas en el ejercicio honroso de la vida ciudadana, y sobre todo eran purificadas de toda vergüenza, puesto que habían obtenido el permiso de casarse.

Tanto como los empresarios de teatros actuaban a la sazón en Constantinopla otros hombres todavía más peligrosos: los rufianes y tratantes de blancas. También con esta industria vergonzosa acabaron de cuajo las iniciativas de Teodora. Las numerosas casas públicas fueron cerradas. Las mujeres fueron redimidas; se les restituyó, a expensas del erario, el dinero que habían tenido que depositar como caución. Además, los rufianes hubieron de indicar el precio en que habían comprado cada muchacha a sus padres, para que la emperatriz redimiese a las pobres víctimas y las devolviese a sus familias, con la dotación de un vestido y una moneda de oro.

Pero el número de estas infelices era tan grande que, para su corrección y salvación, fué nece-

sario adoptar reglas especiales. Y entonces se reveló en Teodora aquel hermoso rasgo filantrópico, que desde antiguo adornó a los bizantinos, y que en sus descendientes físicos y espirituales se ha conservado fielmente hasta hoy, como sabe todo aquel que conozca la gran solicitud por los enfermos que existe en los modernos Estados balcánicos. Teodora fundó una especie de refugio para esas muchachas, refugio que fué instalado en un antiguo palacio imperial del Bósforo y guarnecido de abundantes medios. Tenía el carácter de un monasterio, y la emperatriz lo bautizó con el nombre de «Metanoia» (penitencia), Ella sabría por qué razón eligió este nombre. . .

Si Teodora hubiera alcanzado una edad más avanzada — murió de cáncer a los cincuenta y un años —, se hubiera desarrollado acaso en ella la tendencia a la religiosidad, como suele acontecer, por necesidad espiritual, en los antiguos pecadores y pecadoras. No tuvo tiempo para ello; pero debió de acometerle cierta disposición de esa índole, que por cierto no se ha de confundir con la verdadera piedad. La verdadera religiosidad fué, sin duda, extraña en absoluto a la naturaleza de Teodora. Justiniano tenía desde luego el alma más religiosa; era por lo menos supersticioso, lo que en aquellos tiempos constituía ya un signo importante de piedad. Pero además, era demasiado calculadora, demasiado realista. Sólo en una

ocasión se refiere que se encomendó a un santo: cuando deseó tener un hijo. Si Justiniano gustaba de levantar iglesias, ella prefirió construir hospitales y asilos para extranjeros. Tan sólo la iglesia del apóstol en Constantinopla, que Justiniano mandó demoler, fué, al parecer, restaurada por ella. . . , seguramente, una vez más, por secundar los deseos de su esposo. Solamente por una clase de hombres sentía Teodora predilección especial; por los monjes, síntoma evidente de su procedencia oriental. Aun cuando no sentía ninguna inclinación al ascetismo, la subyugaban aquellos piadosos despreciadores del mundo, aquellos anacoretas, precisamente porque era una mujer mundana tan refinada y. . . porque de ellos no tenía que temer ninguna rivalidad. Por eso los trataba, no sólo con amistad y confianza, sino también con una indulgencia que hubiera considerado intolerable para otros. Así, por ejemplo, la primitiva tosquedad de uno de aquellos estafalarios santos sirios, Maras de nombre, le agradaba tanto, que gustaba de tenerlo consigo en su palacio, a la manera de un bufón espiritual. Sin embargo, el santo fraile no estaba conforme con este papel; y cuando, para recompensarle, la emperatriz le entregó una bolsa llena de monedas de oro, dicen que Maras la tiró a sus pies, con gran espanto de los cortesanos. Pero ella, lejos de sentirse ofendida, le rogó que la

perdonara, por haberse atrevido a inducirle en tentación. ¡Y aquella era la misma Teodora, ante la cual todos los magnates del Imperio se arrojaban sobre el suelo! Ante una vida tan maravillosa como la del fraile, deshacíase en polvo su orgullo. También esta debilidad suya tuvo consecuencias beneficiosas para el procomún; los piadosos monjes supieron, no sólo aprovechar su ilimitada prodigalidad — a muchos les regaló casas y fincas —, sino que acertaron también a inducir la a piadosas fundaciones, y así surgieron bajo su nombre hospitales, orfelinatos, y asilos de pobres. De esta suerte, no sólo atendió a la miseria moral de la metrópoli, sino también a la miseria física.

Sobre la seductora actriz, la dominante emperatriz y la diabólica mujer, álzase menos imponente, pero más grata a Dios, la legisladora social y la caritativa Teodora. Si pecó como mujer y como soberana, expió con benéficas y silenciosas obras sus pecados, que le valieron frutos de bendición.

8. DEL DIARIO DE UNA MONJA BIZANTINA.

De muy extraña manera, en una joven griega del siglo IX, que reunía belleza y prudencia, volvióse la prudencia contra la belleza, desalojándola, para desdicha de su poseedora, pero en pro-

vecho de la posteridad. El caso ocurrió así. En el año 829, la emperatriz madre, Eufrosia, mandó que se presentaran en la metrópoli algunas de las más bellas muchachas casaderas, pertenecientes a las principales familias del Imperio, para que su hijo, el joven Teófilo, eligiese entre ellas esposa. En el salón de perlas del palacio imperial reuniéronse las jóvenes. Cuando el príncipe entró, con su madre, ésta le entregó una manzana de oro, que, según antigua costumbre, sirve todavía hoy en Oriente de señal amorosa. El príncipe había de ofrecer la manzana a la más bella de las jóvenes, declarándola así su prometida. Tan pronto como pasó revista al grupo de las muchachas, Teófilo se fijó en una, que le cautivó por su «tranquila y serena belleza».

Siempre que se trata de la belleza de las mujeres bizantinas, hay que pensar en dos tipos, que no se distinguen tanto por la forma como por la expresión del rostro. Éste es, en ambos, un fino y alto óvalo, con la frente encuadrada por cabellos de un negro azulado profundo y limitada por las cejas, arqueadas como alfanjes. Bajo las cejas se destacan unos ojos de color de aceituna. Y aquí comienzan las diferencias. Estos ojos, en uno de los tipos, tienen algo de frialdad, siendo, al mismo tiempo, ardientes; son también sugestionadores e imperiosos; centellean y fascinan; giran intranquilos o parecen

taladrar al espectador, cuando están quietos. Entre ellos evanza una nariz, enérgicamente, audazmente encorvada, que acentúa todavía más la expresión de buitre en acecho. Toda la fisonomía sugiere la impresión de una dignidad distinguida y superior y de una espiritual firmeza. En los labios retoza un gesto ligeramente burlón y malicioso. Este es el tipo que todavía se encuentra entre las descendientes de «fanariotas» distinguidas, en Constantinopla y Bucarest, y que vamos a encontrar también en la protagonista de esta semblanza. Pero al lado de éste hay otro tipo. Es más blando de formas. No tiene rasgos picantes. Los trazos principales no muestran aquel juego inquieto de los músculos. La nariz se perfila con rectilínea serenidad y el conjunto se transfigura merced a los ojos, a través de cuya órbita, húmeda y luciente, parece barruntarse la profundidad infinita de un alma impregnada de suave melancolía. Un rostro femenino semejante, que todavía se encuentra con frecuencia en Sudeslavia y en Rumania, debió de ser el que subyugó al joven Teófilo con su cálido resplandor.

Acercóse el príncipe a la joven y quiso presentarle la manzana, cuando de pronto le iluminó, como un relámpago, un pensamiento doloroso, que se manifestó en estas palabras: «La sola belleza de una mujer ha originado todas las mi-

serias del mundo.» A lo cual la joven, modosamente, pero con certera prontitud, replicó: «También una sola mujer ha remediado todas las miserias del mundo.» El príncipe, que, al parecer, sólo pensaba en la pecadora Eva, pero no en la Inmaculada Virgen María, quedó desconcertado por la desenfadada respuesta de la joven y dió la manzana a otra. La que tan desenvuelta y profundamente había hablado, se llamaba Casia. Perdida la opción a la púrpura imperial, Casia tomó el velo de monja, fundó un monasterio y renunció al mundo.

Podrá ser cierta o no esta anécdota, que muchos cronistas refieren unánimes; pero desde luego es una de las que están bien inventadas. Si Casia, tras de su desengaño, se retiró al monasterio, no por eso renegó de su personalidad, que tan animosamente revelara en aquella escena con el joven príncipe. La natural perspicacia femenina, una sensibilidad contemplativa y una capacidad fuertemente desarrollada para ver las cosas y los hombres con sus propios ojos, uníanse en ella a la necesidad literaria de fijar sus observaciones en notas a manera de diario. Hoy a esas observaciones las llamaríamos aforismos, pues no son ni pretenden ser otra cosa. Aun cuando están redactadas en la forma métrica de epigramas, esta circunstancia era una mera exigencia de la tradición literaria. Mas no por

haberlas escrito merece Casia, ni con mucho, el dictado de poetisa, y ella misma hubiera protestado seguramente contra esta denominación, excesivamente galante, de su editor, como protestó contra la descortés sentencia de su pretendiente. Porque las dos o tres poesías religiosas que nos han quedado de ella son demasiado chapuceras, para que se pueda calificar desde luego a su autora de poetisa. Y si los aforismos revelan una mujer de altas cualidades espirituales y morales, no demuestran mucha fantasía. Consideremos, pues, a Casia como lo que efectivamente era, como una observadora sensible y original de la vida. Y tratemos de extraer de las hojas de su diario — por lo demás, no muy numerosas — aquello que mejor nos manifieste su carácter. Como todos los bizantinos, también ella estuvo sometida a la influencia de una fuerte tradición, y no siempre se mantuvo libre de los lugares comunes, aunque sí de la imitación consciente de la antigua epigramática. La mayor parte de sus sentencias se distinguen por su originalidad.

Casia era bella y prudente. Ya lo sabemos por el episodio de su juventud. Por eso mismo, aun después de ser monja, no pudo librarse enteramente de la propensión a estimar la gracia y la belleza, particularmente la femenina. Así leemos, por ejemplo: «La posesión de la gracia es más agradable a Dios que la belleza y la riqueza

sin gracia.» Y así como — acaso refiriéndose a sí misma — escribió la máxima de que una gotita de felicidad es más preciosa que la belleza de la figura, por muy eminente que sea, así trata de librarse de la estimación estética de su propio sexo, exponiendo abiertamente una concepción más íntima de la mujer, cuando dice: «La mujer mala es una desgracia soportable, si es hermosa; porque en la belleza reside siempre un consuelo. Pero si es fea y mala al mismo tiempo, en ese caso la desgracia es mucho mayor que el consuelo.» Si aquí manifiesta su ideal de la mujer como una reunión de excelencias estéticas y éticas, en otra sentencia separa completamente lo estético, y, al ponderar los dones éticos e intelectuales, se decide por los últimos: «Una mujer que sea mala y juntamente laboriosa y discreta, no tiene que temer la desgracia. Pero si es indiscreta, holgazana y mala, en ese caso se conjura contra ella la calamidad.»

Aquí se descubre ya su alto aprecio de la discreción, virtud que en ella — mujer prudente — está desarrollada hasta tal punto, que nada puede perdonar menos, ni con más dificultad, que la tontería. Es curioso que muchas de sus máximas se refieren a los necios, y en particular a una especie de necios muy frecuente en Bizancio (esos necios de quienes el duque de Wellington dijo, en cierta ocasión, que aprendían demasiado para

su inteligencia), es decir, a las víctimas de la hipertrofia cultural. En un pasaje dice con enérgica expresión: «Los conocimientos en un necio se truecan en nuevas necesidades; son como una campana en el hocico de un cerdo.» La necesidad se acrecienta, con la elevada posición de su poseedor. Este acrecentamiento lo formula Casia así: «Malo es que un tonto haya aprendido algo; si goza de alguna fama es peor; pero si el tonto es joven, y por añadidura soberano, entonces todo parará en llantos y gemidos, en sollozos y aullidos.» ¿No se dirigiría esta sentencia directamente al emperador Teófilo, que había lastimado el orgullo de Casia ante la concurrencia de las beldades aspirantes?... Con mucha frecuencia sigue atacando a los necios ricos, y en una ocasión profiere estas palabras: «Es mejor tratar con pobres razonables que con ricos necios y mal educados.» Y lo repite una vez más en forma más punzante: «Es mejor ser pobre en compañía de personas inteligentes, que rico en compañía de necios e indoctos.» La única salvación para los necios es la muerte, según lo declara en un pasaje: «Mejor hubiera sido al necio no haber nacido; o si ya nació, no haber puesto el pie en la tierra, sino haberse marchado con toda prontitud al infierno.» Pero Casia no era una mujer que considerase la discreción con fría claridad. Poseía en alto grado lo que suele llamarse temperamento

moral. Muchos de sus aforismos revelan fuerza de carácter, especialmente aquellos veintisiete, que comienzan aludiendo a unos versos de Menandro, con las palabras: «Yo odio», y en los cuales resume todo lo que aborrece. En estas escuetas confesiones se descubre al punto que Casia, no solamente era una mujer de mucho espíritu y mucho temperamento, sino sobre todo de mucho carácter. En primer lugar, su estimación de la probidad y rectitud conforta el ánimo. Manifiesta su odio al juez venal, al deudor que puede dormir tranquilo, al que calla cuando tiene que hablar, al que sabe adaptarse a todas las situaciones (es decir, al oportunista), al que todo lo hace por la fama... (o sea al astuto y desaprensivo trepador). Igualmente detestable es para ella el falso oropel; el rico que simula ser pobre; el pobre que blasona de rico; el mentiroso que se paga de palabras. Pero, no menos que a éstos, odia al inconsiderado hablador y al calumniador. Especialmente contra la precipitación se manifestó dura en otro pasaje, donde la califica como madre de la mala educación. Acá y allá se acerca también a la forma del refrán para expresar su juicio: «El avaro evita los banquetes de los amigos»; o bien «todo avaro esquilma a sus amigos pobres». O con giro anecdótico: «Un avaro que vió a un amigo, se ocultó, y enseñó a mentir a sus criados.» El aguijón de todas estas senten-

cias va manifiestamente enderezado contra generales defectos de sus conterráneos, porque al formular sus observaciones, parece fijar los ojos en el ambiente inmediato, y a él se opone como austeramente moralista. Así ocurre indudablemente, por ejemplo, en esta admonición. «Todo pleiteador aumenta los juramentos.» Y en otra que dice: «Todo el que jura mucho, incurre fácilmente en perjurio.» Es muy enemiga del juramento; de acuerdo en esto con el precepto cristiano. Por eso dice una vez: «La palabra de un hombre veraz vale un juramento. Pero el pícaro pronuncia mentiras, aunque jure.» O, con precisión sorprendente: «Malo es jurar; peor jurar en falso.»

Con particular frecuencia condena la envidia, viejo pecado hereditario en Bizancio. «Todos debemos — escribe — extirpar la raíz de la envidia, es decir, la muerte, que a ella conduce la envidia, y muchos son los que por envidia han muerto.» Muy original es una sentencia, en forma de diálogo, entre la escritora y la envidia: «Tú, envidia mala, habla y dime quién te ha parido y quién te destroza y desgarras. — A mí me ha parido la vanidad, me destroza el amor fraterno, me desgarras el temor de Dios y me aniquila por completo la humildad.»

A los vicios de la avaricia y de la envidia contraponen Casia las virtudes de la *generosidad* y de la *amistad*. A los ricos les predica la gene-

rosidad: «Quien tiene riquezas y no comparte con otros aquello por lo que es feliz, es infeliz; porque sólo las acumula para ruina de su alma. Pero quien lleva la pobreza con resignación, es eternamente feliz en la desgracia.» Muy bellamente ensalza la importancia de la riqueza para la amistad, cuando dice: «En la riqueza aumenta tus amigos por tu riqueza, para que ellos no se aparten de ti cuando empobrezcas.» En rigor, Casia no se decide ni por la riqueza ni por la pobreza; pues la una embrutece el espíritu y la razón, y la otra acarrea incesante dolor. Finalmente observado y expresado está el efecto contrario de la riqueza y de la pobreza: «La riqueza encubre grandes males; la pobreza los descubre.»

Casia enseña cómo la felicidad y la desgracia han de obrar moralmente en el hombre, por medio de este aforismo: «En el bienestar acepta la miseria, y cuando caigas en la miseria, sobrellévala con valor.» En íntima contradicción están dos sentencias sobre el dolor, más difícil de soportar. En la una dice Casia: «Quien soporta el dolor en la soledad, experimenta doble desolación y abatimiento.» Esta sentencia coincide, en parte, con el refrán alemán: «Dolor compartido es casi consuelo.» Véase esta otra: «Gran amargura es para el desgraciado el llanto y el pésame del compasivo.»

Casia tiene una alta idea de la amistad. A

ésta dedica la mayor parte de sus proverbios. Y es de notar que en ellos es donde se manifiesta menos original y más influída por la tradición. Pero, prescindiendo de ellos, quedan todavía muchas joyas que revelan su conocimiento de la vida. Así, por ejemplo, de su experiencia personal procede, sin duda, esta sentencia característica: «A un amigo inteligente guárdalo como oro en paño; de un necio huye como de la peste.» Pero Casia no considera la amistad solamente por el lado de la inteligencia. Para ella es una necesidad del corazón, y por eso concede a la gratitud mucha importancia: «Si un amigo es agradecido, lo pequeño se hace grande; pero si es desagradecido, lo grande se hace diminuto.» La amistad tiene para Casia una eficacia ética. Así, dice: «El amigo que se ha elevado, elevará a sus amigos.» Por eso también la amistad es más preciosa que el oro y las perlas, y «quien encontró un amigo querido, resplandece de alegría, como si hubiera descubierto un montón de oro.» Y esto ocurre también en las horas de tribulación, cuando «las conversaciones con los amigos queridos son más dulces que la miel y...» Pero también «la riqueza sin amigos es como una casa deshabitada, sin atractivos». ¿Y quién es nuestro amigo? Casia contesta: «Amigo se ha de llamar al que ama sin interés; el interesado no es amigo, sino enemigo». Por eso hay que ser

cauto en la elección de los amigos: «Ámalos a todos, pero no de todos te fíes.»

Nadie diría que todas estas observaciones proceden de una monja, alejada del mundo, si en uno de sus manuscritos no se encontrase una serie de sentencias que tienen por objeto la vida monacal. Tales sentencias producen una impresión más típica; pero no tan inmediata como los «epigramas mundanos». Algunas parecen desmayadas, y dan a pensar que aquella mujer activa y prudente no se encontraba en el claustro tan cómoda y abrigada como fuera de creer. Allí dice, por ejemplo: «La vida monacal es una vida de soledad contemplativa.» «La vida monacal carece de ocupación.» «La vida monacal carece completamente de atractivo.» En estos y otros apotegmas, algo triviales, parece descubrirse el suspiro de un alma desengañada. Un desengaño fué lo que llevó a Casia al claustro, y desengaño parece ser también su vida monacal. Ciertamente, había terminado con el mundo; pero no por eso había muerto al mundo. No podía ya amar y sufrir en el mundo y con el mundo, después que el amor y el dolor habían pasado por ella tan rápidamente. Pero, en cambio, comenzó a reflexionar sobre las cosas del siglo; su espíritu, como poseído de una suave nostalgia, abandonó el mundo del claustro y fué a sumirse en el mundo de los hombres, iluminando su alma.

Y así como la luz solitaria se derramaba desde la celda de su monasterio, por la tenebrosa noche, así su figura se presenta como una estrella clara en el firmamento de Bizancio, tan escaso en almas egregias de mujer. Ella fué, más tarde, fuente de poesía. Sin contar dos poetas griegos modernos, que han creado en torno de su destino un drama y una novela, escribió Hermann Lingg, sobre aquellas palabras fatales entre el príncipe y la joven, un cuento que, aunque hecho con poca fuerza intuitiva en la descripción de los caracteres y de la época, se distingue por la finura psicológica de la invención. Casia — que en el cuento se llama Nicisa — representa el papel del supremo y más desinteresado amor. Después de largas peripecias y vicisitudes, encuentra coyuntura para reconciliar al emperador con su esposa, que le había hecho traición, y que, por afición a Casia, expía y queda purificada. Casia concibió, al fin, aquellas dos sentencias contrarias, fundiéndolas en esta sola: «Aun cuando todo el mal del mundo vino por la belleza de una mujer, todo fué reparado y compensado por los méritos de otra, que personifica el amor puro.»

9. ANA COMNENA.

El día 7 de Septiembre de 1789 estaba Schiller, manifiestamente, en un temple algo perezoso. Porque en ese día escribió a los hermanos Lengfeld lo siguiente: «La traducción de la princesa Comnena, de la cual sólo me han correspondido algunos pliegos, me ha cansado mucho; el estilo es pésimo y de un gusto falso; el contenido tiene poco interés. El espíritu de escritora es una mala compañía.» Evidentemente, Schiller no se ocupó de los bizantinos por propio impulso. Bizancio estaba a la sazón severamente proscrito. Y si se ocupó fué, desde luego, no como poeta, sino como profesor. Como tal hubo de sentar plaza en el mundo docto, por medio de una empresa literaria, y utilizó para ello la *Colección general de Memorias históricas*, que editó juntamente con su colega Woltmann, y cuyo primer volumen fué: *Los recuerdos de la vida del emperador griego Alexio Comneno*, escritos por su hija Ana Comnena. La traducción tiene, por lo demás, poco valor, porque Schiller no la hizo según el original griego, sino según la refundición latina y francesa; y, por añadidura, «más recurriendo a la memoria, después de lectura reciente, que traduciendo; porque apenas hay una cláusula que corresponda fielmente al original». (Schiller.)

Se advierte que Schiller no tenía ningún em-

peño en este trabajo. Ni podía tenerlo, desde el punto de vista de su época. El ideal ético individualista de la humanidad empujaba al siglo XVIII a ver en la antigüedad clásica la cumbre del verdadero humanismo. No podía, por tanto, hacer justicia a la Edad Media europea, y mucho menos a la oriental. En este orden, es muy significativo el pequeño tratado que, como complemento de aquellas Memorias bizantinas, ofrecía al público una caracterización de su autora. La posición desde la cual es ésta enjuiciada coincide completamente con la moral filosófica y estética de los tiempos. Repetidamente se encuentra la expresión de lector filósofo y de investigador filosófico. La indignación contra el arte con que Ana maneja la simulación y el eufemismo penetra todo el tratado, y la apología de una «religión de la razón pura» revela total falta de sentido histórico y psicológico en el redactor. Habla éste de la «falsa grandeza» de los bizantinos, de su pseudo-política, de su gazmoñería en religión, de su pobreza en genuínas virtudes, en verdadera fuerza de espíritu, en elevada humanidad, etcétera. Domina todavía la idea de que todos los bizantinos «están formados según ciertas normas»; de que nunca se manifiestan en su ser natural; de que siempre se rodean de pompa y boato, «para sugerir eternamente la idea de grandezas y ocultar el vacío de su espíritu y de su co-

razón». El autor de este estudio comete el error mismo que imputa a los bizantinos; no muestra empeño alguno en comprender el núcleo interno, huyendo de la forma externa; no se aviene a explorar la vida espiritual bizantina y toma toda la historia de Bizancio como una especie de mascarada histórica, que nada puede ofrecer al historiador de la cultura y al filósofo de la historia. De este prejuicio no estuvo Schiller libre; y ello es tanto más de lamentar cuanto que por esta causa desperdició uno de los instantes más dramáticos de la historia, uno de esos momentos históricos que afanosamente buscaba. Acaso más tarde, después de haber roto, con el «Demetrio», el círculo de la cultura europea occidental, hubiera avanzado también hasta Bizancio. Mas para el poeta, que acababa de terminar el *Don Carlos*, ese mundo estaba todavía cerrado, y no se le ocurrió la posibilidad de arrancar de él chispas poéticas (1).

Y, sin embargo, ¡cuán fácil hubiera sido dar vida dramática al destino y carácter de esta mujer, considerada sólo como hermosa princesa, si

(1) Sin embargo, Schiller leyó, no sin provecho para sus estudios filosóficos morales, la *Alexiada*. Demuéstralo la utilización que hace de un interesante episodio de ella — la escena entre el emperador Alexio y el prisionero rebelde Nicéforo Briennio — en el pequeño tratado sobre la «Utilidad moral de las costumbres estéticas».

se la hubiera colocado en su ambiente y se la hubiera visto nacer de él! Para ello no hace falta pensar en una «salvación histórica»; no era Ana heroína romántica, ni hubiera ofrecido un tipo de protagonista dramático, pero sí era un excelente personaje secundario; una Eboli o una Isabel. Tal fué, en efecto, la función que le correspondió en la historia, y su vida tuvo momentos bastante trágicos.

Oigamos, ante todo, las vicisitudes de su juventud. Por su ascendencia pertenecía a dos familias rivales. Por su padre Alexio, a la familia de los Comnenos, y por su madre Irene, a la de los Ducas. Las dos familias pensaron abolir su antigua rivalidad por el matrimonio de Alexio e Irene. Pero, en realidad, la hostilidad mutua se acentuó. Porque tras de la joven Ana estaba la figura de la emperatriz viuda, María, madre del presunto sucesor al trono, Constantino. Ésta había sido esposa de un Ducas, y se afanaba ahora por conservar para los Ducas el trono. Siendo niña, fué desposada Ana con el joven Constantino, y fué destinada a emperatriz. No obstante, quiso la mala estrella que Constantino muriese muy joven, con lo cual se desvanecieron las esperanzas imperiales de Ana. Entre tanto, había muerto también la emperatriz-madre. Y entonces surgió, como continuadora de sus ambiciones y propósitos de asegurar la corona a los Ducas, la

madre de Ana, Irene. Ésta quería nombrar sucesora del trono a su hija Ana. Pero su esposo Alexio prefería a su hijo Juan. La pasión de esta rivalidad familiar volvió a estallar al fallecer el emperador Alexio. Entonces ocurrió una escena sumamente dramática. Ana, a la sazón de treinta y cinco años, se había casado, entre tanto, con un general, Nicéforo Briennio. Velaba, con su madre, junto al lecho del padre enfermo, que sólo de tiempo en tiempo despertaba de sus desmayos. «Ana contaba angustiosamente las pulsaciones del moribundo. Al recibir la noticia de que Juan (el heredero de la corona) se dirigía hacia el palacio imperial, la emperatriz prorrumpió en furiosos lamentos: ya no había más corona ni soberanía. La desesperación tiene aquí también algo de extraordinario y desmedido. Pero nadie podría sospechar, por el conjunto de esta conmovedora escena familiar, que en los latidos del corazón de un moribundo pudieran medirse más bien las probabilidades de las ambiciones políticas, que los minutos de una vida amada» (C. Neumann). Ciertamente, Ana tenía bastante tacto para pasar por alto estos episodios, o, más bien, retocarlos (1), pero no menos que tres historia-

(1) En la versión «oficial» de la *Alexiada* se describe esta escena de modo enteramente distinto; y aun cuando precisamente esa parte del manuscrito está muy destruída, puede reconstruirse el siguiente cuadro: La esposa y la hija están ocupadas en torno al mo-

dores, independientemente unos de otros, nos los han transmitido (1). Por lo demás, no lograron las mujeres hacer cambiar de opinión al emperador moribundo. Éste se mantuvo en su decisión, y la corona quedó en la familia de los Comnenos.

Pero una vez despierto el orgullo de Ana, su amargura por la derrota sufrida fué indescripible. Renegando de toda piedad hacia la voluntad paterna, olvidóse hasta el punto de fraguar un complot contra el emperador, su hermano, para quitarle de en medio y poner la corona en las sienes de su esposo. Ambos intentos fracasaron. Ana obtuvo magnánimo perdón. Su esposo, docto palaciego, fué encargado de misiones militares, que le impidieron terminar una historia de la época de Alexio, comenzada por encargo de Irene. Esta interrupción era deseada,

ribundo; María, otra de las hijas, trata de introducirle agua en la garganta, y como no lo consigue, le hace respirar esencia de rosas; Irene, la emperatriz, lanza fuertes gemidos y se dirige, inconsolable, tan pronto a los médicos como a Ana; ésta, sin pensar en la filosofía ni en la elocuencia, toma el pulso del padre, entregada enteramente a su dolor. Cuando comienza la agonía, colócase María entre la emperatriz y el moribundo, para ocultar a aquélla el espectáculo. Ana siente, de pronto, que el pulso se paraliza, inclina silenciosamente la cabeza y prorrumpe en sollozos. Después de esta descripción, parece imposible que luego ninguna de las tres mujeres se preocupasen del cadáver.

(1) Además de Ana, Niketas Akominatos y Zonaras.

no sólo por el emperador mismo, sino también por su hermana; y especialmente por ésta, pues Nicéforo, que al principio tenía el propósito de defender en su trabajo los derechos de los Ducas al trono, como familia más antigua, cambió de pronto de parecer y trató de demostrar que los derechos de ambas casas habían pasado a Juan, en quien se reunían todos los títulos. Esta motivación, no sólo oportunista, sino muy conforme a la verdad, despertó en Ana un terrible enojo contra su marido. Ana dió expresión a su carácter entero en una observación harto dura, lamentándose de que la naturaleza haya hecho a su esposo hombre y a ella mujer. Su amargura y soledad aumentaron todavía más a la muerte de Nicéforo, que sucumbió a las fatigas de una campaña. Ana quedó viuda. Subió entonces al trono su sobrino Manuel (año 1143). Ella, que a la sazón contaba sesenta años, imitando el ejemplo de su madre, se retiró a un monasterio, después de haber pasado mucho tiempo en la corte, sin desempeñar un papel importante, aunque no tan postergada como ella misma quiere dar a entender.

En esta época y en esta disposición de ánimo, propúsose continuar la obra de su marido y dedicar un monumento literario a su padre. Así surgió la «Alexiada», extraño producto de la amargura personal y la piedad filial, alegato político encubierto bajo la capa de la objetividad

histórica. Ensalzando las hazañas de su padre, e ignorando expresamente las de su hermano (mucho más importantes), quiere Ana probar a la posteridad que sólo aquél fué verdaderamente «grande», y que todos sus descendientes fueron insignificantes y mezquinos. Así se explica, tanto la cuidadosa glorificación de su padre y de su época, como el cuidadoso rebajamiento de la actualidad, a la que no puede menos de zaherir con amargas observaciones. Como, por ejemplo, cuando habla de las mentiras y adulaciones que se difunden acerca de los actuales soberanos, mientras que de los pasados dice todo con expresión escueta y desnuda. O cuando, aludiendo con complacencia a su propia sabiduría, escribe: «Hoy se desprecia a los historiadores y poetas, se les considera como seres fútiles. También se desprecian las enseñanzas que de ellos se derivan. Los dedales y otras bagatelas por el estilo son la gran preocupación del día.»

Ya en el título «Alexiada» se advierte el espíritu de oposición que dictó la tendencia apologética de la obra. Se espera por lo menos una epopeya, en el estilo de la *Iliada* o de la *Eneida*; y lo que se encuentra es una obra histórico-cronológica de quince libros, en prosa, que refiere, al estilo de *Tucidides* y *Polibio*, la historia bizantina desde 1069 a 1118. Sin embargo, no es ni un panegírico ni una historia pragmática escueta, sino

una biografía histórica, con tendencia apologética y una inquieta vacilación entre el matiz objetivo y el subjetivo. La imagen que Ana traza de su padre puede compararse con nuestras fotografías repintadas, que nunca pueden llegar a ser una verdadera obra de arte. Percibe claramente Ana la verdadera imagen de su padre y quiere sinceramente fijarla. Pero, de pronto, invadida por el amor filial, añade una pincelada para embellecerla. Mas luego quiere borrar el adorno, porque comprende que no está en su lugar. Pero no puede decidirse a ello y entra en lucha consigo misma. «¡Oh, si yo estuviera libre y exenta de este amor a mi padre!—exclama desazonada en una ocasión—. ¡Cómo entraría en el fondo de todo y demostraría que mi lengua elocuente es capaz de describir al hombre grande! Pero el amor natural hace violencia a esta dirección de mi espíritu, para no exponerme a la apariencia de que refiero mitos, con el afán de celebrar la historia de mi propia familia... ¡Mas para que ningún afeite retórico desfigure esa parte de la historia, resbalo sobre la mala fortuna de mi padre, como un diamante o un pedernal, insensible!»

Semejantes enfrenamientos, más o menos logrados, se encuentran con frecuencia en la obra, y son importantes para caracterizar a su autora. Porque de ellos resulta luego la impresión de que, cuando añade algo laudatorio, sólo lo hace con-

vencida de que es cosa inocente, que no merece la pena. En cambio, se esfuerza angustiosamente por suprimir todo aquello que pudiera perjudicar a la imagen de su padre. A lo sumo, lo insinúa ligeramente; así, en los puntos sombríos de la administración, que Alexio dirigió con un favoritismo perjudicial al Erario. Y aunque verdaderamente no se puede censurar a la hija por haber cedido a escrúpulos de piedad filial, sin embargo, surgen muchas dudas cuando se piensa que al escribir su obra, no sólo movió su pluma el amor filial, sino también el orgullo enfermizo; y que acaso ensalzara a su padre por simple espíritu de oposición. Sin duda no fué sólo por modestia por lo que calló todo lo que se refiere a ella misma en relación con su padre, y, en general, toda la historia interna de la familia, sino por astuto cálculo. Sabía muy bien que cuando la muerte de Alexio, no había desempeñado un papel muy airoso, y precisamente al describir la última enfermedad y la muerte de su padre une la fría objetividad en la exposición de los incidentes a un afectado patetismo en la expresión de su dolor. Ese tono patético es, por lo demás, muy suyo. Al habla de sus sufrimientos, dice: «No puedo creer en mí misma, y, sin embargo, escribo, y pienso en la muerte del emperador. Echo mano a mi frente, por si acaso es un sueño lo que traslado al papel, o un éxtasis, o

una visión. ¿Cómo puedo estar todavía entre los vivos, después que él marchó? ¿Por qué no entregué yo junto a él mi aliento y mi conciencia?... En toda la tragedia no hubo pena ni dolor cuya carga yo no soportase.» O se compara a sí misma con Niobe, de quien se diferencia en que su destino es todavía peor; pues aquélla se transformó en piedra, pero ella tiene que soportar todos los dolores. Y cita a Orfeo y al flautista Timoteo, para hacer más viva la impresión de su historia dolorosa.

A pesar de todos estos desahogos elegíacos, recibe el lector la impresión de que Ana era en el fondo una naturaleza fría y calculadora, que sopesaba con exactitud los efectos de cuanto hacía y escribía, que estudiaba los ademanes como una experimentada actriz, y, por decirlo así, se miraba al espejo con complacencia. Esta evidente artificiosidad fué acaso la que indujo a Schiller a su juicio condenatorio. El poeta echó sin duda de menos en esta mujer el alma, la verdadera pasión, que él sabía distinguir muy bien de la afectación vana. Pero hay que pensar también en las influencias de la raza, de la época, de la educación, que obraron sobre ella. El exagerado sentimentalismo no es propio de las mujeres meridionales y orientales. Recuérdese, por ejemplo, la figura que P. Heyse describe en su novela *La Viuda de Pisa*, aquella naturaleza fría como una estatua mar-

mórea, que nunca pierde su presencia de ánimo, que siempre conserva su actitud y desempeña su papel con tranquilo dominio. No de otro modo hay que representarse a la princesa de los Comnenos, romana orientalizada, con aquel tipo bizantino que hemos caracterizado ya en oposición al de Casia: neto perfil, alta frente, fogosa mirada y expresión más varonil que femenina, inteligente sin profundidad. Esta expresión correspondería al menos a la imagen que su obra nos da de ella (uno de sus contemporáneos habla solamente de sus grandes ojos tornátiles); porque, en medio de su pose teatral y de sus eufemismos tendenciosos, no incurrió en tan vana futilidad que ignorase completamente la esencia de las cosas. Ciertamente es que, como mujer, gustaba de describir pomposas ceremonias y detenerse ante las bellas figuras y los bellos trajes. Ciertamente que tendía a apreciar la obra de su padre más por el lado de la política exterior que de la interior. A veces, en la exposición de los acontecimientos, comete confusiones, originadas por defectuosa información. Pero, en conjunto, debemos considerarla como una mujer ilustrada, finamente observadora y de seguro juicio, que estaba a la altura de la mejor educación de entonces y que, desde luego, supera a muchas princesas europeas de hoy. Tenía algo de las ingeniosas damas francesas del siglo xvii, no sólo por la amplitud de sus conocimientos,

sino también por la flexibilidad de su estilo. No obedece, sin duda, a la casualidad el hecho de que precisamente un francés haya escrito un libro sobre las princesas bizantinas (1), entre las cuales, naturalmente, habla de Ana. Si es corriente ya considerar los griegos actuales como los franceses del Oriente, todavía es mucho más cierto tratándose de los medievales. Una cultura refinada, una formación aristocrática, una elegante presencia..., todo esto era, en la Constantinopla de los Comnenos, tan corriente como en el país de los Borbones, y el clasicismo literario de salón floreció allí en el siglo XII con no menos riqueza que en París en el siglo XVII. La misma Ana cuenta que en la corte de sus padres encontraba franca acogida todo el que profesara las ciencias, y que su madre se sentaba muchas veces a la mesa con un libro en la mano. El centro de esta vida literaria en la corte era el notable retórico y filósofo Miguel Itálicos, que fué en el siglo XII lo que Psellos en el XI. Sin embargo, Ana no lo menciona, porque su época de esplendor coincide con la del emperador Juan, cuando ella ya era ajena a la vida de la corte. En cambio, tuvo ocasión de conocer en la corte de su padre a los discípulos de otro filósofo, Juan Italos. Pero Ana no pudo hablar bien de éste ni de sus adeptos, porque en la corte don-

(1) P. ADAM: *Princesses byzantines*. Paris, Didot, 1893.

de ellos bullían había observado «que no han estudiado a fondo ninguna ciencia, sino que imitan al dialéctico, con sus rudos ademanes y atrevidas metáforas, sin tener ningún conocimiento serio». Este juicio, en boca de una princesa, es muy notable, porque demuestra que Ana era algo más que una «literata», y que no se dejaba engañar, en asuntos de cultura, por la apariencia. Refiérenos en el proemio de su obra que no había descuidado ninguna de las «cuatro ciencias» — esto es, el cuadrivio (Astronomía, Geometría, Aritmética y Música) — y también había cursado el trivio (Gramática, Retórica y Dialéctica). Especialmente las matemáticas parecen haber sido su especialidad favorita. Ella misma cuenta que examinó de esta ciencia a su suegro, cegado por Alexio, y que se dedicó también al estudio de la Astrología; y por cierto, como observa expresamente, con el fin de reducir a sus partidarios *ad absurdum*. Luego cuenta, con sorna manifiesta, que un famoso dialéctico y astrólogo, Eleuterio, a quien el emperador Alexio había traído de Egipto, había vaticinado exactamente cuándo el emperador había de morir. Pero, en lugar del emperador, murió un león de la colección imperial, cosa que — añade Ana con fina ironía — bastó a muchos para no repudiar por completo la profecía. Si se piensa en el poder que tenía sobre los ánimos la Astrología, no sólo en la Edad Media bizantina,

sino también en la occidental europea, no hay más remedio que admirar la libertad de espíritu y el valor con que una bizantina del siglo XII se apartaba de estas supersticiones, elevadas al rango de ciencia.

También en la Medicina estaba iniciada. Durante la enfermedad de su padre terció en las deliberaciones de los médicos, y hasta impuso su criterio, que luego — al parecer — se acreditó. Estos testimonios demuestran que Ana, no sólo recibió una educación sólida, sino que también tenía una inteligencia sana y clara. Y aun cuando no llega a desembarazarse de las creencias extrañas de su época, desde luego permanece muy ajena a toda gazmoñería. Sin exageración se la puede considerar como una precursora de la época de la ilustración.

Se ha presentado a Ana como partidaria del culto a la palabra, del verbalismo huero, para el cual una bella frase vale más que un buen pensamiento. Pero hay que leer la acerba crítica que trazó de la enseñanza gramatical que se daba a la juventud de la ciudad, en las escuelas de entonces. El pasaje es importante, no sólo porque nos revela el espíritu enteramente moderno que allí se manifiesta, y que, precisamente en esta esfera, era tan raro en Bizancio, sino también porque nos da a conocer su sentimiento natural. Al describir una de las escuelas monacales de Constan-

tinopla, donde recibían instrucción juntamente niños griegos, búlgaros y francos, dice lo siguiente: «El arte de la distribución de las oraciones es una invención de nuestra generación moderna...; actualmente, ni siquiera en segundo término, se trata de familiarizar al alumno con los poetas y escritores, ni de conducirlos a la fuente de los conocimientos que éstos ofrecen; todo el ejercicio consiste en la trabazón de las sílabas y en otras cosas menospreciables. Digo esto porque me preocupa el descuido en que se tiene la educación de las ideas. Me irritan esas pequeñeces, porque me he ocupado mucho de estas cosas, y sólo cuando me desprendí de semejantes niñerías y me dediqué a la Retórica y la Filosofía, familiarizándome también, no sólo con las ciencias, sino con los poetas y escritores y abandonando el estudio del lenguaje, comprendí, ayudada por la Retórica, cuán laberíntico embrollo es la distribución gramatical.»

En medio de tantas cosas censurables en la forma y en el fondo, se encuentra, pues, en Ana algo que la absuelve; y es que, aun cuando compenetrada con la educación de su época, descuella por su gran inteligencia sobre las limitadas capacidades de Bizancio, y debió de mirar con burlesca superioridad a esos esclavos de la ciencia, que en su docta aridez habían perdido toda libertad y claridad de juicio, y sólo escarbaban en los libros,

olvidando el mundo vivo. Muy distinta era nuestra docta princesa. Sin duda, lo mismo ellas que sus sabios compañeros usaron de la antigüedad griega como de un gran guardarropa literario, con cuyas prendas cubrían su desnudez espiritual. Sin duda se remonta también ella al más antiguo de los antepasados, al Padre Homero, y saquea la *Iliada* — se han contado en ella unas cincuenta citas de dicho poema —, cuyo carácter bélico le parecía especialmente adecuado para glorificar la obra de su padre. Pero, en medio de todas las reminiscencias clásicas, no desdeña tampoco el elemento popular de su ambiente. Muchas de sus comparaciones y sentencias revelan origen popular, por su concepción neta y punzante. Ana pensaba, en efecto, con más desembarazo que la mayoría de sus contemporáneos, que torcían elegantemente el gesto ante lo vulgar. Poseía, no sólo docta formación literaria, sino también una buena dosis de ingenio nativo. A pesar de su educación palaciega, no se había amanerado tanto que evitase angustiosamente todo lo que chocase contra las convenciones literarias y lingüísticas.

Si en todas estas cosas, puramente intelectuales y, en parte, también estéticas, sobresale por encima de su tiempo, es en cambio en otras hija de su época, sobre todo en las cosas que tocaban a los profundos sentimientos del corazón humano y de la vida espiritual. Si en aquel aspecto

primero era contemporánea de la ilustración y del humanismo, en este otro aspecto se nos ofrece como bizantina auténtica, sombría, fanática, orgullosa, saturada de odio salvaje contra todo lo que no se amolda a su iglesia y a su cultura, y, sobre todo, contra los herejes y occidentales. En esto no es ya la francesa flexible, distinguida, elevada e ingeniosa que vimos al principio, sino la fanática apasionada, de ojos centelleantes, de sangre fogosa, que no retrocede ni aun ante la crueldad. Muéstrase ahora en ella aquel aspecto que las anteriores épocas descubrieron y aborrecieron en su persona: el aspecto oriental, ese sello peculiar de salvajismo y rigidez que durante tanto tiempo nos ha impedido llegar a la plena comprensión del carácter bizantino, y en el cual, durante mucho tiempo, se consideró cifrada la esencia de los habitantes de Bizancio. El evidente y funesto dualismo cultural, bajo el cual tanto padeció el Imperio romano oriental durante la época de su vida; la discordia entre el humanismo ennoblecedor de la personalidad y el fanatismo oriental, devastador de la misma, tomó también dura venganza en Ana Comnena. El humanismo no arraigaba en ella (como tampoco en la mayor parte de sus contemporáneos) con profundidad suficiente para que el sentimiento religioso se completase en bella tolerancia y el sentimiento nacional se ampliase en moderado cosmopolitis-

mo. El humanismo de los bizantinos era demasiado unilateralmente intelectual; sus raíces no descendían a las profundidades del espíritu y de la fantasía. En el fondo latían en ellos pasiones volcánicas, que buscaban desahogo por el cráter de la Iglesia y, con su ardiente lava, ahogaban en germen toda vida tierna y floreciente que una antigua tradición humanística tratara de despertar. Así, el humanismo oriental quedó, de allí en adelante, bajo el amparo de la Iglesia. Fué una hermosa planta, de raíces aéreas, cuyas hojas tenían sabor amargo. No dieron frutos. Fué un humanismo intelectual que, por un lado, conducía a presuntuosas altiveces y, por otro, a un celo fanático.

No se mantuvo Ana libre de estas dos consecuencias, ni parece que lo pretendió. También en esto debió de intervenir algo de espíritu de oposición. Sabido es cuánto favorecía su hermano — y todavía más su sobrino Manuel — a los occidentales del Imperio. Y así se comprende la repugnancia de Ana contra estos dos príncipes y su política. Se aplican también al objeto de esta política. A esta repugnancia le da expresión no disimulada. Por los «latinos» manifiesta un desprecio casi compasivo, en el cual late algo de esa complacencia propia y orgullosa satisfacción de sí mismo, que caracterizan las culturas agonizantes. No percibe Ana las frescas y robustas fuer-

zas que ostentan las figuras de los cruzados; sólo ve en ellos unos bárbaros, que no saben conducirse con distinción. Se espanta del aspecto rústico de los condes franceses, que, sin ceremonias, atropellan todas las normas de la rígida etiqueta bizantina, molestan al emperador con toda clase de asuntos, y cansan a los ministros con su insistencia y charlatanería. Literalmente se la ve torcer el gesto, cuando dice, refiriéndose a sus nombres impronunciables: «No quiero citar los nombres de los condes, aun cuando lo haría con gusto; pero me falta el discurso, en parte porque no soy capaz de pronunciar esos bárbaros sonidos inarticulados, en parte también por la muchedumbre de los mismos. ¿Y qué objeto tendría citar los nombres de semejante plebe, cuya vista llenaba de preocupación a todos los presentes? Es importante la última cláusula. No se queja Ana de los nombres turcos, no menos «bárbaros» para una lengua griega. Es preciso suponer, por lo tanto, que la repugnancia verbal era dictada, en primer término, por la repugnancia nacional contra los latinos. Así se explica también el ya citado juicio desfavorable sobre Juan Italos, sucesor de su favorito Psellos en la cátedra de filosofía. Juan Italos era para ella, no solamente demasiado violento e impetuoso en la pronunciación y en los movimientos, sino también poco firme en las cuestiones dogmáticas: hasta el pun-

to de que fué necesario someterle — para que demostrara su ortodoxia — a un Tribunal eclesiástico.

Con esto llegamos al segundo punto, al obstáculo que detuvo el pleno desarrollo del humanismo de Ana: su posición religiosa. También en esto es bizantina pura. Lucha, no sólo contra los latinos (cosa natural), sino también contra los herejes de su propia Iglesia. Su pensamiento acerca de Roma como centro de la cristiandad está expresado en una manifestación suya muy conforme a la concepción bizantina: que la traslación del dominio universal a Constantinopla implica la vinculación del orden jerárquico al trono de Bizancio. Y su conducta frente a los herejes se revela en una declaración que hace sobre la secta búlgara de los bogomiles. Estos «amigos de Dios» (tal es la significación del nombre), que se habían extendido por toda la península balcánica, desde que fueron traídos de Armenia (donde se llamaban pauliquianos) por el emperador Basilio II, y cuya doctrina dualista, influida por la religión iránico-pérsica, había de parecer, naturalmente, abominable a los bizantinos, dieron mucho que hacer a los ortodoxos en la época de Alexio. «Yo describiría — dice ella — detalladamente toda la secta de los bogomiles. Pero me lo impide el pudor, como dice en un pasaje la bella Safo; porque yo soy una mu-

jer, soy el más alto retoño del trono de Alexio, y lo que anda en lengua de muchos ha de pasarse en silencio.» Ana teme manchar su lengua. No parece sino que se trataba de alguna asociación impúdica y no de una secta religiosa. ¡Tanto era el fanatismo contra ellos en los círculos ortodoxos! Ana describe luego la ejecución de uno de los apóstoles bogomiles, que fué quemado en público. Esta descripción indigna a un crítico, que califica a Ana, en la *Berliner Monatschrift*, de caníbal, aun cuando su informe es completamente objetivo y preciso. Si Ana hubiera sido efectivamente tan insensible, no hubiera intercedido por aquel pobre oficial que, acusado de perjurio, fué condenado a perder los ojos. A la sazón era Ana una joven de veintitrés años, y estaba a la ventana del palacio cuando pasó el grupo de los condenados. El oficial, llamado Anemas, miró llorando hacia arriba. Movida de compasión, corrió Ana a su madre y le rogó que acudiera a ver pasar la comitiva. La emperatriz accedió a su ruego, y, conmovida también, rogó al emperador, y obtuvo una conmutación de la pena.

Comparando ambos pasajes, se ve cuán fácilmente podemos engañarnos en la apreciación de un carácter histórico, si no nos esforzamos por utilizar las fuentes con imparcialidad y por comprender el personaje en su ambiente y en su época. El gran error del historiador consiste

en aplicar al pasado los prejuicios del presente.

Sin duda, aun eliminando estos influjos de la época, aun sin llegar a ver en la imagen de Ana los rasgos de un demonio, sería equivocado presentarla como dechado de pureza angélica. Las manchas de su carácter no se pueden borrar. Son las consecuencias de su orgullo equivocado. Su orgullo político la llevó casi al terreno del crimen. Su orgullo literario hizo de ella una escritora conscientemente tendenciosa, que trató de embellecer hábilmente las flaquezas de su héroe y de ocultar con astucia las propias. Un alma verdaderamente grande y, a la vez, humilde, hubiera obrado de otro modo. Se hubiera conformado con su suerte; se hubiera olvidado de sí misma, como hizo su madre. Pero Ana no era un alma grande. Era, como dijo en cierta ocasión, un «alma de diamante», y mejor hubiera dicho: una cabeza dura. Desde el principio se acostumbró a saltar por encima de los obstáculos, y esto robusteció su energía. Pero también desde el principio se había familiarizado con la idea de ser emperatriz, y esto atizó la llama de su orgullo. Todas las esperanzas doradas desaparecieron ante ella, de repente, como las frutas de Tántalo, y quedó con las manos vacías. Semejante desventura era, sin duda, cruel para un alma activa, mucho más cruel que la de la bella Casia, a quien sólo el azar, y no el nacimiento, destinó a empe-

ratriz. Esta se retiró del mundo sin odio. Pero Ana, la orgullosa hija del emperador, llevaba el aguijón clavado en el alma y no quiso arrancárselo. Es más; parece que escarbaba con cierta delectación morosa en su corazón desgarrado, para hacerse interesante, con su dolor, ante el mundo. Y después que ya no le quedó otra cosa, anheló, por lo menos, transmitir a la posteridad su nombre unido al de su padre, «merced a las cualidades que consideraba como más grandes... el espíritu y la inteligencia» (Diehl).

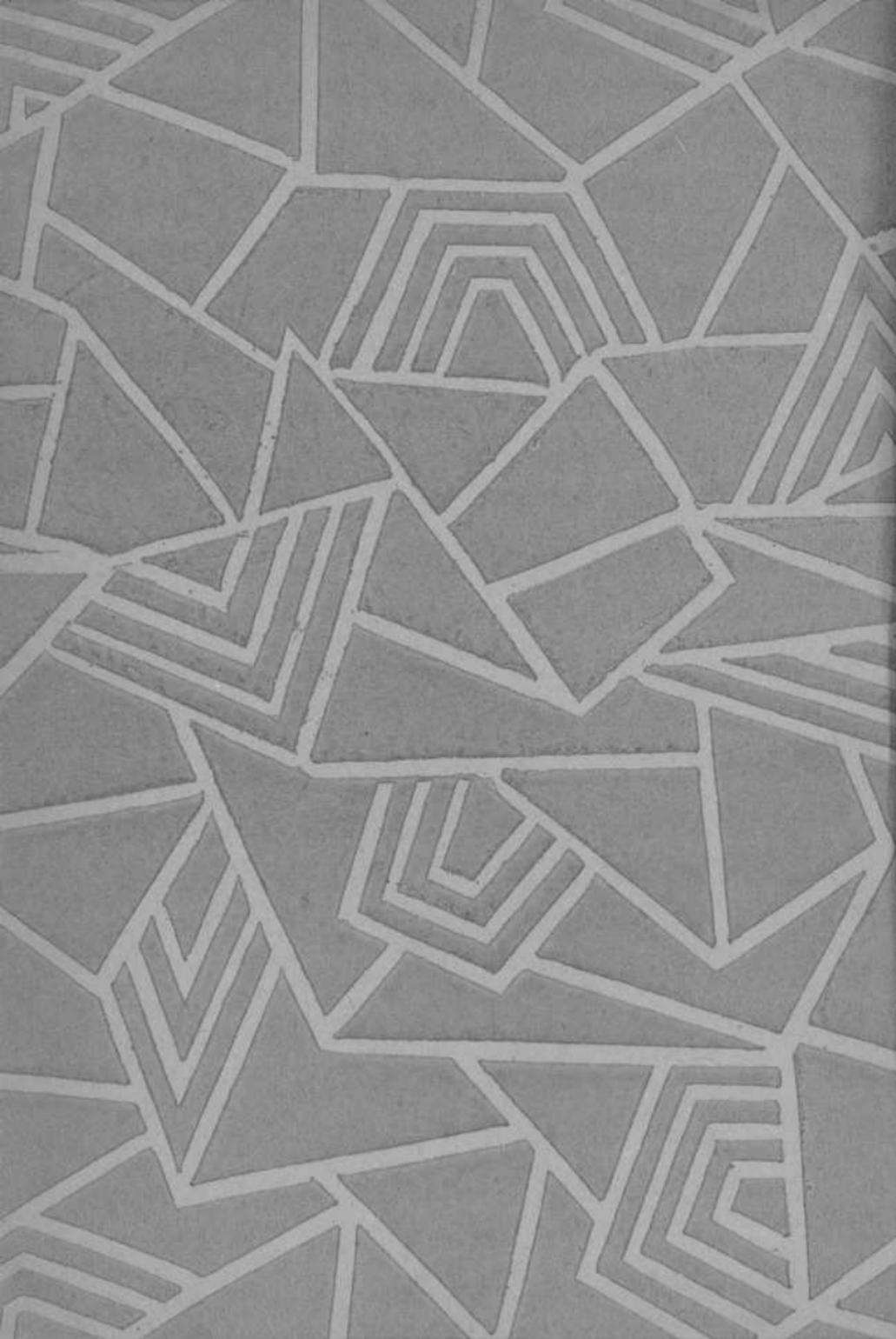
FIN

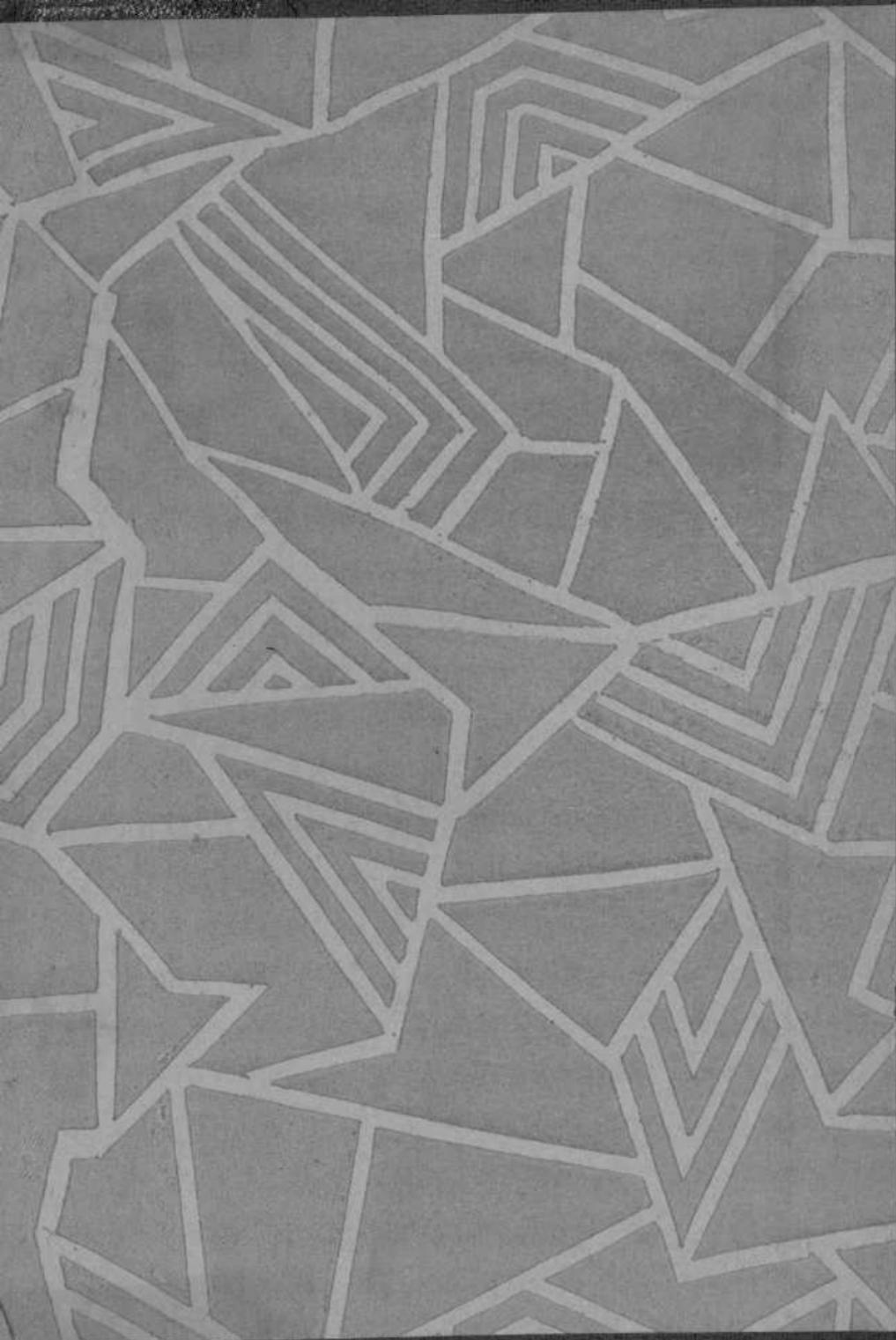
BIBLIOGRAFÍA

- BAYET: *L'art byzantin*. París, 1883.
- DIEHL: *Justinien et la civilisation byzantine au VI siècle*. París, 1901.
- STRZYGOWSKI: *Die byzantinische Kunst*. San Petersburgo.
- OMAN: *The byzantine Empire*. Londres, 1892.
- NEUMANN: *Die Weltstellung des byzantinischen Reichs vor den Kreuzzügen*. Mannheim, 1894.
- GELZER: *Übersicht der byzantinische Geschichte*. München, 1897.
- K. ROTH: *Geschichte der byzantinischen Reichs*. Leipzig, 1904.
- GRENIER: *L'empire byzantin*. París, 1904.
- KRUMBACHER: *Geschichte der byzantinische Litteratur*. Munich, 1897.
- DIEHL: *Figures byzantines*. Paris, 1906.
- CH. DIEHL: *Théodora, impératrice de Byzance*. París (s. a.).

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo	9
Introducción	11
I. — Cuatro figuras imperiales	25
1, Justiniano, pág. 25; 2, León III, el Sirio, página 44; 3, Basilio II, el Macedonio, pág. 59; 4, Manuel Comneno, pág. 73.	
II. — Clérigos y Humanistas	97
5, Teodoro de Studion, pág. 97; 6, Miguel Psellos, pág. 123.	
III. — Figuras de mujer	154
7, Teodora, pág. 154; 8, Del diario de una monja bizantina, pág. 169; 9, Ana Comnena, página 182.	

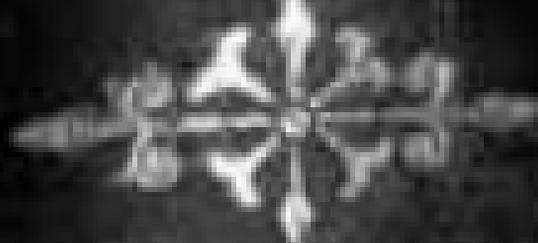






DIETERICH

FIGURAS
BIZANTINAS



D-2

12596